

La izquierda y las elecciones / El desencanto político de la juventud /
Transformar las relaciones de trabajo / Sindicalismo europeo y sindicalismo
argentino / El Concejo Deliberante / Radicalismo, peronismo y socialdemocracia
/ Hegemonía y estrategia socialista / Ciencias políticas en América Latina /
El peso de la culpa

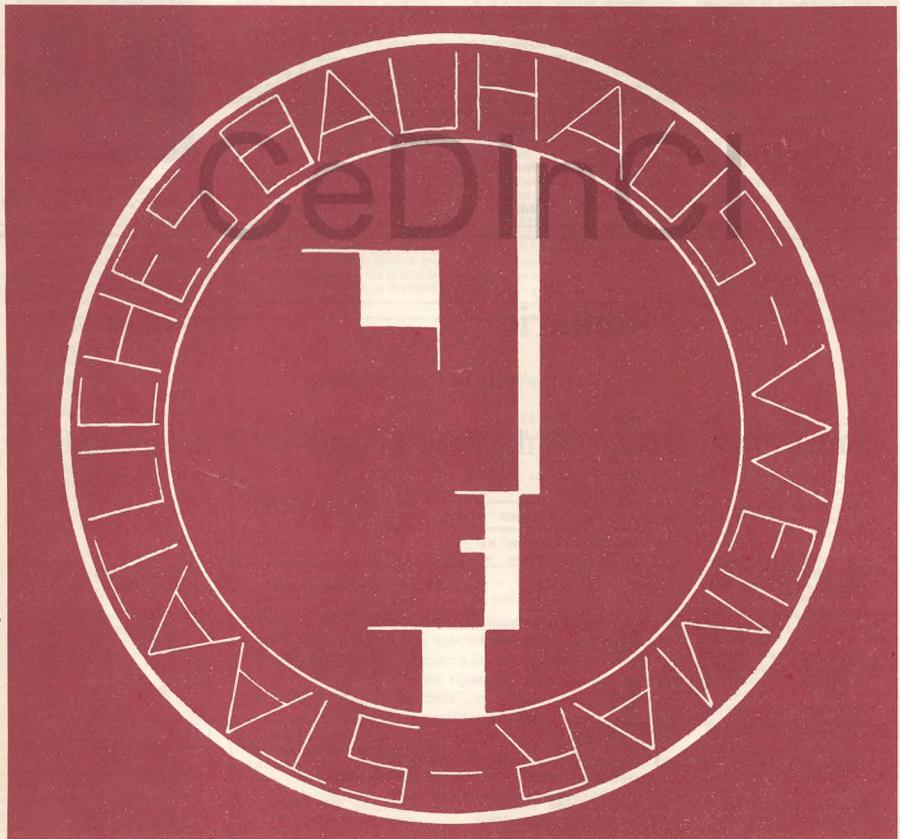
Macchi, Godio, Caro Figueroa, Goldín, Paulón, M. Ibarlucía, N.
Lorenzo, Grillo, Azubel, Vezzetti, Artigues, Pásara, Rubinstein,
Laclau, Althusser, Guitton, W. G. dos Santos, Ortiz

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 13-14, noviembre 1988-enero 1989 ▲ 30.-



CONGRESO
TOMA DE DECISIONES 4/89
ALGUNOS DOCUMENTOS
CENTRALIZACION

La Bauhaus

como una experiencia pedagógica

Carlos Macchi

La Bauhaus es, sin duda, uno de los movimientos más significativos en la historia del diseño. Su importancia ha desbordado los límites naturales de la extinción en 1933, para ver redituados sus principios ideológicos en nuevas formulaciones de un proyecto moderno que todavía despierta polémicas. Es esta misma dimensión de la Bauhaus —no siempre a escala con la realidad— la que hace desaparecer bajo su sombra otras corrientes vanguardistas tanto o más importantes que aquélla.

En 1919, tras el fin de la guerra que terminaría con todas las guerras, se fusionan la Academia de Bellas Artes y la Escuela de Artes y Oficios de Weimar. Nace así la Bauhaus literalmente, "escuela de la construcción", y Walter Gropius, su primer director, proclama la unidad entre arte y oficio manual.

Lejos de seguir una única línea de pensamiento, conviven en esta etapa weimariana dispares posturas ideológicas. Estas diferencias se harán sentir más tarde originando tensiones difíciles de resolver, que hasta condujeron a la renuncia, más o menos voluntaria según los casos, de alguno de sus miembros.

Kandinsky representaba dentro de la Bauhaus una de estas corrientes ligadas al expresionismo y muy popular en su momento: la Teosofía. Artistas como Mondrian, Dehnsky, Satie, Schönböck y Itten compartían las mismas preocupaciones intelectuales y espirituales que Kandinsky. Itten oficiaría como puente entre esta Teosofía y Gropius, esporádicamente cautivado por una postura difícil de conciliar con su idea de colaboración entre arte e industria.

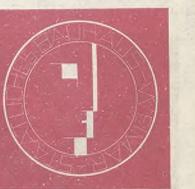
A cargo del curso preliminar, Itten utiliza técnicas introspectivas con la intención de liberar al estudiante de esquemas ya adquiridos. Los estudios del color y la forma son complementados con iniciaciones, ritos y una dieta "mazdeista", dando como resultado una estructurada metodología de la composición y el confundible aroma a ajo de sus estudiantes. Esta vertiente mística no durará mucho; en 1923 Itten abandona la escuela por insostenibles diferencias ideológicas con Gropius.

En 1923, la Gestapo clausura la escuela acusando a sus integrantes de "bolchevismo cultural". A partir de ese momento, sus distintos integrantes, maestros y alumnos, emigran hacia otros países europeos, México y los Estados Unidos. Moholy-Nagy funda la Nueva Bauhaus en Chicago, Gropius y Marcel Breuer enseñan en la Universidad de Harvard, Meyer diseña y construye en México.

A pesar de los muchos estudios sobre la Bauhaus, de tonos críticos o apologeticos, seguimos sin

comprender ciertos aspectos más cotidianos de esa escuela, menos importantes en comparación con las controversias Gropius-Meyer o los esotéricos programas de Itten y Kandinsky, pero que ayudarían a entender esta compleja y rica experiencia pedagógica. ¿Quiénes estudiaban en la Bauhaus? Se trataba intensamente, o se ha idealizado tanto esta experiencia que no podríamos imaginar a los estudiantes llegando tarde y protestando por los trabajos prácticos? Pero ¿cómo justificaron los maestros, protegidos por su aura de celebridad artística, en medio de la depresión económica, el desempleo y el nazismo, su optimista transformación de la sociedad a través de arte?

Por supuesto, es mucho más difícil responder estas preguntas que discutir las múltiples vertientes ideológicas presentes en la Bauhaus. Estas han sido cuestionadas en los escritos de Gropius, Meyer y Maldonado, y en la crítica histórica hay algo del taxidermista, que al querer conservar para el estudio, priva de movimiento:



Oskar Schlemmer, sello oficial de la Bauhaus, 1922

Sumario

- 2 Carlos Macchi: La Bauhaus como una experiencia pedagógica
 - 3 La Ciudad Futura: La izquierda: todo un tema
 - Julio Godío: Desenlace de la cuarta lucha interna en el peronismo
 - 5 José Armando Caro Figueroa y Adrián O. Goldín: Político laboral: ¿1945 o 1990?
 - 7 Víctor Paulón: Las lecciones de una batalla defensiva
 - 9 Miguel Ibarlucea y Norberto Lorenzo: Nuevas formas de socialización de las riquezas
 - 11 Oscar Grillo: El Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires
 - 13 Alicia Azubel: El retorno de lo sinistro (II)
 - 14 Hugo Vezzetti: La batalla por Julian
- 16 Marcos Novaro: El desencanto político de la juventud
 - 18 Javier Franzé: La palabra como utopía
 - Debate sobre la izquierda
 - 20 Juan Carlos Rubinstein: Radicalismo, peronismo, socialdemocracia
 - 24 José Arió: El filósofo y el hombre
 - Louis Althusser: ¿Filosofía marxista o materialismo aleatorio?
 - 25 Jean Guittot: Mi amigo Althusser
 - 26 Javier Artigues: Ardiente paciencia
 - 27 Luis Pásara: El camino de la democracia en América Latina
 - 29 Ernesto Laclau: Hacia una radicalización de la democra

cracia (entrevista de Strategos)

Libros

- 34 Ger Groot: El peso de la culpa (comentarios al debate de los historiadores alemanes)
- 35 Nicolás Casullo: David y Goliat, Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 - Pedro Brieger: Transición y lucha de clases en Nicaragua de Orlando Nuñez Soto
- 36 Wandering Guillermo dos Santos: La ciencia política en América Latina
- 40 Guillermo Ortiz: Disparen sobre Ben Johnson

Ensayo

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1939). T.E. 953-1581

Dirección: José Arió, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

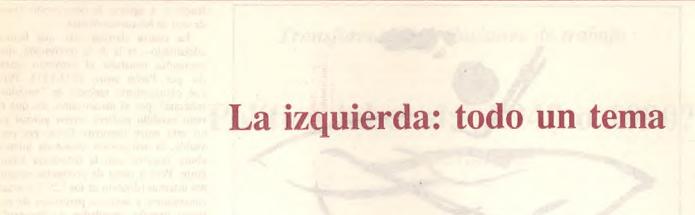
Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godío, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilia de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.

Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177. Suscripción 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarázin 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior. Distribuidora Rio IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4a C, Cap. Fed.

No de Registro de la Propiedad intelectual: 107.629.
Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flite aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.



La izquierda: todo un tema

Así medida que el país ingresa en el mundo de expectativas, opciones y cálculos políticos que se abre con motivo de la convocatoria a las elecciones nacionales de 1989, la reflexión se vuelve más necesaria en el campo de la izquierda. En los hechos, hace casi seis años la Argentina entra en un período de enormes dificultades, y con la herencia de una profunda crisis económica y social, a un proceso de normalización de las instituciones democráticas. Si uno de los rasgos fuertes de la última dictadura militar consistió en clausurar todo horizonte de cambio luego de un ciclo histórico en que amplios sectores de la sociedad no ocultaron que los deseaban, desde 1983 las perspectivas de qué las cosas cambiarían entre nosotros volvieron, aunque en otras condiciones, al terreno de lo posible, de lo que podíamos razonablemente pensar.

"Llevó a cabo dicho esfuerzo la izquierda argentina? No es necesario recordar demasiado tiempo la respuesta a tal interrogante: se trata, sin duda, de una respuesta negativa. Y así lo prueba, entre otros elementos indicadores, el pobre porcentaje electoral de las fuerzas reunidas que ocupan —o tratan de ocupar— este andarivel político, y que oscila poco más o menos alrededor del 10 por ciento. Esta escasa inserción es también la imagen de fracaso para interpretar las claves de cómo hacer política y cómo convertir en convincentes las propuestas a la sociedad en una época en que se encuentra viviente la democracia.

Por lo tanto, esa opción histórica de izquierda, esa tensión política que lleva los cambios profundos elaborados desde la izquierda y con certeza en las condiciones sociales, todavía debe construirse en la Argentina que está al borde de 1989, porque fuera de las palabras no es más que una utopía. ¿Hasta dónde se puede avanzar? Se han oído muchos algunos motivos que están bastante a la vista, y muchas otras. Pero a la vez, todo esto se conjuga dentro de un mercado electoral que está atravesado por la lucha de intere-

s, por el juego de varias ofertas, por las demandas y las respuestas sociales. La resistencia a aceptar al radicalismo como una fuerza política de centro, democrática y con posibilidades de formular y dar potenciar proposiciones transformadoras.

En casi todas las democracias contemporáneas, la izquierda se ha modernizado al mismo tiempo que las sociedades como imperativo para sobrevivir (para no resumir a encarnar la nostalgia de un solo registro de utopía). Esta modernización implica inevitablemente, entre varios aspectos, la delicada operación de cambiar las viejas tradiciones del rechazo y las conspiraciones unilateralares, por el horizonte de coincidencias sobre puntos y programas arcaicos, o bien el intento de eximir de la situación nacional paradigmas morales que convocuen a la unidad, precisamente cuando ésta se vuelve en un objetivo casi inalcanzable desde las prácticas que no hacen más que mencionarla como una figura retórica.

Así es que, como un contrasentido de estos días, al mismo tiempo que existe en la democracia un espacio para la autonomía política de la izquierda, no surgen fuerzas concretas que se decidan a ocuparlo con claridad, que acepten la acción de desprenderse de la cultura vieja para desarrollar una nueva. Esta tema, pues, el de la recategorización ideológica, política y moral de la izquierda en la Argentina, el de su comprensión de la complejidad del tejido social y de las tensiones hacia el futuro, el de su planteo de opciones autónomas, positivas y creíbles, aparece como una cuestión a discutirse cuando el país entra a un nuevo y apasionante electoral.

La Ciudad Futura

Otra vez sobre el menemismo

Desenlace de la cuarta lucha interna del peronismo

Julio Godío

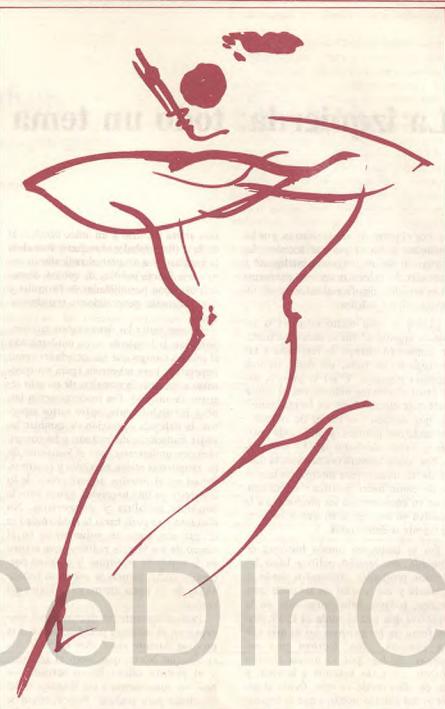
Existen dos interpretaciones históricas de la Revolución de 1943 que, como es sabido, proyectó al Ejército al poder y desde su interior, entre 1943 y 1945, desarrolló y transformó en hegemónica una corriente nacionalista, embrío del peronismo. Para el peronismo esa revolución abrió el camino para la unión entre fuerzas armadas y pueblo; permitió la conformación de la identidad nacional de la clase obrera y abrió todo un período histórico que culminaría con la liberación nacional definitiva. Para las otras corrientes (socialismo, comunismo, radicalismo, etc.) la revolución de 1943 fue un golpe militar de la alta oficialidad neutralista peronista para cerrar la posibilidad de la instalación de la democracia, impedir el desarrollo de los partidos obreros e instalar un régimen nacionista populista corporativo.

Desde sus inicios conviven en el peronismo dos grandes estilos políticos. Uno, que quiere hacer de él un partido de la justicia social, integrado a las corrientes políticas modernas. Otro que sigue aferrado a la idea de la "comunidad organizada", asentada sobre un bloque sindical y militar, con un líder cesarista a la cabeza. La derrota de los renovadores, que es la cuarta ocurrida en su interior, muestra las dificultades que tiene el peronismo para adecuarse a los nuevos tiempos democráticos.

Sin embargo, ambas corrientes se definen en el nivel de "lo político", esto es en el del nacimiento y desarrollo de un nuevo movimiento político de implantación popular. Pero, surge la pregunta de por qué pudieron establecerse relaciones de nuevo tipo entre un ejército tradicionalmente conservador, un movimiento obrero con ideologías obreras tradicionales y segmentos y de los partidos radical y conservador. Debería aceptarse como una explicación plausible que este reagrupamiento socio-político tuvo como eje articulador una élite militar preoccupada por resolver simultáneamente dos problemas: por un lado, salvaguardar el neuromatismo en política exterior, como condición para garantizar un rol hegemonista de Argentina en América Latina, y por otro lado, reconstruir la legitimidad del estado, a punto de descomposición por el

agotamiento del largo operativo conservador (1930-1943) de modernizar la economía argentina a través del intervencionismo económico, pero con los costos de la exclusión absoluta del poder político de nuevos actores sociales, en primer lugar de los trabajadores industriales.

La revolución de junio puede dividirse en dos momentos: una primera fase (1943-1944) es justificada por el poder militar como oposición a la persistencia del fraude, que la élite conservadora intentó impedir en las elecciones presidenciales de 1943 y como dique al avance de comunistas y populares que se consolidó definitivamente después (1944-45), bajo el liderazgo de Perón, el nuevo régimen da un paso hacia adelante y plantea profundizar el proceso de sustitución de importaciones a través del desarrollo del capitalismo de estado y la ampliación del mercado interno, esencialmente por medio de aumentos salariales y humanización del trabajo. El ejército logró imponerse porque en 1943 se adelantó a los partidos democráticos que planteaban terminar con el neutralismo e incorporarse a la coalición antifascista a cualquier costo, inclusive apoyando un golpe palaciego de sectores del conservadurismo liberal, el radicalismo y las FFAA. Pero, al tomar el poder y refinar el mencionado neutralismo, el núcleo militar debió dar un paso hacia adelante e integrar el neutralismo en un audaz operativo de dotar al estado de consenso popular. Ese nuevo estado no podía ser la pura restauración de la democracia política, pues tal situación podría desembocar en el fortalecimiento de los partidos radical, socialista y comunista. Por el contrario ese nuevo estado debía legitimizarse como incorporación de los marginados, esto es los trabajadores, y tal alternativa histórica tuvo una respuesta: organizar un tipo de estado apoyado en las corporaciones civiles y militares; según las experiencias fascistas de la época. El sistema de partidos previsto por la Constitución Nacional no podía ser abolido —teniendo presente la derrota del nazifascismo en 1945— pero si localizado como escenario secundario en el nuevo régimen político.



repensar un nuevo programa económico y esa impotencia le dura hasta ahora.

Pero ¿por qué no pudo pensar un nuevo modelo socio-económico? Porque ha pagado el precio del pastiche ideológico premoderno, integrista y corporativo instalado como cemento cultural del movimiento.

Más aún, a partir de 1955, cuando el movimiento quedó librado a su propia suerte, esa concepción política anacrónica se transformó en una muralla para los sectores progresistas del movimiento, que tanto legitimó la cristalización de diferentes grupos de intereses corporativos en el interior del movimiento, especialmente sindicales. Cuando en el exterior afirmar que el peronismo es "fascismo" adelantan una opinión inadmisible por reduccionista y simplista. Pero hay que reconocer que tanto dirigentes políticos extranjeros como dirigentes peronistas ortodoxos tienen la sensación de estar hablando con alguien que todavía no ha tomado nota del resultado de la segunda guerra mundial.

La primera derrota fue el desmoronamiento del laborismo peronista, que hacia hincapié en la presencia de una cultura sindical autónoma dentro del movimiento.

La segunda derrota fue la sufrida por el peronismo revolucionario en la década del setenta, que pretendía identificar al peronismo con el marxismo, en su versión terceramundista.

La tercera derrota la sufrió el propio Perón, que intentó implementar en 1973 un programa neokeystiano y de concertación social, de tipo sociodemocrática, en un partido escindido entre la sindicalización "factor de poder" y una élite política dominante y sin poder político, y un liderazgo autoritario que decía aplicar las ideas de Mao Tse-tung, pero en realidad pensaba como Pol Pot. El resultado fue caótico, que llegó al país proclamando el pluriculturalismo y la tolerancia —y se vio involucrado en una confrontación interna que permitió al país garantizar su autonomía nacional a través de un proyecto socialista de economía mixta, modernización de la economía, y pluralismo político.

El operativo político lo fue bien al peronismo solo pocos años de 1946 a 1952. En realidad el capitalismo industrializado ya agotó, porque dejó de crecer, esencialmente de lograr una tasa anual de crecimiento de las exportaciones tradicionales de un 30-40%, para poder financiar los planes quinquenales y elevar los niveles de consumo interno. En realidad el programa de Perón, al no poder inscribirse en el triplete propuesto por Pinedo en 1940 (EE.UU.-Argentina-Gran Bretaña) terminó imponiendo, por una nueva guerra mundial que reactivase las exportaciones tradicionales. A partir del descalabro de 1953 el peronismo no pudo

luchar y a apoyar la destrucción física de uno de los contendientes.

La cuarta derrota —la que hemos adelantado— es la de la renovación, que pretendía reinstalar el proyecto trazado por Perón entre 1973-1974. Pero fue exitosamente tachado de "socialdemócrata" por el menemismo, sin que el viejo caudillo pudiera terciar porque ya no está entre nosotros. Como era previsible, la renovación derrotada intenta ahora convivir con la ortodoxia triunfante. Pero a costa de profunda escisión interna (división de los "25") y serias concesiones a sectores peronistas de extrema derecha vinculados al "Proceso".

Durante décadas hemos acompañado políticamente al peronismo, en tanto expresa formas organizativas de resistencia de los trabajadores. Ahora, con el triunfo del menemismo, no nos horroza el Menem patilludo y provincial. Por el contrario, nos parece importante que surgen líderes en el interior del país, donde se decidirá en gran parte el futuro argentino, pues éste depende del auge de las economías regionales y la descentralización política. Lo que nos preocupa es que el peronismo de Menem se reduce a un mensaje populista-mesánico conservador, que el menemismo es la articulación momentánea de un peronismo dividido y en el cual diversos grupos de interés se disputan, sin principios, el control del Estado.

Como es lógico nos inquieta en primer lugar el retorno a la intolerancia política. Por ejemplo en el acto en la CGT el 17 de octubre por la mañana, Menem y Ubaldini fueron acompañados por el tradicional "ni yankee ni marxista, peronistas". Por la tarde, en el acto en River Plate, las canciones presentadas por Rousselot, giraban alrededor del viejo tema divisionista del rosismo. Además, con un contenido irracional pues los "buenos" eran los federales de Rosas que se solazan persiguiendo a los "malos" unitarios. Es difícil que el peronismo aporte a la construcción de una nueva voluntad nacional-popular si de entrada estimula la persecución de izquierdistas, radicales, restaura viejos mitos como el rosismo ultramontano, etc.

el propio Perón debió pagar cara en 1973-1974 por haber captado tardíamente esa cruda realidad, un producto de su propia obra.

Con la derrota de la renovación peronista en las elecciones de julio de este año, se ha consumado la cuarta gran derrota de corrientes/líderes que pretendieron instalar en el peronismo espacios políticos para construir un mundo cultural entrancado con corrientes ideológicas modernas.

L a primera derrota fue el desmoronamiento del laborismo peronista, que hacia hincapié en la presencia de una cultura sindical autónoma dentro del movimiento.

La segunda derrota fue la sufrida por el peronismo revolucionario en la década del setenta, que pretendía identificar al peronismo con el marxismo, en su versión terceramundista.

La tercera derrota la sufrió el propio Perón, que intentó implementar en 1973 un programa neokeystiano y de concertación social, de tipo sociodemocrática, en un partido escindido entre la sindicalización "factor de poder" y una élite política dominante y sin poder político, y un liderazgo autoritario que decía aplicar las ideas de Mao Tse-tung, pero en realidad pensaba como Pol Pot. El resultado fue caótico, que llegó al país proclamando el pluriculturalismo y la tolerancia —y se vio involucrado en una confrontación interna que permitió al país garantizar su autonomía nacional a través de un proyecto socialista de economía mixta, modernización de la economía, y pluralismo político.

lucha y a apoyar la destrucción física de uno de los contendientes.

La cuarta derrota —la que hemos adelantado— es la de la renovación, que pretendía reinstalar el proyecto trazado por Perón entre 1973-1974. Pero fue exitosamente tachado de "socialdemócrata" por el menemismo, sin que el viejo caudillo pudiera terciar porque ya no está entre nosotros. Como era previsible, la renovación derrotada intenta ahora convivir con la ortodoxia triunfante. Pero a costa de profunda escisión interna (división de los "25") y serias concesiones a sectores peronistas de extrema derecha vinculados al "Proceso".

Durante décadas hemos acompañado políticamente al peronismo, en tanto expresa formas organizativas de resistencia de los trabajadores. Ahora, con el triunfo del menemismo, no nos horroza el Menem patilludo y provincial. Por el contrario, nos parece importante que surgen líderes en el interior del país, donde se decidirá en gran parte el futuro argentino, pues éste depende del auge de las economías regionales y la descentralización política. Lo que nos preocupa es que el peronismo de Menem se reduce a un mensaje populista-mesánico conservador, que el menemismo es la articulación momentánea de un peronismo dividido y en el cual diversos grupos de interés se disputan, sin principios, el control del Estado.

Como es lógico nos inquieta en primer lugar el retorno a la intolerancia política. Por ejemplo en el acto en la CGT el 17 de octubre por la mañana, Menem y Ubaldini fueron acompañados por el tradicional "ni yankee ni marxista, peronistas". Por la tarde, en el acto en River Plate, las canciones presentadas por Rousselot, giraban alrededor del viejo tema divisionista del rosismo. Además, con un contenido irracional pues los "buenos" eran los federales de Rosas que se solazan persiguiendo a los "malos" unitarios. Es difícil que el peronismo aporte a la construcción de una nueva voluntad nacional-popular si de entrada estimula la persecución de izquierdistas, radicales, restaura viejos mitos como el rosismo ultramontano, etc.

No se trata de proclamar aquí la caducidad de los *objetivos genéricos* de justicia social, solidaridad, dimensión humana del trabajo, ni los más específicos de mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados. Se trata, sí, de señalar la caducidad de las *técnicas* (económicas, políticas, laborales y sindicales) empleadas, desde 1945 en adelante, para alcanzarlos. La reiteración mecanista y acrítica de su uso contribuyó a la explosión de 1975 y, también, es responsable de los magros resultados que para los trabajadores tuvo la acción sindical en el último quinquenio.

Han caducado, entre otros elementos, la sobrepolitización de la acción sindical; el intervencionismo militar del Ministerio de Trabajo (estimulado por un movimiento político-sindical que deseaba las vías autónomas y demanda tutelajes); el papel de la legislación del trabajo más atento a los derechos que efectivamente se gozan; el modelo de estructura sindical centralizada, estandarizada, participativa e incapaz de recoger las aspiraciones de una clase trabajadora más plural y diferenciada; los viejos esquemas de presión sindical maximalista e insensible a los derechos de los usuarios de los servicios esenciales; las concepciones autoritarias de las relaciones laborales en la empresa; los niveles de gestión empresarial rígidos, no-participativos y paternalistas; la ideología de la "armonía espiritual y metafísica" entre empresarios y trabajadores (la idea de "comunidad organizada" aparece en pugna con modelos pluralistas con base en el reconocimiento del conflicto social y la promoción de mecanismos de auto-organización); el modelo de negociación colectiva rígido centralizado e invariablemente mejorativo. Han caducado, más bien, como los del "pleno empleo"; la omnipotencia del estado (regulador, protector, promotor o productor), la "excellencia" de nuestra legislación social; la capacidad de la negociación colectiva "libre" y con ramas de pluralismo, de amplia base social y pluralismo político.

La cuarta derrota la sufrió el propio Perón, que intentó implementar en 1973 un programa neokeystiano y de concertación social, de tipo sociodemocrática, en un partido escindido entre la sindicalización "factor de poder" y una élite política dominante y sin poder político, y un liderazgo autoritario que decía aplicar las ideas de Mao Tse-tung, pero en realidad pensaba como Pol Pot. El resultado fue caótico, que llegó al país proclamando el pluriculturalismo y la tolerancia —y se vio involucrado en una confrontación interna que permitió al país garantizar su autonomía nacional a través de un proyecto socialista de economía mixta, modernización de la economía, y pluralismo político.

Transformar las relaciones de trabajo

José Armando Caro Figueroa

Adrián O. Goldin

Política laboral: ¿1945 o 1990?

La caducidad de un modelo

El modelo de relaciones de trabajo diseñado en 1945 ha caducado, como han caducado también los modelos de organización política, desarrollo económico y distribución de la renta que lo sirvieron de base y garantizan su viabilidad.

Nuevas y más intensas demandas sociales de pluralismo y democratización; agotamiento del proyecto de autarquía económica; revolución tecnológica (presente entre nosotros aunque de un modo desordenado, incompleto y no siempre aprehendido en toda su dimensión por los operadores sociales); nuevos modos de producción; nuevas formas de organización del trabajo; y nuevas reglas de funcionamiento de los mercados interno y externos, no podían sino erosionar, hasta convertirlas en inviables, viejas recetas para enfrentar los conflictos de producción y distribución.

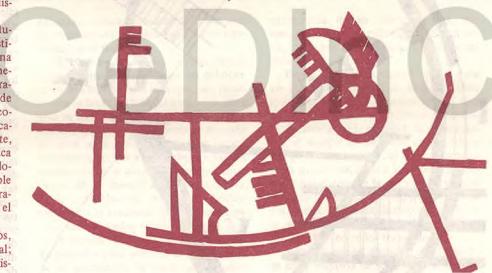
No se trata de proclamar aquí la caducidad de los *objetivos genéricos* de justicia social, solidaridad, dimensión humana del trabajo, ni los más específicos de mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados. Se trata, sí, de señalar la caducidad de las *técnicas* (económicas, políticas, laborales y sindicales) empleadas, desde 1945 en adelante, para alcanzarlos. La reiteración mecanista y acrítica de su uso contribuyó a la explosión de 1975 y, también, es responsable de los magros resultados que para los trabajadores tuvo la acción sindical en el último quinquenio.

Han caducado, entre otros elementos, la sobrepolitización de la acción sindical; el intervencionismo militar del Ministerio de Trabajo (estimulado por un movimiento político-sindical que deseaba las vías autónomas y demanda tutelajes); el papel de la legislación del trabajo más atento a los derechos que efectivamente se gozan; el modelo de estructura sindical centralizada, estandarizada, participativa e incapaz de recoger las aspiraciones de una clase trabajadora más plural y diferenciada; los viejos esquemas de presión sindical maximalista e insensible a los derechos de los usuarios de los servicios esenciales; las concepciones autoritarias de las relaciones laborales en la empresa; los niveles de gestión empresarial rígidos, no-participativos y paternalistas; la ideología de la "armonía espiritual y metafísica" entre empresarios y trabajadores (la idea de "comunidad organizada" aparece en pugna con modelos pluralistas con base en el reconocimiento del conflicto social y la promoción de mecanismos de auto-organización); el modelo de negociación colectiva rígido centralizado e invariablemente mejorativo. Han caducado, más bien, como los del "pleno empleo"; la omnipotencia del estado (regulador, protector, promotor o productor), la "excellence" de nuestra legislación social; la capacidad de la negociación colectiva "libre" y con ramas de pluralismo, de amplia base social y pluralismo político.

La cuarta derrota la sufrió el propio Perón, que intentó implementar en 1973 un programa neokeystiano y de concertación social, de tipo sociodemocrática, en un partido escindido entre la sindicalización "factor de poder" y una élite política dominante y sin poder político, y un liderazgo autoritario que decía aplicar las ideas de Mao Tse-tung, pero en realidad pensaba como Pol Pot. El resultado fue caótico, que llegó al país proclamando el pluriculturalismo y la tolerancia —y se vio involucrado en una confrontación interna que permitió al país garantizar su autonomía nacional a través de un proyecto socialista de economía mixta, modernización de la economía, y pluralismo político.

El modelo de relaciones de trabajo instituido desde 1945

ha caducado en la Argentina actual. Si se persiste en mantenerlo, el movimiento obrero no sólo seguirá perdiendo, como hasta el presente, poder de negociación, sino que se convertirá de hecho en el mayor de los obstáculos para reconvertir una forma de vida económica y productiva anacrónica. Pero sólo una plena democratización sindical y de las relaciones de trabajo podrá facilitarle la difícil tarea de ponerse de cara a las nuevas exigencias.



el objetivo democratizador (en sentido amplio y comprensivo de la Justicia Social), es preciso cambiar y abandonar la vieja mitología cuya reiteración nosacerda a la magia y nos aleja de la eficacia política.

Necesitamos, con urgencia, recuperar el tiempo perdido, superar el atraso y definir un *modelo democrático de relaciones de trabajo*, para hoy y para la década por venir.

Complejar la transición democrática en el campo de las relaciones de trabajo

La compleja transición política que protagonizamos los argentinos en estos cinco últimos años, no ha tenido mayor éxito en lo que al sistema de relaciones de trabajo se refiere.

La ausencia de propuestas coherentes y dotadas de poder político suficiente para implementarlas, la falta de un debate racional y constructivo, la magnitud de los intereses sectoriales y corporativos en juego; las marchas y contramarchas del gobierno; el dogmatismo arcaico de la suerte y coherencia del estado demo-

crático, disgrega, infunde desconfianza y temor a los cambios que se realizan. Una vez más, la memoria de la historia reciente nos muestra que el cambio es un riesgo que debe ser asumido, pero que no se logra sin un compromiso constante y firme de los agentes sociales y políticos que impulsan la transformación.

Las normas jurídicas laborales sancionadas durante la transición (ley sindical, leyes sobre negociación colectiva) son resultado de un precario equilibrio político y de concesiones reciprocas, no siempre coherentes o compatibles con la lógica propia de una democracia avanzada. Consideren, en consecuencia, no un punto de llegada sino una estación en la larga marcha hacia ese "modelo democrático de relaciones de trabajo".

Este nuevo modelo, que desearíamos óptima y en otros países resultaría más libres y más democráticos (negociación colectiva autónoma, respaldo y articulación, preservación de los servicios esenciales en caso de huelga, participación de los trabajadores en determinadas decisiones de las empresas, medidas que, desde el sistema de relaciones laborales, promueven la productividad (eficiencia económica) y la equidad (eficiencia social), y reconstrucción, sin preconceptos, de las principales instituciones de las relaciones individuales de trabajo).

Sindicatos más democráticos

La existencia de sindicatos democráticos (en su vida interna y en su acción externa) es una exigencia de la lógica que preside la constitución y funcionamiento del estado democrático de derecho; al punto que nadie puede pretender la existencia de enclaves corporativos o no-democráticos ni, menos, que tales situaciones vengan promovidas o impuestas por la ley, como ocurre siempre que el "único sindical" es fruto de la decisión legislativa (aún cuando ésta venga a criticar la voluntad mayoritaria de los sindicatos expresada en un período históricamente determinado). En este sentido, la vigente ley sindical no resulta estultamente para lograr la plena y efectiva democratización de nuestro movimiento sindical. Y nadie vea en esta afirmación una "intromisión" de la política o de la reflexión científica en el "hecho sindical", pues las reglas constitutivas del juego (aquellas referidas a la estructura y funcionamiento básicos del sistema de relaciones de trabajo) interesan a todos los argentinos y no sólo a la dirección sindical.

Debe, en efecto, rechazarse el dogma corporativo según el cual el diseño de las relaciones laborales y de las leyes respectivas es materia reservada a sindicatos y empresas, para terminar admitiendo que la suerte y coherencia del estado demo-

crático de derecho depende, también, de las soluciones que adoptemos en estas materias.

Una ley puede promover un modelo de "unidad sindical", pero no al extremo de *"impone"*, vulnerando la libertad sindical (valor superior de los ordenamientos constitucionales de Occidente y del nuestro) o descondenando la democracia como requisito inexcusable de la vida interna. Desvirtuada de este modo la "unidad sindical" (objetivo valioso de un contexto democrático) se torna, por exceso, en divisor y se degrada convirtiéndose en un instrumento para la consolidación de cúpulas y aparatos burocráticos que atienden prioritariamente a sus propios fines.

Pensamos, en suma, que la democracia argentina necesita una *ley de libertad sindical*, que la promueva en todas sus dimensiones, con eje en el principio de *autonomía* y con garantías efectivas de *democracia interna*.

Mayor participación de los trabajadores

La consolidación democrática y el cambio económico requieren crecientes cuotas de participación de los trabajadores en determinadas decisiones de la empresa, como vía de vertebración social y superación de rutinas autoritarias o irresponsables.

Las mejoras de la productividad, las medidas de ajuste económico y la reconvertión productiva no pueden concretarse, dentro de un sistema político como el implantado en Occidente, sin adecuados mecanismos de participación de los trabajadores.

Lejos de propuestas "comunitarias" (que van en la empresa un ámbito necesariamente armónico) o "clásicas" (que van en la empresa un ámbito propio para la confrontación permanente), defendemos la necesidad de alejar criterios de participación, que sin negar la existencia del conflicto (resultado de la presencia de intereses divergentes), provean cauces racionales y "cooperativos" para su gestión.

El desarrollo del artículo 14 bis, mediante el dictado de una ley especial que promueva la participación informativa y consultiva de los trabajadores en determinadas áreas de la gestión empresaria, es uno de los objetivos centrales del *modelo democrático de relaciones del trabajo* que proponemos. La paz social, la productividad y la negociación colectiva (responsable en su tramitación y enriquecida en sus contenidos) se verán reforzadas y estimuladas por el ejercicio del derecho a la participación informativa y consultiva. Por añadidura, estos mecanismos, al desterrar prácticas autoritarias, contribuirán a extender actitudes y comportamientos tan responsables como democráticos.

No se trata entonces de desconocer el contenido esencial del derecho de propiedad ni el "poder de dirección" que de él se deriva, sino de armonizar su ejercicio con un derecho esencial a la forma democrática.

Somos partidarios de una norma jurídica estatal, "disponible" por los actores representativos a través de la negociación colectiva, que define los ámbitos y límites de esta modalidad de participación.

Preservación de los servicios esenciales en caso de huelga

Nuevos reclamos sociales exigen revisar anteriores concepciones respecto del

recho de huelga para hacerlo compatible con otros derechos fundamentales de igual o superior jerarquía, tal y como ocurre en buena parte de los países demócraticos de Occidente.

Desde esta óptica y frente a ciertos excesos, es preciso pensar en una reforma legislativa que, respetuosa del contenido esencial del derecho de huelga, garantice los derechos de los usuarios de los servicios esenciales de la comunidad. La legislación democrática debe asumir un papel arbitral garantizando la coexistencia de todos los derechos fundamentales y, más concretamente, tutelando los derechos de los usuarios de servicios de inaplazable necesidad pues, en el acceso efectivo a los mismos está en juego, también, la dignidad de los hombres. La preservación y promoción de los derechos de los trabajadores que los atienden pierden legitimidad si en ese contexto se avasallan derechos fundamentales de otros ciudadanos.

clarificatoria corporativa (un "ministerio de las empresas" enfrentado a un "ministerio de los sindicatos"), y olvida que trabajo y economía, producción y distribución, mercado y regulaciones laborales, restricciones y necesidades, son das caras de una misma moneda y que toda propuesta moderna, viable y progresista, debe definir los modos de articulación de ambas lógicas.

Nada de lo que ocurre en el sistema de relaciones laborales es ajeno a la marcha de la economía. Todo lo que ocurre en la economía repercute, de uno u otro modo, en el sistema de relaciones de trabajo. Si los objetivos generales de la política económica son el crecimiento con mayor equidad social, y la integración en el mercado mundial (lo que plantea requerimientos concretos en materia de reconversión productiva, competitividad, innovación tecnológica, ajustes en la cantidad y calidad de trabajo), la *política laboral* debe definir instrumentos

de empleo y con medidas selectivas (territoriales o sectoriales) de apoyo a la creación de nuevos puestos de trabajo.

Autonomía colectiva y democracia económica

En el "modelo democrático de relaciones del trabajo" que venimos esbozando, la *autonomía colectiva* debe tomar el relevo de un *interventionismo estatal* tan absoluto, generalizado e intenso como ineficaz. La negociación colectiva flexible, plural y articulada, capaz de recoger compromisos en materia de productividad, salarios, empleo y condiciones de trabajo es su principal expresión. Una negociación colectiva que sirva tanto para pactar la distribución de los beneficios como la distribución de las cargas del ajuste en situaciones de crisis sectoriales o de empresa; que exprese, en suma, el compromiso de los empresarios de invertir, innovar, crear empleos y ganar mercados, y el compromiso de los trabajadores de acompañar este esfuerzo creador controlando el cumplimiento de objetivos y garantizando el reparto equitativo de los beneficios.

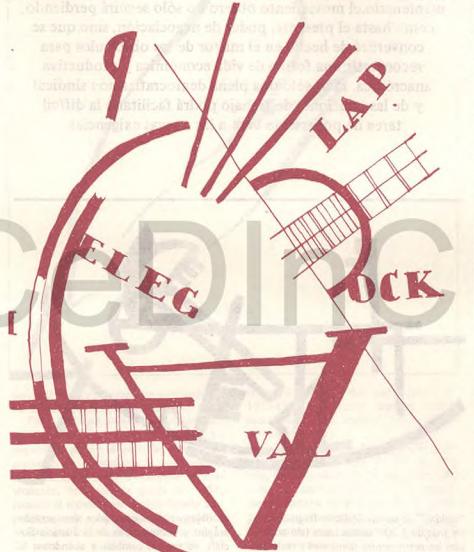
Democratizar la economía no significa, desde esta óptica, destruir las bases en las que se asienta el modelo económico de nuestra Constitución nacional, violar el derecho de propiedad o aniquilar el funcionamiento de las empresas. Significa, por el contrario, proponer a los trabajadores la asunción de determinadas responsabilidades en el funcionamiento de las empresas; informar y consultar a los trabajadores y sus representantes acerca de ciertas decisiones de las empresas; incorporar nuevas materias a la negociación colectiva. Significa que los derechos de información y consulta deben vincular, respetando particularidades, tanto al estado. Significa, en fin, producir más para distribuir mayor.

En el ámbito de las relaciones del trabajo, la justicia social consiste en sí de modo inescindible, los conceptos de producción y distribución. Reducir a su faz distributiva importa perder eficacia y transformarla en función apta para servir de bandera demagógica, pero incapaz de traducirla en mejores niveles de igualdad social. Tal reducción conduce, de un lado, a negar toda ingenería de los trabajadores en las responsabilidades productivas (solución autoritaria); y, de otro, aliena actitudes sindicales no cooperativas que se desentiendan de los problemas de la producción, la productividad, la crisis y de las necesidades condicionantes de capital (solución conservadora).

Si miramos ligamente lo que fué el taylorismo como organización del trabajo; lo que fue el fordismo, que le agregó a aquella vieja organización del trabajo el aumento del poder adquisitivo del salario y hizo del trabajador un consumidor, ampliando los mercados internos de los principales capitalistas —fenómeno que se va a manifestar lógicamente distorsionado en países como el nuestro, pero que marca una tendencia—, podemos señalar que hay claros síntomas de que se está buscando una nueva organización de la producción.

La justicia social entendida como síntesis de ética de la solidaridad, producción creciente y distribución equitativa, es aquél de los valores superiores del ordenamiento democrático que mejor define una aproximación finalista a la reforma del sistema de relaciones de trabajo que proponemos.

En síntesis, el nuevo modelo pretende modernizar y democratizar las relaciones del trabajo (más libertad y democracia sindical, más autonomía colectiva, más participación) y contribuir desde la política laboral a democratizar la economía (más producción, más equidad distributiva, más negociación colectiva) para mejorar las condiciones efectivas de trabajo y, en su caso, para afrontar la crisis).



Relaciones del trabajo al servicio de la productividad

eficaces de acompañamiento y promoción compatibles con aquellos objetivos y requerimientos, tanto como la política económica debe atender las necesidades sociales y determinados costos de todo programa de "ajuste positivo".

Fomentar la creación de empleos

Una política activa de empleo es otro de los ejes del *nuevo modelo de relaciones del trabajo*. Pensamos en una política que, desde la economía y las normas laborales, dé respuestas a las señales preocupantes que, en materia de empleo, emite el mercado de trabajo; en una política con estímulos incentivos y la creación de nuevos empleos, con un decidido impulso a la modernización del sistema de formación profesional para ponerlo a tono con los requerimientos de la nueva era tecnológica, con mecanismos de cobertura en favor de los trabajadores que transitoriamente no encuentren em-

José Armando Caro Figueroa, abogado laborista, ex Secretario de Trabajo de la Nación. Adrián O. Goldin, abogado, ex Subsecretario de Trabajo de la Nación.

Hoy, en el trabajador de la gran in-

Sindicalismo europeo y sindicalismo argentino

Las lecciones de una batalla defensiva

Victorio Paulón

El CEPAD (Centro de Participación en Democracia) de Rosario invitó, el 22 de julio pasado, al secretario adjunto de la Unión Obrera Metalúrgica de Villa Constitución, Victorio Paulón, para que disertara sobre las diferencias

y similitudes entre el sindicalismo europeo y el sindicalismo argentino. La lectura del material desgranado permite alimentar esperanzas sobre el surgimiento de una nueva camada de dirigentes a la altura de la crisis.

dustria, empieza a crearse cada vez más la sensación de la relativa de su estabilidad en el trabajo.

El equipo de trabajo apunta fundamentalmente a la incorporación del obrero en la empresa, una idea que, así, apropiada, puede tener un aspecto atractivo, pero que en los hechos implica que lo que se busca explotar no es solamente la mano de obra sino también el "saber hacer" del obrero, porque a través de este tipo de incorporación la empresa empieza a apropiarse de la inventiva, de la iniciativa, de la capacidad del trabajador. Lógicamente, en el resultado final, la participación del trabajador termina siempre siendo la misma: el salario; en algunos casos un pequeño plus, pero en el reparto final de la producción la participación sigue siendo la misma.

Si asomos así al fenómeno más conocido hoy en el Japón, donde hay dos millones de obreros organizados en 200 000 equipos de trabajo, es decir equipos de ocho a diez personas. En ellos el obrero ya no es explotado por la fábrica directamente, por la empresa a través de la vía jerárquica que conocía en la cadenaaylorista, sino que es controlado por el mismo equipo. Esto trae como consecuencia la aparición de un sector muy importante: hoy, la supervisión y el control de calidad, en el caso de Japón y en algunos países de Europa, pasa a ser responsabilidad del equipo de trabajo. En el Japón, por ejemplo, la mitad de salario es individual del obrero y la otra mitad es del equipo. Con esto empieza la competencia entre los equipos, empiezan los incentivos; en alguna fábrica, cuando por algún motivo la producción no se termina en el día, el equipo debe entrar al día siguiente más temprano o quedarse después del tiempo normal de trabajo a terminar su producción sin, por supuesto, cobrar horas extras. Esto, aplicado en los distintos países, va tomando características propias, incluso la distorsión tripartita de los países del tercer mundo. Un mejicano que trabaja en la General Motors nos contaba la

experiencia de su fábrica donde, por ejemplo, a los compañeros que llegan tarde, el equipo no los deja ir al baño durante la jornada de trabajo. Dentro de este esquema que es rompe fundamentalmente la solidaridad, que es la base de la organización, la base que le da sentido al sindicato. Desaparece la solidaridad, empieza la competencia, el equipo se convierte en el control del propio trabajador, el obrero incorporado en este esquema a la empresa es enemigo del obrero de la empresa de la competencia. Empieza a desaparecer la esencia misma del sindicalismo, que parte de la solidaridad de clase, que parte de la cooperación entre los trabajadores.

Ese fenómeno empieza a vislumbrarse en la mayoría de los países de Europa con distinta suerte, y esa suerte es fundamentalmente vinculada con la experiencia y tradición sindical de cada uno de esos países.

Aquellos donde el sindicalismo era más débil es donde el nuevo esquema más avanzado; en aquellos donde hay una tradición y un nivel de sindicalización mayor, el esquema ha entrado más rápidamente en crisis.

Esto se acompañado, por supuesto, de todo un proceso de reconversión industrial que llevado a una disminución muy grande de mano de obra; un ejemplo es el caso de la FIAT de Turín, que en los años 80 y 81 se lanza a la robótica y a la reconversión, bajan de 60.000 a 40.000 la cantidad de obreros, hoy en día, más producción de la que hacían en aquel momento. Esto trae aparejado el problema de la desocupación. Claro es que la realidad en esos países es muy distinta a la nuestra; allá hay un seguro de desempleo, hay una protección social mucho mayor. Ese fenómeno social fundamentalmente se manifiesta en la juventud y en la imposibilidad de incorporarse al mercado de trabajo; en otros países empieza a notarse el avance sobre la semana laboral, por ejemplo en Bélgica; incluso en algunos sectores industriales de Francia, donde el fin de semana era el descanso sagrado para los tra-

bajadores, en algunas fábricas se establecen turnos especiales que trabajan doce horas los días sábado y doce horas los días domingo. Esto tiene que ver con el concepto de la disponibilidad de mano de obra, porque en las grandes empresas se está dando la tendencia a la eliminación de los stocks y la producción, el famoso "just-in-time" —justo a tiempo— la producción de lo que ya se ha vendido o lo que se considera de rápida comercialización en el mercado. Para eso tienen la flexibilización que les permite el control de tiempo de producción y las propias comisiones de medida de mano de obra que toman y despiden miles de obreros sin ningún tipo de problemas y, por otro lado, los permite la diversificación de la producción hacia una clientela cada vez más exigente en cuanto a lo exótico del producto y así regular la producción en función de las demandas del mercado.

Este que, visto desde la lógica de la competencia de las empresas, es razonable, visto desde el punto de vista del movimiento obrero, tanto a escala horas los días domingo. Esto tiene que ver con el concepto de la disponibilidad de mano de obra, porque en las grandes empresas se está dando la tendencia a la eliminación de los stocks y la producción, el famoso "just-in-time" —justo a tiempo— la producción de lo que ya se ha vendido o lo que se considera de rápida comercialización que les permite el control de tiempo de producción y las propias comisiones de medida de mano de obra que toman y despiden miles de obreros sin ningún tipo de problemas y, por otro lado, los permite la diversificación de la producción hacia una clientela cada vez más exigente en cuanto a lo exótico del producto y así regular la producción en función de las demandas del mercado.

Es que, visto desde la lógica de la competencia de las empresas, es razonable, visto desde el punto de vista del movimiento obrero, tanto a escala horas los días domingo. Esto tiene que ver con el concepto de la disponibilidad de mano de obra, porque en las grandes empresas se está dando la tendencia a la eliminación de los stocks y la producción, el famoso "just-in-time" —justo a tiempo— la producción de lo que ya se ha vendido o lo que se considera de rápida comercialización que les permite el control de tiempo de producción y las propias comisiones de medida de mano de obra que toman y despiden miles de obreros sin ningún tipo de problemas y, por otro lado, los permite la diversificación de la producción hacia una clientela cada vez más exigente en cuanto a lo exótico del producto y así regular la producción en función de las demandas del mercado.

Esta tendencia se vio claramente de febrero de este año cuando se produjo la huelga de la Ford de Inglaterra, que es la primera huelga que los obreros la ganan a Margaret Thatcher desde que está en el gobierno, en contraposición a la heroica huelga de los mineros del carbón, que duró un año y medio y que terminó en una derrota. Los obreros de la Ford de Inglaterra ganan con un sistema muy original, porque vienen organizándose a nivel de comisiones de fábricas por empresas multinacionales, por ejemplo, las comisiones de fábricas de la Ford de Inglaterra, que en los años 80 y 81 se lanza a la robótica y a la reconversión, bajan de 60.000 a 40.000 la cantidad de obreros, hoy en día, más producción de la que hacían en aquel momento. Esto trae aparejado el problema de la desocupación. Claro es que la realidad en esos países es muy distinta a la nuestra; allá hay un seguro de desempleo, hay una protección social mucho mayor. Ese fenómeno social fundamentalmente se manifiesta en la juventud y en la imposibilidad de incorporarse al mercado de trabajo; en otros países empieza a notarse el avance sobre la semana laboral, por ejemplo en Bélgica; incluso en algunos sectores industriales de Francia, donde el fin de semana era el descanso sagrado para los tra-

abajos que se padece gran.

Esto lo marco como una tendencia. No es un hecho generalizado pero muestra que muy probablemente en los próximos años se va a repetir fenómenos de este tipo. ¿Por qué se da ésto? Se da

fundamentalmente porque las multinacionales en Europa (empezamos a ver un proceso parecido aunque todavía reducido en países del tercer mundo) han internacionalizado la producción. Hoy, prácticamente no hay ningún auto que se construya en un solo país, hoy se fabrican distintas piezas en distintas terminales de las multinacionales y se ensamblan en un país determinado.

A nte ese fenómeno de internacionalización de la producción, la única respuesta posible es la solidaridad entre las comisiones de fábrica y, en algún momento, los sindicatos de los distintos países. Este fenómeno todavía no es absorbido por los sindicatos que, como les decías antes, siguen muy atados al esquema del proteccionismo y del nacionalismo. Esto se da a tal punto que hace algunos meses en la Renault de Francia, la CGT, que es la central controlada por el Partido Comunista francés, planteaba que para salvar los puestos de trabajo de los obreros de la Renault de Francia era necesario cerrar la filial de la Renault de Méjico; es decir, que los obreros franceses a través de su sindicato estaban perdiendo dejar sin trabajo a los obreros mexicanos para salvar sus propios empleos. Se expresa aquí la lógica de la que hablaba antes: de enfrentar los intereses de los obreros de un país con los intereses de los obreros de otros países.

Planteados muy esquemáticamente, estos son algunos de los síntomas por los cuales nosotros señalamos que estamos atravesando una etapa defensiva, porque si entrámos a desmenuzar el tipo de reivindicaciones que se levantan son todas reivindicaciones que se podrían cristalizar en el "no seguir perdiendo". Hoy el movimiento obrero está luchando para no seguir perdiendo puestos de trabajo, para no seguir perdiendo salarios, para no seguir perdiendo reivindicaciones como las ocho horas y muchas otras que están siendo puestas en cuestión por todo este mecanismo que se está cristalizando en este momento.

Por supuesto que, en cuanto a lo que vemos en nuestro país es un fenómeno distinto.

Aquí la ofensiva empezó unos años antes, a mediados de 1975, con el "rotodrágico" como punto de partida. A partir de entonces el movimiento obrero empieza paulatinamente a perder sus viejas conquistas.

Las cifras de los censos industriales de 1973 y de 1984 demuestran que en ese período de tiempo la productividad por hombre en la Argentina aumentó un 35,2%, esto se dio por diversos mecanismos que van desde la prolongación de la jornada de trabajo a través de la obligatoriedad de las horas extras (obligatoriedad en función de la pérdida del poder adquisitivo), la resignación de otro tipo de reivindicaciones en función de defender el puesto de trabajo, hasta la aceptación de la multiplicidad de tareas. Este es otro eje que viene enganchado con la cuestión de las nuevas tecnologías: se está defendiendo la reivindicación del oficio y el obrero cada vez está más presionando a asumir doce o tres funciones al mismo tiempo. En función de todos esos elementos es que se ha dado ese aumento en la productividad-hombre que, lógicamente, no está en relación con la inversión, hecha por las grandes empresas en materia tecnológica.

Incluso habría que entrar a desmenuzar un poco más la forma de este fenómeno de las nuevas tecnologías y de la robotización. La forma en que fueron implementadas por las grandes empresas nos muestra cómo han colocado los robots en puntos estratégicos de la pro-

ducción: ahí donde estaba la fuerza del movimiento obrero, donde está la fuerza de los obreros de una fábrica, en la cadena de producción, donde se podía parar, aumentar, disminuir dicha producción con las distintas medidas de fuerza que se conocen (el paro a la italiana, el paro salvaje, el trabajo a tristeza, el trabajo a desgano). Es eso lo que fue contado sistemáticamente por robots y la producción se reduciendo en esquemas mucho más pequeños y autónomos. Es decir que las nuevas tecnologías que aparecerían a primera vista como neutrales, como un avance, como un progreso, en función de toda esta situación han sido implementadas como herramientas de respuesta de las patronales para ir debilitando y fraccionando la fuerza del movimiento obrero.

E n nuestro país habría que sumar a todo esto lo que significó el proceso de desindustrialización de Martínez de Hoy, el auge de la desocupación, la pérdida de especialización. Mucho se ha hablado del fenómeno del cuento-propósito en nuestros países pero nunca nos pusimos a analizar suficientemente qué sector de la clase obrera se incorpora al fenómeno mencionado. Es precisamente la mano de obra más especializada, porque un obrero sin calificación no puede instalarlo por su cuenta, es el obrero especializado el que tiene más oficio, el que se ha alejado de la producción como consecuencia de la pérdida del poder adquisitivo de los salarios. Es decir que ha habido una pérdida de calificación, una pérdida masiva de fuentes de trabajo sobre todo en lo que hace a la pequeña y mediana industria. Además ha habido una pérdida de las conquistas que tradicionalmente se tenían. Nosotros lo vemos claramente en el caso de Acindar. Esta empresa tenía una estructura de producción muy particular, donde se habían logrado conquistas que se venían manteniendo desde mucho tiempo y que durante todo el proceso de la dictadura prácticamente han desaparecido. Hoy, algunas de ellas se están recuperando y aún no hemos llegado al nivel que nosotros consideramos que tenían en 1975, porque tampoco existe el mismo nivel de organización, fundamentalmente de conciencia, en el conjunto de los compañeros que había en ese momento. Era otra la situación histórica, era otra la realidad, había otro nivel de participación, el activismo era mucho más numeroso, había una conciencia de lucha distinta a la que hay hoy; no existía el fantasma de la desocupación; si un com-

pañero era echado de Acindar entraba en Metocom, o si no entraba en ninguna de las dos lo venían a buscar de un taller contratista para preguntarle cuánto quería ganar porque era mano de obra especializada.

Hoy ese fenómeno no existe; hoy el compañero está atado al drama de la pérdida de su puesto de trabajo y eso, lógicamente, establece otra realidad, otra relación de fuerza.

En el mes de febrero de este año participé en un congreso de comisiones de fábricas de industria automotriz donde estaban representados casi todos los países de Europa, casi todas las multinacionales de la industria automotriz y también compañeros representantes de la mayoría de los países del tercer mundo donde hay, en este momento, industria automotriz. Lo que más me sorprendió fue el hecho de que las cosas que a nosotros, de verla en la práctica, nos preocupaban, aparecían casi en el punto de partida: el movimiento obrero, porque si no apuntamos a los problemas de fondo, vamos a seguir debatiéndonos en un sindicalismo contatario. Yo explicaba a los compañeros en ese congreso internacional que la CGT argentina había hecho doce huelgas generales en lo que va del gobierno democrático y no habíamos logrado, por decirlo risueñamente, ni siquiera sacar al policial que custodia el Ministerio de Trabajo, cuando en cualquier país una huelga general si no le cuesta la cabeza a un ministro tan cerca de ello.

Nos planteamos qué está pasando hoy, por qué hemos caído en esta ineficiencia en nuestras formas de lucha y te creo que es precisamente porque no hemos llegado a empezar a debatir los problemas de fondo que tiene que tomar hoy el movimiento obrero en la Argentina. Estamos peleando el tema de las obras sociales, por ejemplo, que, más allá del debate de si son patrimonio de los trabajadores o de quienes circunstancialmente encabezan los sindicatos, en la realidad son nuevos entes financieros de la medicina privada. Cuando discutimos con los compañeros de otros países notamos la defensa que se hace y el concepto que se tiene del hospital y la lucha por la salud pública a través de este tipo de entes y nos planteamos: nosotros estamos peleando por banderas que ya no tienen contenido. Y cuidado que yo no planteo que no hay que pelear por las obras sociales; considero que tanto el problema de las obras sociales como esto que yo les estoy señalando son temas de fondo pero que se tienen que debatir desde otro punto de vista.

T oda esta situación hace que hoy el movimiento obrero, después de haber vivido todo un proceso de lucha que empezó con movilizaciones importantes en los años 1985-1986 donde se congregaban 300.000 trabajadores, haya terminado al cabo de dos o tres años con la crisis económica más aguda y profunda, con reivindicaciones más sentidas que antes y con una seria situación de desmovilización.

Este es un punto que daría elementos para la discusión porque nosotros tenemos que ver con otro problema básico que es el criterio de autonomía. No hemos logrado todavía tener un movimiento obrero autónomo, independiente de partidos políticos, de todos los partidos políticos. En los hechos esto nos está acarreando consecuencias muy graves porque genera en la base del movimiento obrero un sentimiento de frustración, de desmovilización muy profundo. Consideramos que el hecho de que se pierda la unidad de lucha del movimiento obrero argentino es una cuestión que afecta a la existencia misma de la democracia.

P areciera que hoy nos sigue preocupa, como cuestión fundamental, el problema de las paritarias en el aspecto salarial y no hemos siquiera comenzado a discutir el tema de lo que son las paritarias en lo que hace a las condiciones generales de trabajo. Nosotros, en el año 1975, por ejemplo, con la figura del oficial múltiple que se incorporó al convenio colectivo de trabajo, hemos entregado la punta de lo que hoy es el fenómeno de la multiplicidad de tareas. Ese fenómeno se está extendiendo muchísimo a través de la industrialización y nosotros, en nuestro caso, lo estamos peleando pero vemos que en fábricas que pertenecen a otras seccional o a otros gremios eso está impuesto como una cosa común. Esto muestra la dificultad que también nos genera a nosotros el poder enfrentar una lucha que no llega a generalizarse. Por eso es que nos interesa plantear esta discusión en el seno del movimiento obrero, porque si no apuntamos a los problemas de fondo, vamos a seguir debatiéndonos en un sindicalismo contatario. Yo explicaba a los compañeros

En los últimos tiempos, se ha venido produciendo un innegable avance de la derecha en la disputa por la hegemonía ideológica en el seno de la sociedad. El discurso antilibertario liberal y en favor de la privatización a ultranza ha ganado muchísimos adeptos, aislado del estado calamitoso en que el "proceso" dejó a las empresas estatales y a la economía en general sumido a la ineficiencia en la administración de estas empresas y a todo lo que no hizo ni resolvió el gobierno liberal. Simultáneamente, se presenta a la empresa privada como símbolo de eficiencia y generación de riqueza, en un discurso falaz e hipócrita que oculta la realidad, tal como es la interrelación existente entre muchos empresarios privados y el aparato del estado que les permite enriquecerse a costa del clero público, o la transferencia de la deuda externa privada al estado nacional, lo que ha generado un gran déficit fiscal.

Ha contribuido a ello también, el proceso de desinflación que lleva la realidad existente en los países del área socialista, donde el retroceso tecnológico y económico producto de planificaciones rígidamente centralizadas y generalizadoras de una burocracia paralizante, están obligando, saludablemente, a profundas reestructuraciones de contenido democrático y autogestionario, que permitirán superar, esperamos, esta verdadera rémora que durante tantos años estuvo oculta tras la adhesión sectaria y estrecha a un modelo global que ahora es cuestionado—desde las mismas filas del socialismo—y que durante décadas se presentaba como alternativa única y acabada frente al capitalismo.

La derecha liberal, montándose sobre esa situación, intenta mostrarse como símbolo del progreso económico y social, convenciendo que el capitalismo es el único sistema que crea riqueza y bienestar ocultando las terribles injusticias de este sistema anacrónico mientras que el socialismo, según ellos, termina en un aparato estatal sobredimensionado, inefficiente, paralizante y retrógrado, que reparte miseria y atraso.

2. Una respuesta creativa

Para responder a ese discurso simplista pero bien promocionado, no basta con denunciar las causas del desequilibrio de nuestra economía y la falacia de los argumentos empleados. Es necesaria también una propuesta nueva para esta problemática, que sintetice las experiencias habidas en los países que encararon cambios sociales en un marco de independencia nacional, así los más disímiles, y que pueda ofrecerse como alternativa superadora, entendible y creíble, para los amplios sectores de nuestra sociedad.

Hoy no puede sostenerse como pro-

El cooperativismo y otras formas de autogestión

Nuevas vías de socialización de la riqueza

Miguel Ibarlucea
Norberto Lorenzo

El neoconservadurismo se nutre de la desconfianza que despiertan los modelos de socialismo de estado o de capitalismo de estado. La propuesta cooperativa, ya planteada por los socialistas utópicos en el siglo XIX,

se presenta como una alternativa de socialización descentralizada, que posibilita canalizar la iniciativa popular en el marco de una sociedad pluralista, democrática y socialista.

el rótulo de "socialista", el viejo modelo en que todo debe pertenecer al estado, dentro de una estructura vertical y centralizada. Ese sistema piramidal, instalado en muchos países en diferentes épocas y circunstancias históricas ha demostrado, a través del tiempo, que aboga toda creatividad, participación e iniciativa popular. Su actual cuestionamiento, visible desde la *perestroika* y desde mucho antes en la propia China Popular, cuando hubo que desandar pragmáticamente los alcances de la "revolución cultural", posibilitan la búsqueda plural y participativa.

Significa esto optar por la empresa

privada capitalista como factor de generación de riqueza? En absoluto. El cooperativismo y otras formas de autogestión popular son la respuesta que se impone como vía de socialización de la riqueza, sin derivar en la estructuración de un paquidermico y monstruoso aparato estatal, centralizado y piramidal. Esta es una premisa general, pero se hace mucho más concreta y necesaria, en actividades donde el "estado bolchevico" no tiene nada que hacer, ni se justifica su intervención, ni económica ni socialmente. El estado —no el actual estado deformado y atrasado— sigue siendo el modo, la vía y el instrumento válido que poseen los sectores populares, en especial aquellos segmentos de la población desposeídos y marginados de toda protección, para enfrentar al poder de los grandes conglomerados económicos transnacionales y nacionales, que los someten y oprimen, acercando las tremendas desigualdades y las injusticias de esta sociedad dependiente, atrasada y terriblemente empobrecedora. Pero ese estado, para representar, acaba damente a esos intereses nacionales y populares, debe reestructurarse y generar nuevas formas de participación democrática, autogestoria y cogestión de las más amplias masas de la población.

3. El sector de economía social

La economía en todos los países del mundo, tiene hoy un carácter mixto, hallándose integrada por el sector estatal o público, el sector privado o capitalista —prácticamente nulo en los países socialistas, salvo la pequeña producción familiar y el sector social, también llamado sector de economía del trabajo— que puede asumir formas privadas y públicas o que está integrada por aquellas entidades de naturaleza solidaria, cooperativas, mutuales, obras sociales, algunas corporaciones públicas y otras denominaciones, de acuerdo a los distintos países. Según qué sector prima sobre los demás y rige las reglas de juego nos hallaremos frente a un sistema económico mixto.

Dentro del sector social, las cooperativas como entidades que operan en la economía con fines sociales —más allá de las deformaciones que la práctica demuestra y que tiene que ver justamente con su acción dentro de un sistema económico capitalista— juegan el rol más importante. Organizadas a los productores y consumidores de bienes y servicios para ofrecerlos al costo a sus asociados, buscando tanto el precio justo de los productos en el mercado como también el eliminar las intermedias parasitarias y dar al productor, ya sea que trabaje en forma independiente o asociado con otros, el producto íntegro de su trabajo.

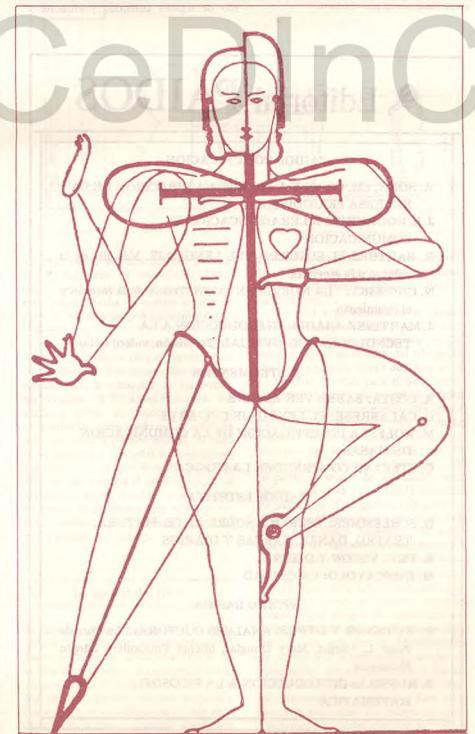
El desarrollo y extensión de este sector, organizado en forma democrática, lo que permite el control de su gestión,



ARTE NUEVO
Galería de Arte
Baleares 1016 (1064)
Buenos Aires, Argentina



"Un aporte a la consolidación de la democracia"



por parte del pueblo, es imprescindible para una política económica al servicio de la liberación nacional y social, junto con la necesaria defensa del sector estatal o público, que ha sido deliberadamente destruido en los últimos años, para justificar su liquidación en beneficio de los grandes grupos económicos, ya sean nativos o extranjeros. En tanto, estos mismos grupos se han venido beneficiando en negocios leoninos a través de contratos con el área estatal, conformando la "patria contratista".

4. La pata que faltaba

Las propuestas de la izquierda incluyen siempre la defensa y extensión del sector público, como arma de los más débiles para enfrentar a los poderosos. Eso sigue siendo absolutamente imprescindible, pero no es suficiente. A las propuestas de moratoria de la deuda externa y suspensión del pago de sus servicios, nacionalización de la banca, el seguro y el comercio exterior, planificación democrática de la economía, desarrollo de la infraestructura básica (petróleo, electricidad, siderurgia, gas, carbón, petroquímica, comunicaciones, tecnológica, etc.) e tráves de las empresas públicas, debe sumarse la extensión y desarrollo del sector social, compuesto por miles de pequeñas y medianas —en algunos casos también grandes— empresas cooperativas, en todas las ramas de la economía, que hagan posible canalizar la iniciativa popular y comunitaria, especialmente en la producción de bienes de consumo inmediato e intermedios y la prestación de servicios sociales de todo tipo, desde educación hasta agua potable.

Este sector económico participativo, ágil y dinámico, extendería notablemente las bases sociales de un gobierno popular, especialmente en un país como el nuestro donde existe una vasta clase media con un arraigado espíritu de individualismo, y que busca su independencia económica como valor fundamental. De esta forma es posible encararlo dentro de los marcos de una planificación de la economía en sus variables fundamentales, pero sin el corset que impone los criterios limitativos de los funcionarios de turno.

Las experiencias socialistas existentes demuestran justamente la necesidad de generar de aquí en más estas formas asociativas, más dinámicas e independientes en el sector servicios, por ejemplo, en actividades tales como restaurantes, bares, turismo, actividades culturales, educación no formal, periodismo, comunicación social y en áreas de la producción como la agrícola, artesanas, aliménticas, etc. La decisión sanción de una ley de cooperativas de trabajo por el Soviet Supremo de la U.R.S.S. es testimonio más que elocuente de esa necesidad.

5. Autogestión laboral

El cooperativismo es fuerte en la Argentina, pero no el cooperativismo de trabajo que es el que implica los cambios sociales más profundos. Una cooperativa de trabajo es una empresa dirigida por todos los que trabajan en ella, donde cada uno tiene un voto y se decide democráticamente en asamblea quién administra la misma, en representación del conjunto de trabajadores. El excedente que la actividad genera, una vez pagados todos los gastos, se reparte entre todos los que trabajaron en producirlo, en proporción al trabajo prestado y no al capital aportado. Es decir, es una empresa de trabajadores y no de capitalistas.

Fomentar y desarrollar el cooperativismo de trabajo en la Argentina es de una necesidad económica impostergable*. En primer lugar, porque alternativa frente a la empresa capitalista, al demostrar que los medios de producción pueden ser gestionados por los trabajadores que tienen las capacidades para ello. En segundo lugar, porque la experiencia enseña que aumenta la productividad y la garantía de continuidad de la fuerza de trabajo. En tercer lugar, porque lleva a una más equitativa distribución del ingreso, al repartirse el excedente económico entre más personas, incrementando de esa forma el consumo y evitando la acumulación de dinero en pocas manos que termina siendo desviado al exterior. En cuarto lugar, porque representa una valiosísima forma de dignificación del trabajador al hacerlo responsable de la gestión de los medios de producción y participar de sus frutos, generándose una capacitación permanente y una formación continua de nuevos dirigentes sociales. Por último el cooperativismo es una escuela de democracia, produciendo y ayudando a producir profundos cambios culturales al llevarlo al corazón del espacio productivo que es la empresa, hasta hoy signada por el autoritarismo.

La creación dentro de la economía de un espacio de empresas autogestionadas en todas las ramas de la producción, actuando como empresas testigo, en colas

boración con sindicatos, mutuales y otro tipo de cooperativas (de consumo, vivienda, servicios públicos) es imprescindible para poder llevar adelante una política de precios que reste poder a las grandes empresas oligopólicas que hasta el día de hoy maneján la economía a su antojo porque justamente son las que determinan la formación de los costos de todo el resto de los actores económicos.

6. Extensión necesaria a otros sectores

Pero la autogestión no se limita exclusivamente al ámbito de las cooperativas de trabajo, es también necesario implementarla como una forma de modernización y transformación en el área estatal a través de la complementación y participación en la gestión y su control por parte de los usuarios, los trabajadores y el propio Estado.

Las posibilidades son muy vastas y las necesidades también, pero la extensión de esta forma de democratización en la participación comunitaria rendirá extraordinarios resultados aplicándolo y desarrollándolo en otras áreas del quehacer social y económico tales como: campo agropecuario y agroindustrial, planes de vivienda comunitaria y por autoconstrucción; descentralización y democratización del crédito; multiplicación de las cooperativas de consumo; en materia de servicios públicos de todo tipo (electricidad, agua potable, cloacas, telefonía, caminos, redes de gas, etc.); generando un cooperativismo de seguros auténtico y eficiente y

facilitando también la participación comunitaria a través de cooperativas que manejen medios de comunicación social radiales, televisivos o escritos en todo el ámbito del país.

Las posibilidades son inmensas: se trata de lograr su implementación a través de una planificación democrática, desarrollando así el sector de la economía social, que como ya hemos dicho es participativo, ágil y muy dinámico, imprescindible para ensanchar la base social de un gobierno genuinamente popular que tome decisiones realmente transformadoras.

Editorial PAIDOS

PAIDOS COMUNICACION

A. SOHN, CH. OGAN Y J. POLICH: LA DIRECCION DE LA EMPRESA PERIODISTICA

J. L. RODRIGUEZ ILLERA: EDUCACION Y COMUNICACION

R. BARTHES: EL SUSURRO DEL LENGUAJE. Más allá de la palabra y la escritura

N. CHOMSKY: LA NUEVA SINTAXIS. Teoría de la recepción y el ligamiento

J. MARTINEZ ABADIA: INTRODUCCION A LA TECNOLOGIA AUDIOVISUAL. Televisión, video, radio

INSTRUMENTOS

A. COSTA: SABER VER AL CINE

O. CALABRESE: EL LENGUAJE DEL ARTE

M. WOLF: LA INVESTIGACION DE LA COMUNICACION DE MASAS

G. STEFANI: COMPRENDER LA MUSICA

PAIDOS ESTETICA

O. SCHLEMMER: ESCRITOS SOBRE ARTE: PINTURA, TEATRO, DANZA, CARTAS Y DIARIOS

R. FRY: VISION Y DISEÑO

M. RONCAYOLO: LA CIUDAD

STUDIO BASICA

R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas

B. RUSSELL: INTRODUCCION A LA FILOSOFIA MATEMATICA

que se ha hecho en la Argentina en el campo de las ciencias y las artes.

Pasos perdidos en política municipal (II)

Oscar Grillo

El Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires

¿Qué mejor vía de entrada para la expresión de las necesidades, demandas y aspiraciones de los porteños acerca de su propia ciudad que un parlamento local, como lo es el Concejo Deliberante de Buenos Aires? ¿Qué otra institución municipal sino ésta podría (debería) estar pujando por dar vida al replegado debate sobre la cuestión de la democracia local? ¿Desde dónde se podría impulsar con mayor legitimidad la postergada transformación de las condiciones de ejercicio del poder municipal?

Pero en rigor, el HCD portó en estos cinco años un modo de funcionamiento encamulado a cubrir estas expectativas? Si nos guiamos por lo que manifiestan los concejales de esta ciudad en las distintas ocasiones en que consideran llegado el momento de efectuar un balance, encontraremos que se felicitan de haber logrado una "mecánica de la relación" entre los diferentes bloques partidarios que les permite "dialogar sin entropecer"; respecto de las metas que guían su acción, consideran que "todos tenemos, formulado o no un proyecto de la ciudad que queremos", aunque algunos admiten no haber explicitado demasiado este propósito. Y por último —por más que difieren partidariamente en este punto— coinciden en evaluar la actuación del cuerpo deliberativo con referencia al lugar que ocupa dentro del Departamento Ejecutivo o Intendencia.

Fácil es deducir que este planteo se asemeja a otros de tipo maximalista que también desean la actividad sindical en su contenido reformista: mejora de las condiciones de trabajo, aumentos salariales, creación de farmacias sindicales, etc.; posiciones infantilistas que han recibido claramente la espalda de los trabajadores argentinos.

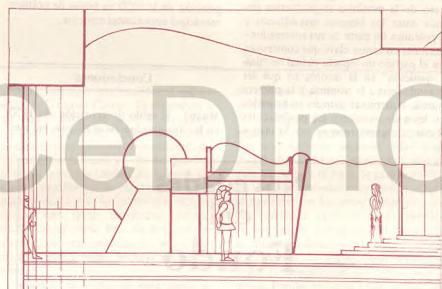
Mientras existe en nuestro país un sistema político democrático que permite gradualmente la extensión de la democracia en los diversos planos de la vida social, y los argentinos canalicamos a través de ella nuestras esperanzas de cambio, dichos planteos carecen de todo asidero. Por el contrario, los tres grandes movimientos de los trabajadores: el sindicalismo, el cooperativismo y el mutualismo tienen un papel importantísimo que cumplir, tanto para mejorar gradualmente las condiciones de vida de los explotados como para ser bastiones en la defensa de la democracia contra todo intento de destruirla.

Útopicos o no, según el sentido que le dé a una palabra tan polémica, Owen, King, Saint-Simon, Fourier fueron grandes visionarios al percibir con toda claridad que la acción autogestionaria de las masas en defensa de sus propios intereses y de todo la sociedad, era y es una palanca de transformación social absolutamente imprescindible para la consecución de los grandes ideales de la humanidad en aras de la construcción de una sociedad esencialmente libre, justa y solidaria.

Miguel Ibarluzea. Abogado, ex Subdirector de Asuntos Jurídicos y Registro de la Secretaría de Acción Cooperativa; fue asesor y colaborador directo del diputado nacional Ricardo Corngold en la elaboración del Proyecto de Constitución de Trabajo, que sirvió de base para la ley respectiva que cuenta con media sanción de la Cámara de Diputados. Asesor a cooperativas y federaciones de cooperativas.

Norberto Lorenzo. Abogado, funcionario de la Secretaría de Acción Cooperativa; es asesor no remunerado del Comité Consultivo de la Cámara de Diputados de la Nación. Es apoderado nacional y vicepresidente primero de la Convención Metropolitana del Partido Integrante.

¿Desde qué otro lugar que la institución municipal debería abordarse la cuestión del poder local en una sociedad que, como la argentina, encara la difícil tarea de democratizar su vida nacional. En cinco años de funcionamiento ¿el Concejo Deliberante de la Capital Federal ha demostrado estar a la altura de las exigencias que plantea el gobierno de la ciudad? ¿Cuáles son los obstáculos, no sólo de pobreza presupuestaria sino también y fundamentalmente políticos, que impidieron suturar la discrepancia entre posibilidades ofrecidas por la democratización y realizaciones concretas?



bastante rígida sus aspiraciones y minimiza páginas de negociación. Debe tenerse en cuenta en este aspecto que el radicalismo llevaba al cuerpo legislativo cinco líneas internas y el justicialismo por lo menos tres.

Al contar la UCR con una holgada mayoría y quorum propio, aparecía en condiciones de imponerse dejando poco espacio para la actuación de los restantes bloques. El PJ ensayó durante los primeros meses de sesiones disuadir a su adversario amenazando con el retiro de todo apoyo a la gestión radical, mediante el abandono de todas las comisiones legislativas de las que formaba parte. En más de una ocasión el conflicto que se mantuvo latente durante meses estalló en forma de incidentes que tomaron estado público y obviamente, perjudicaron la imagen del Concejo.

La agenda del HCD

Es necesario tener presente que, en rigor, "toda" los temas que constituyen necesidades o demandas ciudadanas figuran en la lista de asuntos en los que puede intervenir el HCD y que, por eso mismo, el impacto acumulativo que pudieran tener las intervenciones propuestas. Este estilo centra la atención del cuerpo en medidas normativas aisladas y no en "paquetes" de disposiciones que por su concepción común y articulación puedan convertirse en potenciales orientaciones políticas de alcance general.

* Otro aspecto común es la desproporción de los emisores de proyectos de los aspectos presupuestarios, lo cual permite profusión y superposición de iniciativas y, coincidentemente, disminuye sus posibilidades de efectividad si es que éstas son convertidas en normas sancionadas. Es probable, en este sentido, que la sola presentación de un proyecto sea considerada en sí misma como indicador de actuación y/o un "piso" aceptable de respuesta a demandas determinadas, en forma independiente de las probabilidades de tratamiento legislativo posterior. Un indicio de esto es el enfoque que buena parte de los concejales solían colocar en que la presentación de sus proyectos sea publicada en los diarios; por épocas, distintos medios (*La Nación, Tiempo*) reservaron espacios especiales para la publicación de proyectos, sin que nadie reclamara luego noticias acerca del destino posterior de esas iniciativas.

Los términos en los que se define un problema —cómo se contrasta con otros problemas y cuestiones, y el nivel de intervención que se considera posible en el mismo son temas fundamentales en la toma de posición de un organismo como el analizado. En este sentido es significativo el sistemático bloqueo que tuvo en el HCD al tema de la vivienda, eje de las demandas originadas en sectores populares. En abril de 1984, mientras el Poder Ejecutivo Nacional enviaba al parlamento un proyecto de ley atendiendo al problema creado por la indexación en compraventa de terrenos y viviendas económicas (es decir, se interrumpió por los reclamos de un la franja de los afectados por el déficit habitacional) el presidente del HCD declaraba que el desalojo de inquilinos (*La Razón*, 17-4-1984), cuya suspensión pedía un proyecto del PJ, no era competencia del cuerpo deliberativo. El justicialismo, por su parte no insistió demasiado y el tema quedó en manos del pequeño bloque del PI que repitió e infructuosamente insistió para que el estado municipal tomase cartas en el asunto.

HCD y Departamento Ejecutivo: construyendo la subordinación. El presupuesto

El Presupuesto de gastos y recursos es el tema de conflicto por excelencia entre el HCD y la Intendencia. Es uno de los pocos asuntos donde los funcionarios electos —teóricamente— tratar de ganar espacios de control de los procesos de intervención dentro de la burocracia municipal y, a la vez, donde ésta genera más trabas tendientes a preservar su auto-regulación interna. Los concejales consideran, además, que si un desafío presupuestario de la comuna deviene en

aumentos en los impuestos, son ellos los que pagan el mayor costo político, soportando las críticas de los contribuyentes y apareciendo como los únicos responsables de mayores extracciones a la población. Por estas razones es que la cuestión del Presupuesto es una buena vía de investigación de las relaciones entre ambos órganos de gobierno municipal.

El primer año fue de gracia, atento a que los funcionarios del Ejecutivo Municipal justificaron la demora en el tiempo y falta de claridad del proyecto presupuestario presentado en formas de trabajo y mecanismos de información contable heredados del gobierno anterior; pero en diciembre de 1984 los concejales reaccionaron durante ante un pedido de incorporación de un gravamen de emergencia sobre los ingresos brutos, para tapar una brecha presupuestaria. Esto preocupó a los funcionarios de la Intendencia, en la medida que algunas posiciones aparentemente intransigentes provenían de los concejales del propio partido (UCR), que criticaban el "equívoco rumbo de la gestión económica-financiera del municipio".

Pero la cosa no llegó a mayores conflictos. La posibilidad de autoconvocatoria del cuerpo quedaba descartada, claramente, porque a entender de la bancada mayoritaria "el uso frecuente de tal recurso podría interpretarse como una manifestación de desacuerdos con el Departamento Ejecutivo" (*Clarín*, 3-12-1984) y de ninguna manera se quería dar esa impresión; el bloque justicialista no insistió demasiado en esa opción.

1985 fue un año electoral, y por eso, resulta demostrativo del rango de variación alcanzable por este tipo de conflictos. A poco de iniciarse las sesiones ordinarias, el bloque justicialista amenazó con abandonar sus puestos, disconforme con el envío por parte del Poder Ejecutivo Nacional, a instancias de la Intendencia y sin consulta al HCD, de un proyecto de ley que propugnaba recargos impositivos con el fin de constituir un fondo especial destinado a la extensión de los subterráneos porteños. Nuevamente, la renuncia no se concretó, pero la ocasión sirvió para que parte de la bancada oficialista dejara entrever su propia disconformidad con el hermetismo del Ejecutivo Municipal en cuestiones en las que consideraba tener incumbencia y todos se prepararon para diseñar el presupuesto 1985.

En esta ocasión, ante la demora por parte de la Intendencia en remitir el proyecto, los concejales estuvieron a punto de imponer su envío por resolución conjunta y con acuerdo de todos los bloques (*La Nación*, 27-4-1985). La presión llegó al punto de provocar la renuncia del Secretario de Economía de la Intendencia. Finalmente recibieron la documentación y comenzaron a debatirla; la propuesta mereció objeciones de las bancadas minoritarias representadas en el cuerpo deliberativo y también, en menor grado, del propio bloque oficialista, pero esta vez, iba gestando consenso alrededor de la idea de que se introdujeran importantes retocos propuestos por el Concejo, dentro de un esquema según el cual el presupuesto iba a ser equilibrado con el aporte de fondos obtenidos mediante el incremento de los principales impuestos municipales (patentes de automotores, impuestos territoriales y a los ingresos brutos) (*La Nación*, 19-6-1985). La operación significaba un costo político a los concejales —avalaban un aumento de los impuestos municipales— pero les redituaba un avance en el sentido de que aparecían interviniendo activamente en la confección del presupuesto y, virtualmente, con posibilidades de controlar más su ejecución.

No llegaron a tiempo, a mediados de

junio el lanzamiento del Plan Austral incluía entre sus principales medidas el congelamiento de tarifas públicas, con lo cual se impidieron los incrementos de impuestos municipales. La situación volvió a fojas cero, debiéndose rediscutir la estrategia del HCD en el asunto; esa nueva posición de no produjo, el Departamento Ejecutivo recuperó su autonomía de hecho en el tema, y la cuestión volvió a un segundo plano —acercaban las elecciones de noviembre de 1985 y tanto la UCR como el PJ tenían duras internas por resolver. El bloque de la Unión del Centro Democrático —derecha liberal— desaprovechó la oportunidad de cerrar el debate publicitando sus críticas a la política presupuestaria municipal, atacando el cálculo efectuado por inscripción e incluso subrayando la necesidad de adecuar el proyecto municipal a las pautas deusteridad y contención del gasto público emanadas del gobierno nacional (*La Nación*, 6-7-1985).

Regalando espacio a la derecha

En rigor, no era la primera vez ni el único tema de debate en que el pequeño bloque de la derecha liberal, compuesto por sólo dos concejales lograba fijar —por efecto de la mecánica improductiva— instalada entre los bloques mayoritarios y sin polémica de parte de sus adversarios— posiciones en temas clave que construyen para el partido un espacio virtual de "única oposición" en la medida en que las contiendas entre la mayoría y la primera minoría, al terminar siempre en acuerdos que lejos de aumentar las posibilidades del cuerpo de intervenir en lo menos

algunos puntos clave de la política municipal y/o de ejercer razonablemente sus funciones formales de control, mantenían de hecho la situación de subordinación institucional del HCD al Departamento Ejecutivo. Este aprobamiento temático y puntual de la opacidad de los vínculos establecidos entre los demás actores políticos dentro del escenario del estado municipal se completa con una oportuna intervención en el campo de lo ideológico en relación con la política local, sus horizontes y objetivos.

La derecha liberal parece ser el único partido político local que ha potenciado sus posiciones en el nivel municipal, apostándose en ellas para obtener una presencia de hecho sumamente visible, además de restituible electoralmente. Ha logrado articular:

- * Una adecuada promoción de dirigentes y figuras claras del partido que enfatizan su distinto condición de funcionarios electos municipales. Logran así un contraste con la escasa valoración de las funciones municipales en la carrera política, que es común en las élites de los partidos mayoritarios.

- * Mensajes permanentes intentando establecer conexiones de sentido entre los problemas de la ciudad y las "soluciones" propuestas por la ideología liberal.

- * Actuación coaligada con la prensa de derecha, que dedica a las tomas de posición de la UCD en temas de política municipal importantes espacios.

Conclusiones

Mirando el estilo de actuación del HCD en las distintas facetas analizadas, no pue-

Novedades del Fondo

Adolfo Bioy Casares. *La invención y la trama*
Selección de Marcelo Pichon-Rivière

La más completa antología. Incluye *La invención de Morel*, *El sueño de los héroes* y otros textos.

José Bianco. Ficción y reflexión

Una vasta selección de la obra del gran autor de *La pérdida del reino* hace de este libro poco menos que la edición de las Obras completas. Incluye *Las ratas*, *Sombras siecle vestir*, cuentos, ensayos y entrevistas.

Además

Alain Corbin. *El perfume y el miasma. El olfato y el imaginario social*

Denis Rolland. *América Latina. Guía de las organizaciones internacionales*

Ulf Hannerz. *Exploración de la ciudad*

Richard Evans: *Los artifices de la psicología y el psicoanálisis*



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires.
Te.: 322-7262/322-0825/322-9063

de sino señalarse la discrepancia entre las posibilidades abiertas en cuanto a que la institución sea protagonista de la exploración de nuevos senderos democráticos a nivel local y la actuación concreta del cuerpo.

La consolidación de la democracia a nivel del sistema político global —aún teniendo en cuenta los obstáculos existentes— crea el marco donde es concebible profundizar experiencias locales. Pero para ello es necesario que organismos representativos como el analizado interpreten roles más fuertes y activos dentro de la red interinstitucional donde actúan. Tal como lo señalan los testimonios del comienzo, los distintos bloques de concejales se han movido en base a acuerdos que garantizan la continuidad del funcionamiento legislativo del cuerpo. Pero el alcance de dichos acuerdos no va más allá de permitir el manejo dentro de unas pocas modalidades rituales en cuanto al cumplimiento de las funciones formales del organismo legislativo. Por eso, las tensiones entre la mayoría y la primera minoría o quedan inconclusas o terminan en intercambios de posas monótonas ni dinámicas internamente al HCD ni constituyentes bases para una acción unificada dirigida al fortalecimiento de su imagen artística.

La solidaridad partidaria entre el Ejecutivo Municipal y el bloque mayoritario actúa, obviamente, como un freno que retraza el desarrollo de debates que involucren a la intención, pero no debería exagerarse el peso de esta coalición puesto que la actuación de la primera minoría —el bloque del PJ— dista de ser pujante en el sentido de impulsar innovaciones institucionales y aparecer mucho más dispuesta a una intervención discreta propia —propicia a emprendimientos políticos importantes. Es decir: ambos bloques de concejales han establecido —entre sí y con el Ejecutivo Municipal— un juego institucional de alcance muy limitado, no basado en un proyecto político que potencie la democracia local, y quedan así notablemente disminuidas las posibilidades de que el HCD intervenga como protagonista de la producción de políticas municipales o ejerza razonablemente sus funciones formales de control.

El espacio vacante creado por este juego ha sido llenado oportunamente por la derecha liberal con réditos electorales que prácticamente la han llevado a duplicar en cada contienda el número de sus concejales, hasta constituir, a partir de septiembre de 1987, una situación tripartidaria a nivel del HCD porteño, cuyas implicancias empezarán a verse en estos meses.

Composición del HCD, en 1983, 1985 y 1987

Año	UCR	PJ	PI	UCD	PF	PB
1983	38	16	4	2	—	—
1985	34	16	4	5	1	—
1987	28	16	3	10	2	1

De ahí que sea fundamental la comprensión de los partidos políticos mayoritarios para localizar y desalojar cada una de las trabas al fortalecimiento de este parlamento local, para que pueda ocupar su papel de entramiento global para la vida democrática de la ciudad, empuje una evolución progresista del poder municipal y acompañe con su función normativa el desarrollo de prácticas democáraticas.

Cuando este proceso se congela y se

Dolorosa metáfora de una sociedad lacerada

El retorno de lo siniestro (II)

Alicia Azubel

Las buenas intenciones pueden también conducir a lo peor. Tomemos el argumento de que es necesario, para la salud o normalidad psíquica de Julian, que ella sea "sumergida" en el entorno que corresponde a sus lazos de consanguinidad. Se propone como un retorno a lo que prácticamente se tomara como su medio "natural". Dos asserciones sostienen este argumento. Por un lado la idea de un medio natural. Por otro la idea de que es posible para el sujeto un encuentro y reconocimiento natural en dicho medio caracterizado como normal. Esta concepción respecto de una naturaleza humana que estaría determinada según un orden biológico, que prioriza los lazos de consanguinidad se corresponde con una concepción que lleva a concluir que los objetos a los que se ligó al sujeto estarían igualmente integrados en su orden natural; serían por lo tanto fijos, y orientados a su propia genética. Es cierto que para un gato, es absolutamente irrealizable una gata en celo. No hay en esta atracción ni memoria de contingencia. Basta con que la gata esté en celo, para que el apareamiento se produzca. Esos sí, pero una gata para un gato. Nunca podrá ser otra gata para un gato. Este orden natural no rige para el sujeto humano, en el que su constitución está marcada por otro orden de determinaciones. No importa tanto el perfil de los objetos concretos, su constitución sexual biológica, sus lazos de sangre, sino las funciones y lugares en los que el escenario intersubjetivo entre los que se dan en el contexto de la relación de poder. Los lazos de sangre y la familia no son por tanto lugares simbólicos y constituyen el escenario en el que por una trama identificatoria el sujeto va adveniendo. Dicho en otros términos, en esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo. Los lugares pueden ser ocupados por padres biológicos, pero también por otros sujetos. Sin embargo, una vez constituida esa trama de identificaciones algo queda del sujeto fijado a ellos. Los objetivos primarios, en esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo. Los lugares pueden ser ocupados por padres biológicos, pero también por otros sujetos. Sin embargo, una vez constituida esa trama de identificaciones algo queda del sujeto fijado a ellos. Los objetivos primarios, en esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo.

Por cierto no sin consecuencias. Las funciones paterna y materna son por tanto lugares simbólicos y constituyen el escenario en el que por una trama identificatoria el sujeto va adveniendo. Dicho en otros términos, en esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo. Los lugares pueden ser ocupados por padres biológicos, pero también por otros sujetos. Sin embargo, una vez constituida esa trama de identificaciones algo queda del sujeto fijado a ellos. Los objetivos primarios, en esa trama intersubjetiva la "identidad" se va constituyendo.

Hoy dos lugares vacantes: corresponden al del padre y madre biológicos. Están los lugares del padre y de la madre sustitutos. Estos, es necesario aclararlo, no ocupan los lugares vacantes. Son otras posiciones: porque hay dos lugares vacantes, que hoy se suplen porque no se anulan la ausencia de los padres biológicos. Están los lugares de los abuelos y de la familia de sangre más extendida. Hermanos, tíos, etc. Sobredeterminando este tablero las circunstancias políticas y una función simbólica del tiempo que puede o no inscribir intervalos, es decir una discontinuidad que marca

Las notas de Azubel y Vezzetti prosiguen una reflexión iniciada en *La Ciudad Futura*/12 sobre un hecho que desnudó las llagas de la sociedad argentina. Hoy, arieteados en parte los ánimos, podemos recuperar un tema que fue también el síntoma de una escisión que habrá de acompañarnos por un largo tiempo en el azaroso camino de la reconstrucción democrática.

afirman creencias irreductibles, el sujeto en un después de los actos determinantes y de los responsables de la vacancia de los lugares de los padres biológicos. Ubica esta dimensión de responsabilidad afuera del tablero de posiciones si y sólo si quienes ocupan el lugar de padres sustitutos, no están involucrados directa e indirectamente con los actos y objetivos que provocaron la vacancia, la desaparición de los padres biológicos. En cuyo caso la dimensión delictiva pasa a primer plano y el resorte de análisis debe sostenerse desde la especificidad del procedimiento penal. Porque en estos casos hay un delito consumado por un individuo identificado y que ocupa, a sabiendas, un lugar en el tablero de posiciones, del cual la familia biológica y la sociedad por cuestiones que hacen a un orden ético-político no puede admitir como jurídicamente apto para la crianza de un menor.

Clarifiedo el punto de vista desde el cual analizo la cuestión, queremos detenernos en el tablero de posiciones que creo se configura, en el corte presente y a partir de los datos de conocimiento público, como escenario de funciones identificatorias en el entorno de Julian. No creo necesario, sino todo lo contrario, eludir de qué se trata este cuadro verdadero: de los peligros, la fatalidad de no percibir o no aceptar los límites de nuestra susceptibilidad identitaria, y las clasificaciones impuestas por otros: un pájaro que se cree perro, Van Gogh creyéndose artista, E. Dickinson poeta. Pero sin estos juicios errados, sin estas creencias, los mares dormirían, nunca nadie hollowaría las nieves eternas".

Clarifiedo el punto de vista desde el cual analizo la cuestión, queremos detenernos en el tablero de posiciones que creo se configura, en el corte presente y a partir de los datos de conocimiento público, como escenario de funciones identificatorias en el entorno de Julian. No creo necesario, sino todo lo contrario, eludir de qué se trata este cuadro verdadero: de los peligros, la fatalidad de no percibir o no aceptar los límites de nuestra susceptibilidad identitaria, y las clasificaciones impuestas por otros: un pájaro que se cree perro, Van Gogh creyéndose artista, E. Dickinson poeta. Pero sin estos juicios errados, sin estas creencias, los mares dormirían, nunca nadie hollowaría las nieves eternas".

Si los culpables están dentro del tablero, esa dimensión no puede eludirse. Sin embargo una de las formas que puede adoptar el desvariar la mirada de los culpables —cuando están fuera—, es declarándose la guerra entre las partes que configuran el tablero mencionado. Esta guerra interna elimina un escenario que imaginariamente se corresponde con aquél que produce la desaparición de los padres biológicos. Entonces, el tiempo no ha transcurrido, y también, la esperanza de sobrevivir inclusivamente a su más angustiante evidencia de muerte. Estos apuntes desenderezados por el caso llamado Julian tienen sólo el valor de un "ir pensado en voz alta", un problema que tiene muchas aristas. Es complejo, despeja interrogantes que admiten respuestas contradictorias, se torna difícil de soportar. Pero no son respuestas específicas para resolver ese caso o todos los casos de niños desparecidos. Mucho lejos de la intención de esta nota es decir que la violencia es la causa de la desaparición de los padres biológicos. Entonces, la cuestión es riesgo porque se basa en convocar contra los padres y contra los hijos que los conviven. Me parecen que en el caso Julian los demócratas están fuera. Los torturadores, quienes parecían mas propensos al olvido y a la explusión de todo sentimiento de culpa o responsabilidad sobre los actos cometidos.

Ilaria Cavani, directora de "Portero tero de noche", preguntada respecto de las fuentes a partir de las cuales escribió el *script* de esa película, comentó que analizó muchos documentos y films de la época nazi y principalmente se dedicó a entrevistar a quienes estuvieron detenidos en campos de concentración. Le llamó la atención una observación: Muchas de las víctimas del nazismo, cada verano, regresaban a los lugares donde habían padecido tormentos. Le pareció un rasgo sorprendente y constató que las víctimas eran impulsadas, quien sabe por qué extraños impulsos, a emprender ese camino de retorno. No así los victimarios. No los torturadores, quienes parecían mas propensos al olvido y a la explusión de todo sentimiento de culpa o responsabilidad sobre los actos cometidos.

Hubría quien puede atribuir dicho caminar de retorno a una nostalgia por un goce ya insustituible. Pero ¿podría entenderse como el modo de no dar por consumado, por acometido, aquello que efectivamente ocurrió? Revivir la experiencia dolorosa puede ser una de las formas de no darse por consumada. Pero la condición es riesgo porque se basa en convocar contra los padres y contra los hijos que los conviven. Me parecen que en el caso Julian los demócratas están fuera. Los torturadores tienden al olvido. No son juzgados quienes apacigüan la batalla interna. Tomarán partido, echarán leña al fuego de las lógicas pasionales despertadas en los actores. Es nuestra la tarea de recordar y distinguir.

Doloroso síntoma de una sociedad lacerada

La batalla por Juliana

Hugo Vezzuti

Cabía esperar en el caso Juliana un trámite que resolviera los aspectos necesariamente conflictivos sobre la base del acuerdo entre las familias, mediado por el prestigio de la institución Abuelas de Plaza de Mayo (APM). Quiero creer que era posible una intervención experta y flexible de la justicia sancionando y guiando ese entendimiento con el debido asesoramiento de conocimientos específicos, jurídicos y psicológicos.

Es claro que el caso presentaba aspectos peculiares, bien diferentes de otras restituciones y exigía buscar e inventar sobre la marcha. Pero, en todo caso, el camino de una resolución no traumática era esperable, ante todo, por tratarse de una niña que no fue apropiada legalmente, que conoció su condición de adoptada y estaba abierta a la búsqueda de su origen, y por haber sido sus padres adoptivos los que asumieron la iniciativa de esa escalada.

El curso del acuerdo hubiera significado un encuentro favorable del dispositivo jurídico con la acción ética incluyente de las APM en la realización de la verdad, la justicia y la reparación de las consecuencias del terrorismo de estado, así como la humillación sufrida a través del escándalo mediático que amenazó el destino de esas dos familias, hasta entonces marcadas sólo por la violencia, las formas posibles de una solidaridad presente que vendría, simbólicamente, a supurar esa fragmentación y esa escisión en la sociedad que fue, sin lugar a dudas, una condición que hizo posible la instauración del terror como sistema.

Hoy, cuando la perspectiva del entendimiento parece una empresa imposible y la batalla por Juliana se ha desatado de un modo en el que es difícil no sentirse involucrado, cabé preguntarse: ¿qué pasó? ¿Cuáles fueron las formas predominantes de representar y procesar, a niveles colectivos, el conflicto allí planteado? No voy a referirme a las expresiones de los ideólogos del olvido y de la reivindicación de las acciones de la dictadura militar; tampoco voy a insistir en el tratamiento sensationalista de algunos medios, siempre dispuestos a lucrar con los valores y los sentimientos de un público que, por otra parte, recibió muy escasos elementos de juicio como para pensar las características y las implicaciones del problema. En todo caso, continuando con la reflexión acerca de lo que cabía esperar, en la franja del periodismo y la inteligencia enredada en la causa de las libertades civiles y políticas donde era posible esperar otro tratamiento del problema. Y la distancia con lo efectivamente sucedido no dejó de ser una expresión ilustrativa de las formas en que esos sectores de esta sociedad son capaces de responder a los complejos requerimientos de una realidad postdictatorial que no siempre se presta a la facilidad de los encasillamientos. Lo menos que puede decirse es que, puestos a prueba y ante la exigencia de combinar conceptualmente principios éticos, analíticos, políticos y conocimientos técnicos, han tenido, casi

sin excepciones, a resignar un papel deslucedor y crítico para expresar la facción presente en la sociedad.

Aun cuando se considere que la polarización crispada de las posiciones por parte de los involucrados más directamente, era prácticamente inevitable, justamente por eso era necesaria allí la intervención de un polo de discurso público que resistiera el embanderamiento y expusiera los valores de la reconstrucción democrática; que ayudara a colocar la cuestión de la identidad y la filiación de Juliana en un camino abierto, atento a su deseo y a los requerimientos de las familias y dispuesto a buscar con imaginación las formas que ayudaran a construir una historia personal y familiar que incluyera los trayectos escondidos de su constitución subjetiva. Ello impone una ética que viene a desmentir que las decisiones judiciales —que son opinables y apelables— puedan ser equiparadas a una violencia terrorista o un secuestro.

Y sin embargo, el fantasma del secuestro parece instalarse no sólo en los protagonistas sino en una parte preponderante de la opinión, e incluso en el parecer de algunos profesionales, peritos y terapeutas. Ese símbolo de encuentro y reparación que Juliana podía haber sido en la conciencia pública se degradó, en el escenario de la guerra, en botín que se disputó o en bandera cristalizada que condensó la evocación del horror y la muerte de quienes la engendraron.

¿Cómo empezó la guerra? ¿Con el procedimiento apresurado de Ramos Padilla, que —hay que decirlo— estuvo mal informado? ¿Con la determinación de los padres adoptivos de hacer pública la situación, que los llevó incluso al recurso objetable de mezclar su causa con la de algunos notorios integrantes del lobby reivindicativo del accionar dictatorial? Si la lógica de la confrontación impone a cada bando señalar en el otro el secuestra-

bilidad por las hostilidades, una consideración intelectual más autónoma, es decir menos identificada con la posición de los protagonistas directos, debería ser capaz de interrumpir lo que allí vino a emerger y a repetirse, en alza de la conciencia y las intenciones de los actores, bajo la forma de una definición del conflicto

entre (“psicológico”, en este caso) es corriente de un modo coercitivo de definir la función. Nada expresa mejor que León Rozitchner¹ la lógica que permanece subyacente. Su análisis parte de la afirmación fuerte de una identidad “colmada desde el origen” que inscribió la vida “socialmente sagrada” de Juliana en el campo de lucha de sus padres naturales. Desde allí, su existencia no está dada al “disfrute privado” (léase “amor familiarista”) sino a un destino social que desde el nacimiento se prolonga en la trayectoria combativa encarnada por los abuelos maternos. Es fácil deducir que esta premoción se basa menos en la sangre que en una historia de lucha, una “herencia” que paródicamente, los abuelos —militantes también— reciben de su propia hija. Es claro que el enfoque de Rozitchner desatiende un análisis de la trama conflictiva del caso y borra propiamente sus aristas abiertas a la incertidumbre por la superposición, sobre la pequeña historia de Juliana, de un escenario universal, dominado por la *ratio* revolucionaria. Pero al menos hay que reconocer que eludido tanto el psicologismo como la exaltación de la sangre, dos de las formas que han dominado las posiciones sobre el tema en el campo de la izquierda.

En el reverso —propiamente dengatorio— de las figuras del horror está la representación de la *fiesta* con que cada bando celebra la inclusión de Juliana en su “verdadero” lugar. Primero están los que describen la fiesta en lo de los Fontana, los abrazos, los juegos y los regalos, en fin, el clima de la reunión definitivo. En un segundo tiempo, otros vendrán a señalar una atmósfera enteramente homóloga, con sus ritos de celebración, durante el retorno a la casa de sus padres adoptivos. Más allá de los matices, esas representaciones

creadas de triunfo y alegría se asientan sobre la exclusión de lo inevitablemente perdido, del encuentro que ya no puede producirse. Ese antagonismo excluyente apunta, en todo caso, a *borrar el conflicto*, a negar que Juliana es, ante todo, una herida abierta.

L a verdad misma —como horizonte de certezas— se ubica en el centro mismo del campo de batalla, despedazada en diferentes discursos: ético y político, jurídico, psicológico. No habrá viento mal esa proliferación de opiniones si se asentara sobre el reconocimiento común de un estatuto descriptivo, siempre incompleto, de toda certeza. Pero al nivel más bien decepcionante de los especialistas interviniendo (una excepción destaca da es el artículo de Fernando Ulloa)² se agrega que la apelación al saber específico tuvo un carácter dogmático, menos interesada en abrirse a la verdad a través de la discusión que a subordinarla a las respectivas posiciones.

La “definición” de la verdad es llevada al plano de la identidad personal, de la filiación y la pertenencia familiar, y allí, la “sangre” y la “crianza” (adopción) dirimirán su eventual supremacía para establecer un residuo último de certeza. Vale la pena aclarar que la preeminenza de la “sangre”, y los mitos a ella asociados, nunca fue afirmada en el pasado como la simple promoción del vínculo biológico; la sangre definía un modo —típicamente premoderno— de dirimir los conflictos y las líneas de fractura siempre presentes en la institución familiar occidental. En nombre de la sangre se sancionó el derecho de los padres sobre los hijos, se imponían exclusiones y obligaciones, se arreglaban matrimonios, en fin, se sagrificaba el fundamento del origen. Por el contrario, las formas globalmente “modernas” de la familia privilegian las alianzas libremente consentidas, los vínculos electivos, el derecho de los hijos y su igualdad jurídica.

Quienes toman partido —en el fragor de la lucha y sin medir consecuencias— por la sangre como fundamento absoluto, ¿de dónde dan cuenta dónde apoyan los pies? Supongamos que el caso fuera otro. Una Juliana criada y adoptada por com padres de sus padres que es reclamada por abuelos biológicos que en su momento repudiaron la ideología de sus hijos y que nunca hicieron nada por denunciar su desaparición; más aun, supongamos —y no es imposible— abuelos biológicos comprometidos directamente con la ideología de los dictadores. ¿Podrían tan fácilmente quienes sostienen en este caso la preeminenza de la sangre sancionar una “restitución” así planteada?

No quiero decir que en el caso Juliana el reclamo de los abuelos carezca de fundamento, sino que su legitimidad se asienta más en la historia que en la sangre.

Es en el deseo, en la determinación de la búsqueda y en el lugar simbólico que constituyeron para ella durante años don de las dos familias hoy enfrentadas asientan sus respectivos derechos a integrar ese fruto de sus historias que, al mismo tiempo, ya no puede pertenecerlos del todo. Cada una de ellas puede mostrar lo que ha acumulado en ese sentido. Y ese es el drama del caso que el vocinglero amontonamiento de pronunciamientos y consignas viene, ante todo, a encubrir.

La agitación declarativa hay más de un camino para enfrentar en la sociedad esa herida abierta, ese verdadero trauma que el caso presente ilustra con todo su dramatismo: la escisión entre la forma siniestra del chupadero y las tentativas colectivas de reparación por la memoria y la solidaridad, entre la denuncia y el castigo de los crímenes y la necesaria autoconciencia de una sociedad reacia a contemplarse en el espejo deformado del pasado dictatorial. Es escisión, que es la nostra, que ha sido proyectada y desplegada sobre el cuerpo, los sentimientos, la identidad y la historia de esa niña. Y si la fachocción emergente resulta un reflejo defensivo frente a lo intolerable de esa fractura abierta en nosotros, todo parece indicar que sus efectos seguirán acompañando, por un largo tiempo, el azaroso camino de la reconstrucción democrática.

Notas

1. H. Verbitsky, “Cambio de domicilio”, *Página 12*, 31.8.88, p. 2.
2. L. Rozitchner, “Los tiempos”, *Página 12*, 4.9.88, p. 10.
3. F. Ulloa, “¿Es Juliana un trofeo? No, Ju liana es Sandoval”, *Fin de siglo*, núm. 16, octubre de 1988, p. 57.



DICIEMBRE EN LA CULTURA

Algunas actividades coordinadas por organismos dependientes de la Secretaría de Cultura de la Nación

MUESTRAS:

Salas Nacionales de Exposición, Posadas 1725, Capital.

- Miramar histórico y actual, fotografías. Del 11 al 20.
- Alumnos de Víctor Chab, pinturas. Desde el 15.
- Patricia López Escalante, pinturas. Desde el 15.
- José Carlos Calisaya, pinturas. Desde el 15.
- Universidad Nacional de San Juan: Departamento de Artes Plásticas de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. Actividad creativa. Desde el 15.
- Colación de grados Promoción 1988 de la Escuela de Bellas Artes P. Pueyrredón. Del 22 al 30.

Museo Histórico del Virrey Liniers, Av. Tajamar y Solares, Alta Gracia, Córdoba.

- Motivos Navideños, pesebres artesanales y arreglos decorativos. Muestra aportada por la comunidad de Alta Gracia. Del 13 al 24.
- Pintura sobre porcelana, trabajos de los alumnos del primer taller realizado en Alta Gracia. Miércoles 28.

Museo Casa de Yrurtia, O'Higgins 2390, Capital

- Arte infantil. Del 17 al 31.
- Arte de la tercera edad. Del 17 al 31.

CONCIERTOS:

Ciclo Navideño de la Orquesta Sinfónica Nacional y el Coro Polifónico Nacional:

- Miércoles 14: Auditorio de Belgrano, Virrey Loreto 2348.
- Viernes 16: Iglesia del Salvador, Callao y Tucumán.
- Miércoles 21: Parroquia Santa Teresita, Monseñor Larumbe y Necocchia, Martínez.
- Viernes 23: Anfiteatro del Parque Centenario.

Todos los días a las 21 hs. Programa: *El Mesías*, de Haendel. Director: Antonio Russo. Organista: Adelma Gómez.

ENCUENTROS:

Dirección Nacional de Antropología y Folklore, 3 de Febrero 1378, Tel. 783-6554, Capital

- Cuarta Reunión de responsables de organismos de comercialización de artesanías tradicionales. Los días 15 y 16.

Museo Nacional de Arte Decorativo, Av. del Libertador 1902, Capital

- Bahía, Brasil, Ciclo de audiovisuales. Último día: sábado 17 a las 9.30 hs. Entrada libre y gratuita.
- Bahía, Momentos del Barroco. Exposición de Arte auspiciada por el Instituto Cultural Brasil-Argentina de Sao Paulo y autoridades de ambos países. Hasta el 23, todos los días de 15 a 21 hs.



SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION

Necesidad de una autocritica

El desencanto político de la juventud

Marcos Novaro

Hoy es una constante oír hablar, desde las más diversas posturas políticas e ideológicas, de la "pérdida de sentido de la militancia", en especial desde muchos ex-militantes. Parecen estar desmoronándose —o al menos debilitándose— valores que, junto con ciertos tipos de práctica, ciertos estilos de convocatoria y de construcción política, caracterizaron una cultura política del militante durante muchos años. Esta situación no deja de tener su aspecto positivo ya que, más allá de la dispersión que hoy genera en muchas organizaciones, tal vez, posibilite un debate profundo sobre la década pasada y sobre las experiencias políticas recientes, superando "verdades dadas" y prejuicios de diversos tipos. En función de esto apuntamos a discutir la experiencia militante en los años de la transición democrática, su significado, las enseñanzas que se pueden sacar de ella y las posibilidades de desarrollo futuro.

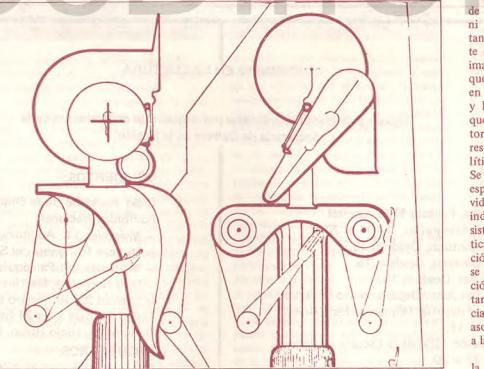
La transición democrática y la militancia juvenil

La transición comienza en un contexto de desarollo y desarticulación de la estructura de partidos. No existe una reorganización de los mismos que acompañe, ni mucho menos que impulse el retroceso del aparato militar. El proceso de reorganización institucional se da con un relativo retraso respecto de la retirada militar y de las reacciones y ofensivas populares frente a la misma. De aquí que las expresiones políticas más avanzadas de la temprana transición sean relativamente inorgánicas respecto a estos partidos: el alfonismo recibe su adhesión, o al menos parte significativa de ella, entre militantes y sectores no radicales. Su proceso de acumulación desde un comienzo supera la reestructuración institucional interna de la UCR, dándole a esta un contenido de masas sin precedentes. Como identidad política y en cuanto a caudal militante, el alfonismo conservará cierta autonomía del partido, aún después de ganar su conducción. El caso del PI es más inorgánico aún. Se reúne una fuerza social y militante importante, alrededor de un vacío institucional, constituyéndose una identidad nueva sobre una base y tradiciones muy débiles. Hay que tener en cuenta que éstas son las dos expresiones más importantes en este stepa en cuanto a presencia de militancia juvenil.

Entre las causas de la debilidad de la estructura de partidos resalta la represión y eliminación de cuadros políticos, sufrida durante la dictadura. A esto se suma la tradicional debilidad de los partidos en comparación por ejemplos con corporaciones y aun con organizaciones intermedias, para canalizar demandas.

La situación descripta, que podemos caracterizar de vacío institucional, es claramente observable durante los años

Los cambios producidos en el sistema político argentino
desde la reconquista de la democracia estuvieron acompañados en un comienzo por la movilización política de amplios sectores sociales y en primer lugar de la juventud. Pero desde 1985 al entusiasmo inicial le ha sucedido un desencanto inaceptable. Las carencias del sistema son evidentes. ¿Pero no son precisamente éstas las que deberían convocar a un debate profundo sobre las alternativas y sobre las formas de acción política nuevas.



1982 y 1983, y tendría consecuencias importantes para la militancia y en general para el desarrollo de la transición. La convocatoria preponderante de líderes, con grandes contradicciones políticas e ideológicas que irán entrando en crisis y debilitando el dinamismo inicial. Tanto el auge de la militancia juvenil como su decadencia se relacionan con estas expresiones sociales de las que se alimentó. Uno de los aspectos no resueltos ni cabalmente comprendido, es justamente, el carácter de la relación entre lo social y lo político en la articulación entre movimientos sociales-militancia juvenil-organizaciones políticas.

Es en estas condiciones en que los amplios sectores de la juventud comien-

zan a canalizar expectativas y voluntades de cambio, a través de la participación en organizaciones de diversa naturaleza, con distintos grados de compromiso e identificación. Una de sus características más marcadas será su movilidad y flexibilidad: son en general las formas de participación inorgánicas o semiorgánicas las que logran mayor masividad. Se trata de voluntades muy heterogéneas, que expidirán nuevos espacios y formas de acción, temáticas reivindicativas nuevas, desbordando las formas clásicas de organización de los partidos tradicionales y su capacidad de contención.

La política como profesión

Se puede hablar de una generación de jóvenes militantes, que hacen sus primeras armas en 1982 y 1983, surgiendo de expresiones no partidarias al terreno más típicamente político, al que se ligan a través de liderazgos personalistas, organizaciones débiles, conducciones inexpertas y flexibles o difusos compromisos ideológicos.

La afirmación sobre un "origen social" de esta militancia no implica que todos, ni siquiera que la mayoría de los militantes, hayan pasado por, o formaran parte de, organizaciones sociales. Pera en el imaginario social, en las representaciones que los actores tenían de la militancia y en las relaciones entre el "nivel" político y lo social, existía una continuidad. Es que la transición suscita en amplios sectores sociales importantes expectativas respecto del sistema político y de la política como forma de práctica colectiva. Se podrían resumir en lo siguiente: se espera un cambio en las condiciones de vida, en las experiencias cotidianas de los individuos a partir del desarrollo de ese sistema y de la asunción de dichas prácticas. Esta vinculación tuvo doble concreción en la práctica y a medida que esto se vuelve más y más evidente, la motivación para militar en política se debilita. O más bien se debilita, parcialmente, por otras motivaciones, más asociadas a la "lógica" de "político" y a la espirituación burocratizada.

Fue entre los sectores medios donde la militancia de esta etapa encontró su principal base social, por ser aquéllos los que asumen un protagonismo fundamental en las reivindicaciones democráticas. Los trabajadores y los sectores más marginados participan en cambio secundariamente o bien se mantienen al margen respecto de muchas de ellas. Si bien existe una reactivación sindical y reivindicativa importante, ella no está articulada políticamente con la temática y el desarrollo de la transición. Al menos en parte, esto se puede atribuir a la profundidad de la crisis política e ideológica del peronismo. A su vez, en la cultura peronista, el valor democrático, en su forma institucional al menos, estuvo siempre subsumido al papel social del Estado Benefactor. El derrumbe de éste, suma-

da a la crisis ideológica fruto de la derrota de los '70, le impidió, al menos por varios años, volver a contextualizar en un discurso convincente estos elementos.

La decadencia de esta militancia comienza a esbozarse ya en 1985 y su suerte está ligada a la de la transición. En la medida en que se hagan evidentes algunos límites y cojeras de ésta y se sinceren, luego de la apresurada retirada militar, las reales referencias de fuerza reinantes en la sociedad y se hagan sentir los errores y limitaciones de las conducciones políticas, el auge inicial de expectativas populares depositadas en la lucha política, y la consecuente ampliación y dinamismo del espacio y el sistema político, comenzarán a debilitarse e incluso retroceder a situaciones previas. Las organizaciones y corrientes que habían convocado mayores contingentes de militantes, son las que más directamente reciben el golpe. La crisis del alfonismo y del PI, si bien tienen entre sí muchas diferencias, en este aspecto son similares y similitantes.

Por otro lado, se van consolidando al mismo tiempo estructuras partidarias tradicionales, iniciándose en 1985 una fase de estabilización del sistema político; se renuevan las cámaras de diputados, surge el peronismo renovador, y el sistema de partidos en general se fortalece como mecanismo de poder y mediador entre demandas y estado. Todo esto acompañado por un serio refugio de masas. La militancia juvenil es abandonada a su suerte por parte de las conducciones, que ven en ella escasa utilidad en las formas de acumulación dominantes y "a la moda". A medida que ésta se dispersa o es absorbida en dicha estructura, van fortaleciendo burocracias más o menos profesionales y expertizadas, tanto en los partidos como en muchos organismos de masas. Se consolida entonces un modelo de militante "político" profesional, no vocacional en el sentido que podría serlo el militante de los primeros años, que opera instrumentalizando las expresiones sociales en la acumulación partidaria (o personal), mecanismo que no es nuevo pero se vuelve marcadamente dominante en el distanciamiento de lo social y lo político. Tal vez el rasgo ideológico más típico de esta nueva militancia es un pragmatismo deformado, que implica dependencia de fines determinados sin su participación. A esta dependencia ideológica se suma la dependencia material, a través de relaciones de salario o prebendismo.

Razones de la decadencia

¿A qué se debe la perdida de dinamismo de la militancia juvenil? Se trata de un proceso de reemplazo por "profesionales de profesión", necesario e inevitable en toda democracia de partidos con cierta estabilidad, que por lo tanto, no debe preocuparnos ni alarmarnos? ¿O es síntoma de las debilidades de una sociedad civil sistemáticamente agredida e históricamente débil? ¿Se puede atribuir a la debilidad de su formación, a su origen de clase o a los errores de las conducciones (y el escepticismo resultante)? Intentaremos a continuación esbozar algunas ideas al respecto.

Existe una relación muy estrecha

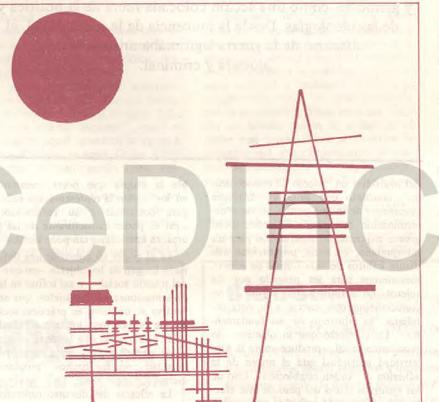
entre la debilidad y la confusión ideológica de la militancia y la reducción de la política a un movimiento de guerra frontal. Durante el enfrentamiento con la dictadura, la lucha política se reducía en general a una serie de movimientos, carentes de hilación estratégica y cuyos sentidos muchas veces no eran comprendidos y menos debatidos

por los militantes. Muchas de estas limitaciones se "solucionaban" en la dinámica propia de los acontecimientos, o sea, que coyunturalmente pasan inadvertidos pero no se superan. En la medida en que los terrenos de enfrentamiento y las contradicciones se fueron complejizando con el avance de la transición, se vuelve necesaria una mayor sólida ideología y claridad política, mayores cuotas de cohesión y formación militarizada que la que bastaba para repudiar a la dictadura y sus secuelas. Entonces ya no bastó el pragmatismo coyunturalista.

La ausencia de cuadros formados determina que lugares de conducción intermedia y aun superiores, sean ocupados por militantes casi inexpertos forzosamente. A su vez, lo que existan pocas posibilidades de afirmar compromisos políticos en ellos. A su vez, luego de lograr ciertas garantías democráticas, tienden a canalizar sus demandas económicas (que pasan a ocupar un lugar preferente entre los ejes políticos hacia 1985) desde la situación individual, como consumidores. Estos modos de conducta política no son contemplados cabalmente por las organizaciones progresistas y en cambio si lo son desde proyectos reaccionarios.

La combinación de superficialidad de la formación militarizada y heterogeneidad de modelos de pensamiento, acarreará serios problemas: lo que podría haber favorecido el debate, la pluralidad de clase, que en sí, aun cuando opera, no explica la complejidad del proceso político y social.

5 La idea de centralidad de un escenario político único, donde se resolvieran el conjunto de las luchas sociales y políticas, corporizado por el



dejaciones debían cumplir un papel pedagógico, de difusión y legitimación de formas de actuar, de modelos de pensamiento, de discursos, para el cual no estaban preparadas.

3 En la medida en que lo social y lo político se distancian, y que muchas prácticas sociales pierden dinamismo, buena parte de los militantes abandonan toda forma de actividad

—no sólo la política— retirándose a sus vidas privadas. Estos compañeros no encuentran en organizaciones o movimientos sociales un ámbito para continuar su práctica y formación. Ello se puede atribuir en parte, como dijimos, al deterioro simultáneo de expresiones sociales (centros de estudiantes, movimientos vecinales, derechos humanos) y en parte a que la concepción dominante justifica trabajar en ellos solo en función de la construcción partidaria, sin la cual carecerían de sentido.

4 Esta militancia, al menos la mayor parte de la del PI y el alfonismo, provino de los sectores medios. No se puede dejar de tener en cuenta esta pertenencia, ya que en un momento de fuerte crisis económica, que afecta gravemente a amplios sectores medios,

es probable que adopten actitudes vacilantes, pasando de una situación de movilización a otra de scepticismo e inmovilidad en corto tiempo. De aquí que existan pocas posibilidades de afirmar compromisos políticos en ellos. A su vez, luego de lograr ciertas garantías democráticas, tienden a canalizar sus demandas económicas (que pasan a ocupar un lugar preferente entre los ejes políticos hacia 1985) desde la situación individual, como consumidores. Estos modos de conducta política no son contemplados cabalmente por las organizaciones progresistas y en cambio si lo son desde proyectos reaccionarios.

La combinación de superficialidad de la formación militarizada y heterogeneidad de modelos de pensamiento, acarreará serios problemas: lo que podría haber favorecido el debate, la pluralidad de clase, que en sí, aun cuando opera, no explica la complejidad del proceso político y social.

El hecho de que entre 1982 y 1985 se hayan producido importantes transformaciones en el sistema político argentino, en las identidades y culturas políticas, en la organización de partidos, etc., implicó o más bien estuvo acompañado por la activación y movilización política de amplios sectores sociales, que no se producen tal vez con la misma fuerza en un momento de estabilidad. En esa coyuntura, actitudes militantes y genéricamente participativas fueron asumidas en muchos casos con gran rapidez y spontaneidad.

Las condiciones que vivimos hoy son francamente otras: el efectivo empoderamiento, la acumulación de desórdenes, salvo momentos y conflictos específicos, el refugio de participación es generalizado. El sistema político parece cerrarse en torno a una cosa profesional, pragmatista y sumamente débil en sus compromisos y responsabilidades. La militancia juvenil, la que no se dispersó todavía, se mueve en su entorno, imitando prácticas y discursos. En las condiciones de crisis global que vive el país, las grandes corrientes de manifiestación económica y social para millones de argentinos, las articulaciones de este sistema con la sociedad civil serán necesariamente frágiles: debilidad institucional, mecanismos de cooptación carismáticos de dudosa duración en el tiempo, amplios sectores librados a su suerte, excluidos del juego distributivo, son rasgos que se vuelven cada vez más evidentes.

Estas carencias pueden también transformarse en espacios de construcción de una militancia alternativa, profundamente democrática y revolucionaria en sus concepciones y prácticas, capaz de desarrollar formas de práctica nuevas, capaz de construir colectivamente nuevas relaciones sociales hacia una sociedad más justa y libre. Construir esa militancia resulta una tarea mucho más ardua y compleja de lo que muchos habían (hacían) pensado: era, en 1982-1983. Y lo será mucho más en la medida en que no reflexionemos sobre las razones de la crisis, y no se abandone la superficialidad y el oportunismo.

Al igual que en la generación del '70, en la década del '80 existe un extenso conjunto de experiencias que deberán ser debatidas y salvadas para que no se sumen a la galería de malentendidos y fantasmas de la cultura política argentina.

Marcos Novaro, Estudiante de Sociología. Ex Presidente del Centro de Estudiantes de Sociedad de la UBA.

La guerra de Malvinas

La palabra como utopía

Javier Franzé

Acaso con tanta indiferencia como habitualidad, nuestra sensibilidad auditiva tropieza con ese dicho que nos recuerda algo así como que "a las palabras se las lleva el viento". Una histórica subestimación del verbo que, por cierto, no deambula solitaria en el universo de la filosofía breve, pues casi de inmediato convoca otro latiguillo que la rubrica: *res non verba* —hechos, no palabras—, que descrecía de su predecesora cuenta con todo ese aire de sabiduría latínamen afeje y concluyente. Sin duda, habrá otras sentencias (por ejemplo, la más criolla "mejor que decir es hacer") y muchas más que la memoria no nos permite fijar ahora en el papel, pero ninguna que vacile en su condena a la letra frente a la impronta de los hechos, esos sitios tangibles de la historia.

Y no deja de ser paradójico esto de servirse de las palabras para deshilachar el status de la palabra, reduciéndola a la impopularidad de lo incomprendible. Si hasta imperceptiblemente parece tenderse una red donde el caudazor será su propia víctima, la frase en sí se desmiente: es su prueba en contrario, niega con su existencia aquello que afirma. *«Acaso el diablo no ha servido para difundir y fijar la idea que no expresa? Entonces, las palabras resisten a los vientos. Resbalones de la circularidad...»*

Nadie dudaría de la materialidad de una silla, de su pertenencia a lo concreto, pero ¿y de la de las palabras, los discursos, el lenguaje? ¿Y si los significados conformaran una argamasa tan sólida como la de los hechos concretos?, ¿qué quedaría de la dicotomía palabras-hechos?

Sujetos, lenguaje y acción política

En esta dirección reflexiona Pierre Bourdieu en su trabajo *Describir y prescribir: condiciones de posibilidad y límites de la eficacia política*,¹ donde indaga las relaciones entre el lenguaje, las representaciones y el accionar político propiamente dicho.

La posibilidad de acción política se funda en el hecho de que los sujetos que conforman el mundo social poseen un conocimiento (de diverso grado y nivel) de ese mundo, y saben a la vez que actuar (políticamente) sobre el todo social implica "trabajar sobre ese conocimiento que del mundo social se posee". En otras palabras, la representación que el sujeto tiene de la sociedad actúa como mediación entre ese sujeto y la sociedad que lo constituye. Sobre esa base o construcción que el sujeto coloca entre él y la sociedad, trabaja la política, que tendrá como objetivo, por lo tanto, reproducir o destruir esa representación.

Sin embargo, el sujeto, sus representaciones y el mundo social, no pueden ser concebidos como instancias segmentadas, como tres momentos diferenciados. Por el contrario, el mundo económico-social produce sobre la representación

"Argentinos a vencer" era el slogan que evidenciaba por sí mismo la necesidad de unidad que la guerra de Malvinas reclamaba de un pueblo hasta entonces desmovilizado e inérme. Así, la guerra fue presentada, por un poder despotizado y genocida, como una acción colocada fuera de la política y de las ideologías. Desde la inocencia de la neutralidad, el discurso de la guerra legitimaba una aventura alocada y criminal.

del individuo un "efecto de conocimiento", concepto que Bourdieu distingue claramente de lo que podría ser una "determinación mecánica". El orden social genera esquemas de clasificación para ser interpretado, es decir, proporciona mediante hábitos de vida formas de pensar, mecanismos para ser pensado por los sujetos. En definitiva: una forma de reconocimiento que sustare a la vista cotidiana "lo arbitrario de sus fundamentos". En el efecto que lo objetivo —lo económico-social— produce sobre la identidad individual está el origen de la adhesión al "orden establecido". Uno de los ejemplos claros del peso de este efecto es la difusión de enfoques que tienden a dar fundamento natural a lo existente, sin más, sin cuestionar ni interrogar sobre el porqué de tal organización.

En este punto de su recorrido reflexivo, Bourdieu precisa el papel de la política como actividad en el seno de esta triada sujeto-representación-mundo social. Y afirma: "la política comienza con la denuncia de ese contrato tácito de adhesión al 'orden establecido'. La política se funda en esa posibilidad de producir un desfase entre las formas de pensamiento incorporadas al sujeto y la estructura objetiva socio-económica. La transformación política arranca con una transformación cognitiva, con la posibilidad de que esta exista. La conversión de la visión que del mundo social tienen los sujetos es el requisito que la política debe generar en tanto actividad para, a la vez, poder realizarla ella misma."

E l discurso crítico instaura una ruptura, que se manifiesta en primera instancia como una "puesta en suspensión de la adhesión primera al orden establecido", y contrapuesta a los textos económicos y "pre-vistos" políticamente diferentes utópicos. Esta "pre-visión" funciona como "pre-dicción" en tanto contribuye prácticamente a la realidad de lo que enuncia por el hecho mismo de enunciado. El discurso "herético" torna pre-visible, imaginable y concebible.

que el discurso hegemonicista necesita para situarse en la neutralidad imparcial y desde allí justificar científicamente lo necesario del mundo social que defiende.

Hemos recorrido estas líneas con Bourdieu como paso previo que nos introducirá en un segundo momento, donde buscaremos ejemplificar esta forma que tiene el discurso crítico de trastornar y habituar los terrenos de un mundo social marcado por la bendición que reciben las interpretaciones hegemonicas.

La situación elegida a la manera de ejemplo se fecha en abril-junio del '82, en la guerra de Malvinas, donde tratarímos de ver cómo se insertó el discurso herético, el que narraba la guerra como muerte gratuita, en el interior de una sociedad tenida de adhesiones y tallada por relatos pro-bélicos.

Como pausa del discurso rupturista tomaremos un trabajo que casi con seguridad fue el único que explicitó en ese momento, durante el proceso Malvinas y dentro del país, una posición en contra. Hablamos de la declaración titulada "La verdad o la mística nacional?", que en aquel abril circuló sin firma (acaso un anónimo que simbolizaba la oposición), pero del cual más tarde supimos que Carlos Alberto Brocato había sido su autor.

Es el poder de construir una determinada imagen de los objetos —en este caso del mundo social—, y así influir en las representaciones de los sujetos, que en definitiva se traducen en prácticas sociales, lo que proporciona un status "tangible" a las palabras, lo que las hace resistentes a los vientos y las coloca en un pie de igualdad con los hechos "propriamente dichos".

La eficacia del discurso rupturista se apoya en la dialéctica entre el lenguaje autoritario y el lenguaje autorizado; es decir, en tanto autoriza lo que designa al mismo tiempo que lo expresa. Nombrando lo inominable previamente, lleva a la competencia política una visión del mundo social que hasta entonces permanecía como experiencia tácita. Por cierto que el discurso crítico no obtiene solo beneficios al salir a la luz, pues la contrapartida de este emerger será la oposición abierta del discurso hegemonista. Lo bélico se constituyó un acto de autoridad, lo que lo dotaba de esa particular legitimidad

que por sí mismo adquiere lo institucional ante los ojos de los sujetos sociales. Esta legitimidad previa, pre-atribuida, con que cuenta una institución al realizar "su" tarea —la fuerza militar y la guerra, en este caso— se desplazó también, por consecuencia, a quien enunciaba ese haber. Galtieri, entonces, fue el receptor de una autoridad dada por su función. Si la guerra era legítima, también lo era su portador. Así, Galtieri fue depositario, de pronto, de un mandato, una representatividad, una delegación. Porque cuando la ciudadanía legitimaba la convención de lo institucional, no hacía más que manifestar la creencia, la aceptación previa yacrífica de esa convención. Esta creencia posibilitó la legitimación del hecho —la guerra en sí— y del personaje —Galtieri— como portador del consenso. No extraño, entonces, que Galtieri gozara de los beneficios reservados únicamente a los líderes populares, a los grandes representantes sociales: la Plaza de Mayo se colmó de 200 mil personas, en una temerosa legitimación de su autoridad. De ahí en más, este anunciamiento bélico vió aumentada la efectividad de su discurso, transformado por mandato en discurso de autoridad.

Si éstas eran las condiciones que rodeaban la posición estructural desde donde de parte el discurso hegemonista, veamos cuáles eran las del crítico. Ya en la primera parte aclaramos que, como ejemplo del discurso herético, tomábamos el trabajo titulado "La verdad o la mística nacional?", quizás el único que en aquel momento se opuso a la guerra. Por esto, su autor, Carlos Alberto Brocato, lo hizo circular como anónimo.

De por sí, los cotidianos riesgos que implicaba adoptar cualquier posición en contrario al régimen militar, convertían la lucha por la interpretación de la guerra en una competencia por lo menos desleal, por impredecible. Estos imágenes basadas en falacias tenían su anclaje en el poder más fuerte donde se mostraba la presencia del texto hegemonista: la concepción sustancialista de la idea de nación, presentada como entidad ahistorica y supradividual.

La concepción nacionalista (antide-

mocrática) estructuraba todo el discurso dominante, que hacía de la demanda de "unión nacional" otra de sus claves argu-

mentales. Las diferencias a todo nivel existentes dentro de la sociedad quedaron postergadas: había que unirse para hacer la guerra contra el "enemigo", y si alguien consideraba que su enemigo principal era la dictadura, no sin prisas sería rotulado de "anti-patria". Otra vez, la afirmación de una categoría de pertenencia más amplia (la nación) servía para diluir las contradicciones de la pluralidad societaria.

La oposición a los tan macizos hechos bélicos parecía condenada a tomar la forma de "frágiles" palabras.

La argumentación herética

El texto crítico iniciaba su ruptura con el no a la guerra, y a partir de este dato se proponía desmontar la representación que la ciudadanía, influida por el discurso dominante, tenía de la situación. Esta mirada crítica interpretaba esa representación pro-bélica como una misificación de lo nacional que se apoyaba en tres falsacas, contraditas y difundidas a gusto por el discurso dominante: la identificación del concepto de soberanía con el de integridad territorial y no con el de soberanía popular; presentar la usurpación colonial sobre Malvinas como una usurpación de la totalidad de la soberanía nacional; y finalmente, justificar la recuperación como un acto inevitable por impredecible. Estos imágenes basadas en falacias tenían su anclaje en el poder más fuerte donde se mostraba la presencia del texto hegemonista: la concepción sustancialista de la idea de nación, presentada como entidad ahistorica y supradividual.

La concepción nacionalista (antide-

mocrática) estructuraba todo el discurso dominante, que hacía de la demanda de "unión nacional" otra de sus claves argu-

Fuentes

¹ Pierre Bourdieu, *Ce que parle veut* París, Fayard, 1982.

² "La verdad o la mística nacional", Agenzia Periodistica Cid, Buenos Aires, abril de 1982 (original anónimo).

CATALOGOS EDITORA Av. Independencia 1860 (1225)Capital. Tel. 38-5708/5878

Representante de Siglo XXI Editores (Méjico y España)

TEXTOS CON IDEOLOGIA

LA ECONOMIA DEL SOCIALISMO FACTIBLE, por Alec Nove.

LA IDEOLOGIA DEL PODER Y EL PODER DE LA IDEOLOGIA, por Göran Therborn.

EL CAPITALISMO HISTORICO, por Immanuel Wallerstein.

ESALTAR AL REINO DE LA LIBERTAD? Crítica de la transición al comunismo, por Mario Salazar Valiente.

MANIFIESTO PARA UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA, por Peter Glotz, con prólogo de Felipe González.

EL FIN DE LAS DIVISAS CLAVE, por Aglietta.

COMBATIENDO POR LA PAZ, por Daniel Ortega Saavedra, con prólogo de Carlos Fuent.

DIARIO DE SUDAFRICA, por Verónica Volkow.

LA TRANSICION DIFICIL. La autodeterminación de los pequeños países periféricos, por Luis Joaquín Coraggio y Carmen Diana Deere (comp.)

CRECIMIENTO Y CRISIS, por André Gouraud y Bernard Billaut.

RACIONALIDAD. Ensayos sobre la racionalidad en ética y política, ciencia y tecnología, por León Olivé (comp.).

HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA, por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

PROXIMAMENTE:

DICCIONARIO DE POLITICA III, por Norberto Bobbio y Nicola Mateucci.

TODO LO SOLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE. La experiencia de la moralidad, por Marshall Berman.

clacso Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Secretaría Ejecutiva, Calle 875, piso 3c, 1023 Buenos Aires - Teléfono: 44-8459 41-6588 - Cables: CLACSO - Telex: 189-37 PLACS AR

COLECCION BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

Schuster, Félix G., Explicación y predicción

Varios autores, Medio ambiente y urbanización

Munizaga, Giselle, El discurso público de Pinocchet

Buxedas, Martín, La industria frigorífica en el Río de la Plata

del Campo, Hugo, Sindicalismo y peronismo

Varios autores, Medio ambiente y turismo

Varios autores, Sectores populares y vida urbana

Alayón, Norberto, Manual bibliográfico de trabajo social, América Latina y España

Caigilia de Villar, María J., Inmigración ultramarina en Bahía Blanca

Astori, Danilo, Controversias sobre el agro latinoamericano

Velasco, Ramiro, La democracia subversiva

Colombres, Adolfo (comp.), Cine, antropología y colonialismo

Morse, Richard y Hardoy, Jorge Enrique (comp.), Cultura urbana latinoamericana

Ansaldi, Waldo (comp.), La ética de la democracia

Varios autores, Los límites de la democracia, 2 volúmenes

Calderón, Fernando (comp.), Los movimientos sociales ante la crisis

Gautier Mayoral, Carmen, Rivera Ortiz, Angel y Alegria Ortega, Idsa E. (comp.), Puerto Rico en el Caribe hoy

Calderón, Fernando y dos Santos, Mario (comp.), Los conflictos por la constitución de un nuevo orden

Calderón, Fernando y dos Santos, Mario (comp.), Latinoamérica: lo político y lo social en la crisis

DAVID Y GOLIATH, Revista semestral de CLACSO

David y Goliat número 48, "Reclamando utopías"

David y Goliat número 49, "Las ideas son cárceles de larga duración"

David y Goliat número 50, "La alquimia de los '60"

David y Goliat número 51, "Input: Pachamama; output: unknown"

David y Goliat número 52, "Identidad latinoamericana, premodernidad, modernidad y postmodernidad"

David y Goliat número 53, "Construir democracia desde la precariedad y el cambio"

Debate sobre socialismo

Radicalismo, peronismo, socialdemocracia

Juan Carlos Rubinstein

1 En un reciente trabajo publicado en la revista española *Leviatán*, Torcuato Di Tella perfila una estrategia para la socialdemocracia en la Argentina que le lleva a concluir que el camino de ésta, como superestructura ideológica —valga, provisionalmente la conceptualización— de un movimiento político de gravitación en la Argentina surgirá desde el peronismo, en virtud de que éste, conformado cuantitativamente en su mayoría por el movimiento obrero, se encuentra mejor dotado que el radicalismo para una aventura de esa naturaleza y habida cuenta que en el campo de la izquierda tradicional y sobre todo en aquella que ha guardado una relación con los partidos socialdemócratas europeos, su mínima significación política torna imposible una relevancia práctica de tenerla en cuenta en un futuro a mediano plazo.

No es nueva en Di Tella esa conclusión. Hace más de veinte años que la viene sosteniendo² a pesar de que la realidad fáctica hasta ahora ha demostrado lo contrario. Es posible que esa posición haya reverdecido en función del proceso de renovación que se dio en el peronismo en estos últimos años. Sin embargo, como veremos, aún el sector renovador si bien adoptó en su discurso connotaciones que podrían estimarse como socialdemócratas —incluso en la reciente contienda interna que concluyó con la nominación de Carlos Menem como candidato a la Presidencia, el ataque de este sector al peronismo renovador fue precisamente en los últimos años aparentemente socialdemócrata—, la ideología que los articula dista bastante de la teoría que perfiló el pensamiento europeo en su larga evolución de más de un siglo.

El planteo que formula Di Tella mucho se parece al que articularon algunos partidos socialdemócratas europeos, quienes a través del Congreso Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CISOL) intentaron penetrar indirectamente al peronismo mediante la incorporación de sus sindicatos en aquél. Tal táctica, iniciada a mediados de los años sesenta, encontraba fundamento en un criterio mecanicista que asimiló, sin mayor investigación en profundidad, clase trabajadora a socialismo. Pienso que el criterio básico de ello es el criterio trabajadorista que perfilió el pensamiento europeo en su ya larga evolución de más de un siglo.

El planteo que formula Di Tella mucho se parece al que articularon algunos partidos socialdemócratas europeos, quienes a través del Congreso Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CISOL) intentaron penetrar indirectamente al peronismo mediante la incorporación de sus sindicatos en aquél. Tal táctica, iniciada a mediados de los años sesenta, encontraba fundamento en un criterio mecanicista que asimiló, sin mayor investigación en profundidad, clase trabajadora a socialismo. Pienso que el criterio básico de ello es el criterio trabajadorista que perfilió el pensamiento europeo en su ya larga evolución de más de un siglo.

Todo enfoque de la realidad debe de un punto de vista político implica observarla a través de la peculiar iluminación que sumistrina a esa realidad la estructura del poder. Los partidos políticos como aparatos conformantes de parte de esa realidad reflejan también, desde la óptica del poder, la particular configuración de la estructura socioeconómica de la que son parte.

En efecto, como premisa mayor pone el acento en la adhesión de la gran mayoría de la clase trabajadora a las postulaciones del peronismo; como premisa menor incorpora la presencia —novedosa por cierto— de grupos intelectuales conformantes de la dinámica renovadora en aquel movimiento y que pareció resaltar, hasta las elecciones internas del 9 de julio de 1988, la curta transformadora capaz de impulsar su inserción plena dentro del sistema democrático, entendien-

do en este caso como sistema democrático aquél que surge en base a reglas de juego visualizables y compartidas, conformantes de un consentimiento legítimo a toda la estructura política de un país.

Olvida, sin embargo —de ahí nuestra calificación de sofisma— la circunstancia de que la movilización de los trabajadores en favor de la ideología socialdemócrata —haciendo abstracción, por ahora de los progresos de cambio cualitativos que se vienen produciendo a nivel mundial en el seno de la clase trabajadora— se sostuvo, por lo menos en Europa, junto a una definición en favor de la democracia. No constituye, acaso, una clara afirmación de conducta, el hecho de que los trabajadores europeos al considerarse herederos de la Revolución Francesa, corearan con igual fervor "La Marseillaise" que "La Internationale", rechazaran la concepción de la dictadura del proletariado, el vanguardismo de los bolcheviques y enfrentaran los movimientos fascistas?

En cuanto al papel que pueda jugar la intelectualidad "renovadora", dejé de lado en su configuración el origen ideológico de sus dirigentes formados en su mayoría en círculos católicos integristas de raíz social cristiana y con connotaciones fuertemente autoritarias.

En el tener solamente en cuenta el contenido, sin averiguar por su contenido —si trata de vino o de vinagre—, radica la diferencia entre un sofisma y un silogismo. Ahi, a mi juicio, el error conclusivo de Di Tella. Pero, hay más.

Todo enfoque de la realidad debe de un punto de vista político implica observarla a través de la peculiar iluminación que sumistrina a esa realidad la estructura del poder. Los partidos políticos como aparatos conformantes de parte de esa realidad reflejan también, desde la óptica del poder, la particular configuración de la estructura socioeconómica de la que son parte.

El proceso formativo de los partidos políticos —incluyendo el de los partidos socialdemócratas europeos— ha respondido, por un lado, a la configuración específica de la estructura socioeconómica y, por otro lado, a las condiciones de producción del proceso histórico, tanto en su aspecto temporal como en el desarrollo del discurso común y la ideología justificadora. De modo similar, la Argentina conoció la

existencia de formaciones políticas que han participado o participan de connotaciones de tipo populista o clientelista y esa existencia en el pasado o su persistencia en el presente es fruto del proceso de desarrollo del modelo capitalista, de su inserción tardía o retardada o de su presencia marginal en el contexto de la sociedad que se analiza.

El fenómeno de aparente diferenciación entre el proceso político europeo y el que se da en la periferia latinoamericana responde, entonces, a las modalidades de tiempo y espacio en que se insertaron los países europeos y los latinoamericanos en lo que se da en la élite dirigente. Por el contrario, la misma se sentía parte de un proyecto que fincaba su legitimidad en la apelación al pueblo como soberano, reconociendo en las reglas de juego demócratas la articulación que estructuraba esa legitimidad.

En Argentina, en cambio, la divisoria entre autoritarios y liberales produjo desde el comienzo de nuestro proceso independiente

el rasgo característico del rosismo —como afirma Di Tella— la unión de los "restos" del federalismo popular liberal de Dorrego con los más encumbrados estancieros y católicos ultramontanos" (p. 63), dado que en la otra facción política los llamados unitarios— también se produjo una alianza similar; sino que aquella alianza productora del rosismo, tanto en su masa adherente como en sus dirigentes, participaba de los patrones de conducta autoritarios.

La posibilidad de legitimar un sistema relativamente democrático —estamos refiriéndonos al período 1830-1850— permitió consistencia. A diferencia de lo sucedido en época semejante en Estados Unidos, donde el populismo jacksoniano con sus rótulos autoritarios fue rápidamente accotado en función de una alianza entre el Norte mercantil y el Sur agrícola-esclavista, pero con dirigencia liberal, en la Argentina la desaparición del conglomerado rosista no importó la desaparición de la cultura autoritaria.

Results indispensable hacer hincapié en este punto, porque el mismo, aunque en apariencia no sea esencial para la conclusión, juega, no obstante, de modo que su existencia incide en el resultado de la inferencia que sostengamos. Podrían decir, adelantándose un tanto a la misma, que la connotación autoritaria constituye un factor crítico —en el sentido con que se utiliza el concepto de masas crítica— que distorsiona o desvirtúa la deducción.

La "monotonía" a quien se le atribuyó, un poco románticamente, el carácter de modo esporádico de democracia inorgánica (Alfredo L. Palacios) y que jugó eficazmente en la quiebra del proyecto aristocrático, constituyó una clientela al servicio de caudillos. La concepción que éstos tenían de la política distaba mucho de la racionalidad básica requerida para el ejercicio de la democracia. Era un caudillismo autoritario que, domesticado definitivamente en la década del 80 por el presidente Roca y ante el aluvión inmigratorio que se asentó

Continúa el debate sobre la izquierda iniciado en el número 6 y proseguido en los números subsiguientes. Hoy Rubinstein polemiza con las posiciones defendidas por Torcuato S. Di Tella en un artículo publicado en la revista socialista madrileña *Leviatán* y referido, con algunos cambios, en *La Ciudad Futura* 12 ("Hacia un partido socialista de masas")

principalmente en el Litoral de nuestro país, se refugió en las provincias llamadas del Interior.

El fenómeno migratorio que puebla la Argentina y se asienta principalmente en la región oriental de la "pampa húmeda", coincide con una brusca expansión del modelo democrático liberal, el cual se traduce primariamente en el proceso de formación de nuevos partidos más o menos orgánicos, como el radicalismo, o expresiones de intereses clásicos en un país donde la formación económica participaba, todavía en gran medida, de una articulación precapitalista esencialmente mercantil en las ciudades agropecuarias sobre bases "parafuecales", en la explotación ganadera y de arrendamiento precario en cuento al cultivo de cereales y donde una industria con poco valor agregado al proceso productivo final se nutría con contingentes extranjeros y/o nómadas en la problemática socioeconómica.

La expansión económica argentina, alimentada por una relación de términos de intercambio favorables sobre todo en la primera década de este siglo, permitió el establecimiento de formas democráticas sostenidas por el radicalismo.

En tanto, los viejos núcleos autoritarios se abroquelaron en las estructuras políticas tradicionales del Interior esperando el triunfo de su revancha.

El partido radical que coincidió con la Argentina liberal nunca pudo legitimar en el período que gobernó el país (1916-1930) su derecho a hacerlo. Habiendo adquirido —especialmente en 1928 con la elección de Hipólito Yrigoyen como presidente por un segundo período— características de partido hegemónico, su oponente principal, compuesto de distintas fuerzas conservadoras provinciales, jamás reconoció como materialmente auténticos los resultados comitiales ocurridos a partir de 1916.

Sí, como dice Lipset, "la legitimidad implica la capacidad del sistema para engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad", desde el comienzo de nuestro período independiente

En efecto, la legitimidad presupone que esta "creencia" a la que alude Lipset se articule y sostenga en una suerte de pacto o contrato tácito entre quienes gobernan y quienes son gobernados. Pacto tácito que se formaliza independientemente del hecho de que la convicción que alimenta la creencia resulte de una realidad voluntaria y conscientemente consentida o descansa en una conducta inducida mediante el ejercicio de una ideología justificadora y a través de un discurso específico y conducente de legitimación del sistema.

En efecto, la legitimidad presupone que esta "creencia" a la que alude Lipset se articule y sostenga en una suerte de pacto o contrato tácito entre quienes gobernan y quienes son gobernados. Pacto tácito que se formaliza independientemente del hecho de que la convicción que alimenta la creencia resulte de una realidad voluntaria y conscientemente consentida o descansa en una conducta inducida mediante el ejercicio de una ideología justificadora y a través de un discurso específico y conducente de legitimación del sistema.

Sí, como hemos señalado, la minoría conservadora cuestionó el derecho del radicalismo a dirigir, desde el gobierno, los destinos del país, uno de los términos del pacto legitimante: borraba y el funcionamiento del sistema, no obstante su aparente aceptación en lo formal, quedaba cojo.

El golpe de estado de 1930, con la aparición de las fuerzas armadas como factor político decisivo y la�e electoral complicó el panorama. Quienes gobernaban no se encontraban ni formal ni materialmente legitimados; quienes aparecían gobernados —la mayoría política del país— se sentían marginados del sistema.

Por otra parte, gobierno y oposición,

no se reconocían como oponentes capacitados para el ejercicio alternativo del poder.

Además, por debajo de estas circunstancias, el *sustractum* material que configura al país como resultado de una relación de fuerzas sufrió profundas modificaciones.

Di Tella, en descripción que coincidemos, las señala, por lo que no abundamos en las mismas.

Si embargo, entiendo necesario puntualizar algunos aspectos de ese proceso de transformación, dado que los mismos constituyen, en cierta forma, hilos conductores de nuestra conclusión.

En primer lugar, el gobierno conservador, sostenido fundamentalmente por las oligarquías provinciales, al desligarse

de su patronal —que jugaba un papel semejante al de los sindicatos fascistas (la primera ley de asociaciones profesionales fue básicamente redactada por un falangista español —José Figuerola—); esto es, una patrón de un trípode, resultando las otras dos, un aparato empresarial aislado desde el Estado y las fuerzas armadas como conductores del proceso.

Si bien Di Tella describe en forma más o menos parecida el proceso de emergencia del peronismo e incluso señala —no otra cosa podía hacer— que "sus ribetes autoritarios se evidenciaron desde su comienzo"; en realidad estaban inscritos en su origen en la dictadura militar del 43" (p. 62); pasa por alto la circunstancia de que ese origen ideológico, —y tanto supersctructural, encuentra rápida encarnadura por las tradiciones autoritarias de parte de la población argentina.

Quienes migran desde las provincias del Interior en busca de nuevos horizontes y posibilidades con la apertura de fuentes de trabajo en las ciudades, rápidamente se sienten protegidos de la pérdida de sus viejas relaciones "parafuecales" con su inserción prácticamente automática —la cuota de afiliación se designa directamente por planilla de sueldo al nuevo aparato sindical que, además de proteger por una mejor distribución de la riqueza mediante reivindicaciones salariales, le brinda servicios de protección a su salud, equipamiento, etc.

El paso de una estructura a otra —de las relaciones de tipo rural a las industriales— se realiza, en ese aspecto, sin ningún tipo de trauma. El caudillo-paternal es sustituido, gracias a la radio, por el Gran Padre que gobierna su conducta —de casa al trabajo, de trabajo al hogar— era la Frase o con la cual Perón finalizó su discurso en Plaza de Mayo)— y que se concreta en la vida cotidiana por el sindicato que juega como correa de transmisión de las normas de ese Gran Padre.

Por otro lado, en aquellos otros que no han migrado, el pasaje de la vieja militancia conservadora se realiza conjuntamente con sus padres.

En ambos casos, la articulación básica de lo que va a devolver en el movimiento peronista será vertical y autoritaria.

Lo que, a veces, confunde el análisis es Perón manejó su estrategia esencial en función de tácticas pragmáticas, que sus seguidores han mantenido; tácticas que, incluso, desacordaron en forma constante con sus opositores, salvo en el período que precede y sucede al triunfo de Alfonso en 1983.

Desde sus primeros discursos de 1944 hasta los que comenzó en 1974 lo que va modificando son las formas, no su pensamiento esencial. La forma resultaba del cambiante panorama externo, lo cual le obligaba a variar sus tácticas, acompañándolas a ese panorama; pero su pensamiento, centrado en una estrategia que perseguía lo que él llamaba "comunidad organizada", aparecía inamovible "Comunidad organizada" que no es otra cosa que la estructura manifiesta de un estado en el que sus partes se artican autoritariamente para servir a una ideología que, a su juicio, se debía ir realizando sobre la marcha. Por eso, en algún discurso, asimiló la organización vertical del

timar expresamente el sistema democrático como fuente de poder —deslegitimación concretada en el ejercicio del fraude electoral—, en lo esencial de su conducta y pensamiento reivindicó el acervo histórico autoritario que había quedado arrinconado durante el período de bonanza económica, sobre todo en la década del 80.

En segundo lugar, la intervención militar en el gobierno, en forma directa o indirecta durante ese período, fortaleció el principio autoritario de conducción del sistema.

Esta circunstancia se veía alimentada por el hecho de que, contemporáneamente, los países europeos y también algunos de América Latina, v.gr. el Brasil del primer tiempo de Vargas, habían asimilado la idea de hacer abstracción del grupo de coronelos que desde 1943 y reconociendo el liderazgo de Perón se constituyeron en el trono del país.

En segundo lugar, la intervención militar en el gobierno, en forma directa o indirecta durante ese período, fortaleció el principio autoritario de conducción del sistema.

En ambos casos, la articulación básica de lo que va a devolver en el movimiento peronista será vertical y autoritaria.

Lo que, a veces, confunde el análisis es Perón manejó su estrategia esencial en función de tácticas pragmáticas, que sus seguidores han mantenido; tácticas que, incluso, desacordaron en forma constante con sus opositores, salvo en el período que precede y sucede al triunfo de Alfonso en 1983.

Desde sus primeros discursos de 1944 hasta los que comenzó en 1974 lo que va modificando son las formas, no su pensamiento esencial. La forma resultaba del cambiante panorama externo, lo cual le obligaba a variar sus tácticas, acompañándolas a ese panorama; pero su pensamiento, centrado en una estrategia que perseguía lo que él llamaba "comunidad organizada", aparecía inamovible "Comunidad organizada" que no es otra cosa que la estructura manifiesta de un estado en el que sus partes se artican autoritariamente para servir a una ideología que, a su juicio, se debía ir realizando sobre la marcha. Por eso, en algún discurso, asimiló la organización vertical del

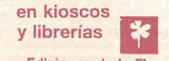
¿VUELVE MAFALDA?



Tiras y dibujos
nunca antes
recopilados
en libro

En venta
en kioscos
y librerías

Ediciones de la Flor



ejército con lo que debía ser la organización sindical.

Instinto en este aspecto. Fueron las condiciones emergentes del panorama resultante del contexto internacional —la caída del fascismo— Europa junto con la crisis económica mundial a partir de 1952, el agotamiento de la fase de industrialización substitutiva, la relación de fuerzas entre la oposición y el propio poder militar, celoso de su opONENTE sindical, lo que caminó en parte su estrategia; pero, de una cosa podíamos estar seguros: su pensamiento no partió nunca de las ideas liberal-democráticas.

Tampoco participaron de las mismas quienes, como dirigentes, se formaron a su vez o se incorporaron a las filas de su movimiento.

La forma como se exteriorizó la lucha por el poder entre 1973 y 1976 entre la facción "mononera" y el resto del movimiento peronista —incluida su rama sindical— indica claramente el contenido autoritario que tiene la conducta de sus miembros.

Ese modo de dirimir los conflictos, la sangrienta experiencia sufrida por los argentinos en el período del llamado Proceso y la imagen de un peronismo incapaz de ofrecer al país una alternativa viable y, sobre todo estable, en relación con posiciones creíbles del lado radical, fue la determinante del triunfo de Alfonsín en 1983.

5 Nos encontramos a mediados de 1988. La Argentina, en estos cinco años de gobierno democrático, se ha permitido el juego de las instituciones e incluso pudo superar las crisis militares manifiestas de Semana Santa y Monte Caseros, yミニcrisis que dejaron a la vera del camino a gran número de generales.

El gobierno radical ha soportado el desgaste de estos cinco años. La derrota del 6 de setiembre de 1987, si bien constituyó un mazazo para muchos, no importó ningún tipo de fractura.

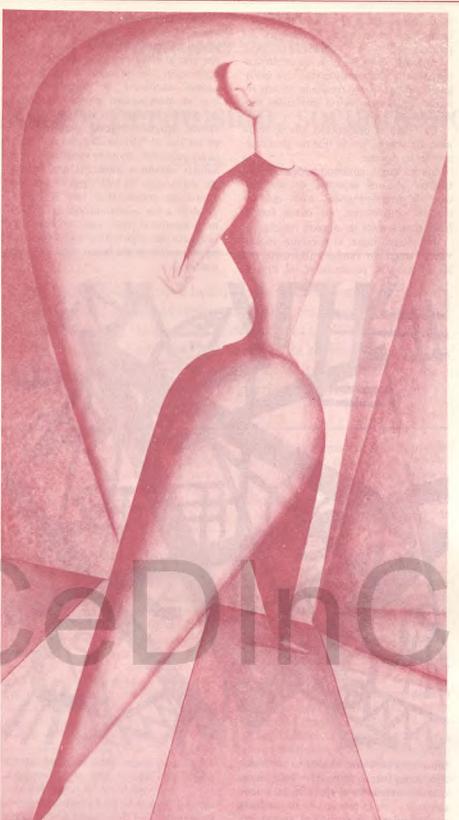
Por su parte, el peronismo, que luego del fracaso electoral de 1983 y 1985 pareció iniciar un período de cambio, pasible de integrarse al sistema demócratico, conservando, ciertamente, connotaciones autoritarias, incluso en la llamada dirigencia renovadora, en 1987 tuvo alzarse con la mayor parte de los gobiernos provinciales.

Pero sobre ese cuadro, el 9 de julio de 1988 ha impuesto un nuevo hecho. La derrota del elenco renovador en el peronismo retrotrae la situación, en los esenciales, a las condiciones de 1983.

El triunfo de Menem como candidato a la Presidencia por el peronismo resulta de un doble fenómeno que, en su conjunto, comporta un retorno a modos emocionales, y también porque no, irracionalmente de conducta, encubiertas a través de una articulación autoritaria.

En efecto, en la coalición que determinó en definitiva la derrota del llamado caferismo —polo de atracción de quienes postulaban determinados cambios para integrar al peronismo dentro del sistema— aparece, por un lado, una repulsa generalizada contra el aparato político, estructura de poder que los renovadores mantenían desde 1986. Se reivindica al movimiento nacional contraponiéndolo al partido, con lo cual se desdibujan las fronteras que marcan los límites posibles de garantía para la existencia del pluralismo y la alternancia de los partidos como reagrupación de la democracia.

Por otro, la dirigencia sindical tradicional, consustanciada con la concepción movimentista omnicomprensiva y totalizadora, se constituye en el aparato articulador del menemismo.



y la proclamación de que no desean integrarse a él, sin perjuicio de aceptar, por ahora, sus reglas de juego, y la reivindicación de una posición occidental cristiana que, tanto en nuestra sufrida América Latina como en los países europeos de cultura originariamente de predominio católico, convalea en su esencia un encuadramiento autoritario y preconciliar de raíz socialcristiana.

6 Desenvolviendo el cuadro de situación en lo que hace al contenido y significación política del radicalismo y el peronismo, bueno resulta referirnos, ahora, a la ideología socialdemócrata como discurso unificador de una parte de la sociedad global.

Di Tella, como señalamos más arriba, apunta a caracterizar a la socialdemocracia como el resultado del accionar de la clase obrera y de un sector intelectual capaz de formular un modelo de sociedad que apunte a una redistribución de la riqueza en base a patrones de justicia social, pero conservando y fortaleciendo las reglas de juego democrática.

Reconoce que ese sector intelectual —“inteligencia”— ha incorporado al alfonsinismo —por lo menos esa fue la realidad en 1983—, pero subraya la incapacidad para hacer lo mismo con el sindicalismo. Su conclusión es en pro del peronismo: se sustenta en que faltando al alfonsinismo apoyo sindical, le parece que el esquema socialdemócrata sea el modelo adecuado para una fuerza socialdemócrata en la Argentina.⁵ (p. 68).

Hemos afirmado antes que la socialdemocracia en lo que concierne a sus objetivos, el recomendamiento de sus componentes y la revalorización de su discurso se encuentra ante una crisis de identidad que responde a los cambios operados en la sociedad civil y asimismo en la estructura del Estado.

Más allá, quienes dentro de la militancia socialdemócrata participan del enfoque neomarxista para la análisis de la sociedad, también enfrentan una crisis de identidad, no solamente derivada de lo ocurrido en los países llamados socialistas, sino en razón de las insuficiencias que presenta la estructura argumental —por lo menos del marxismo vulgar— para comprender la sociedad postindustrial.

En ambos casos, nos encontramos ante una revisión de gran parte de los contenidos conceptuales que, durante más de un siglo, guardaron vigencia en los partidos socialistas.

¿Por qué ha sobrevenido esa crisis de identidad?

La respuesta concreta excede el marco del presente trabajo, sin embargo conviene señalar alguno de sus aspectos principales.

El mundo postindustrial enfrenta sustanciales modificaciones en la estructura social como resultado de las ocurridas en gran parte del trabajo industrial y en las formas como se interrelacionan productivamente ese trabajo. La automatización y la robotización, por un lado, la revolución informática, por otro, la paulatina reducción constante de la demanda de mano de obra, así como la transformación de los establecimientos fabriles y la transnacionalización empresarial merced a las innovaciones en materia de comunicaciones determinan, al par de nuevos modos de gestión, una clase trabajadora diferente; menos especializada, más dotada intelectualmente e integrada social y técnicamente para adaptarse a la velocidad que impone el cambio tecnológico.

En otros términos, para el peronismo, la concepción del movimiento supone un aparato totalizador; para la Coordinadora radical, el reconocimiento de un hecho histórico que permitió abrigar la esperanza de un nuevo diagrama de fuerzas sociales y políticas confluyentes a un objetivo concreto, pero sin afectar la independencia de otras coaliciones.

Estas son, el rechazo del “sistema”

en nuevas formas de combate. Esas nuevas formas de combate son las que bullen por concretarse hoy día a lo largo y ancho de la sociedaddemocracia. No se trata solamente del ejercicio de una práctica política puramente contingentes progresistas que militan en movimientos sociales de distinta naturaleza —sino de plantearse una ideología que como discurso articule una concepción del mundo comprensiva de esa nueva realidad.

Como expresara Vargas Machuca, lo que está tratándose de construir es un edificio cuya textura no esté compuesta, como en la fase industrial, por “una cultura política de resistencia y para la resistencia que se definía, generalmente, como negociação”, sino por otra que opera en el contexto de las nuevas formas alejadas que se desprenden del sistema de relaciones postindustriales.

Lo que Touraine expresa como redención del papel del estado, de los partidos políticos para la difusión del poder a través de la participación y de los movimientos sociales como salvaguarda humana contra la conducta tecno-crática,⁶ lo que George Ross y Jane Jenson sostienen que “más allá de lo que hemos sugerido, aproximaciones focalizadas en el control democrático sobre las decisiones sociales cambian, comenzando con aquellas que conciernen al trabajo y la economía, parece ser el más promisorio camino”⁷ demuestra, desde distintos ángulos, la ideología socialista busca esos nuevos modos de expresar la sociedad civil actual.

No es que la clase trabajadora sindicalmente organizada no constituya un factor componente de las fuerzas sociales que concurren a la formación de un partido socialdemócrata; sino que éste, como portavoz de una coalición de sectores afines de la sociedad civil, puede modelarse en función de lo que esa misma sociedad civil revela en su “praxis” cotidiana, como campo de presencias de intereses conflictivos y con contenidos concretos en permanente modificación.

Es decir, sin llegar a los extremos planteados por Marcuse, con su negación apriorística de un supuesto papel revolucionario reservado a la clase obrera, el análisis sociopolítico que se viene efectuando en base a un mayor conocimiento de la estructura de clases y las formas como éstas, y sus diferentes fracciones, se movilizan dentro de la sociedad civil, replantea el contenido de la ideología socialdemócrata del siglo XXI.

No se trata, entonces, para ésta de sólo comprobar la existencia, en la coalición de fuerzas que la alimenta, de un apoyo sindical. Sí, en cambio, de verificar que el interplayo entre alianzas de estos sectores o fracciones de clase apunte a delimitar el campo de la lucha con los grupos dominantes de forma que los primeros resulten favorecidos, para lo cual el ejercicio democrático y la difusión de ese ejercicio permitan una redistribución del poder, sobre la base de entender que “la democracia... implica una teoría del poder encaminada a una definición de las formas de distribución y del control colectivo para asegurar un máximo de igualdad, eficiencia y libertad”⁸

En suma, en nuestros días, la búsqueda de esa nueva identidad hace que los patrones definidos por Di Tella para enmarcar la concepción operativa de la socialdemocracia se encuentren estancados, por lo menos, en lo que atañe a sus componentes decisarios. De ahí que hayamos dicho, que ésta soporta un permanente desacoplamiento de su perspectiva, una suerte de blanco móvil, que torna difícil aunque no imposible la tarea de referenciarla con esa concepción.

Siembra, en cambio, la ausencia de articulaciones rígidas y definitivamente

7 No obstante lo recién planteado, persiste una duda en cuanto a la pertinencia de lo que hemos venido desarrollando, toda vez que Di Tella analizó la concepción clásica de la socialdemocracia, válida para la sociedad industrial y quien escribió lo hecho sobre la base de los desafíos que se dan a nivel postindustrial en las sociedades desarrolladas del Primer Mundo.

Evidentemente, una primera aproximación a la realidad en discusión —nuestra realidad argentina— donde la formación económica preminentemente capitalista en su interior ha sufrido transformaciones de tipo involutivo, con el proceso de desindustrialización soportado en los últimos diez años y la predominancia de lo que se ha dado en llamar “economía de renta”⁹ comporta una diferenciación sustancial con las formaciones económicas postindustriales.

Estas últimas, la pérdida de peso relativo de la vieja clase obrera industrial —el fenómeno político del comunismo francés y del laborismo inglés dan cuenta de ello— ha dado paso a una estructura laboral de nuevo cuño con rápido crecimiento de un sector cuaternario —el dedicado a la implementación informática e integrado a las tecnologías de punta— y de servicios, necesitados ambos de un discurso diferente.

En cambio la estructura que da contenido al diagrama de fuerzas que componen la formación social argentina, como reflejo de la involución de su formación económica, se revela a través de una pérdida en el peso político de la vieja clase obrera y el incremento de un trabajador no vinculado al sistema de relaciones de subordinación fabril, sin que éste crezca ni se correlacione, en el hoy y aquí, con la aparición de industrias que utilizan tecnologías de punta, salvo que las concernen a la automatización y computarización del sector servicios.

Esa diferenciación gruesa entre uno y otro tipo de estructura podría alentar la conclusión de la tesis de Di Tella, en tanto la misma se formula en función de una realidad argentina industrial y no postindustrial y en cuanto, aún con la pérdida de peso del aparato industrial, éste continúa jugando un papel preeminente dentro de la formación económica, con lo que el paralelismo entre aparato sindical y socialdemocracia aparecería como válido.

Si embargo, dejando de lado lo que antes analizamos con relación a la raíz autoritaria del peronismo, más característico justamente en su componente sindical, la misma condición actual de nuestra formación económica y de su formación social constituye un punto de partida promisorio para su inserción en el mundo postindustrial.

En efecto, los procesos de desarrollo, entendiendo por tal una estrategia de cambio global que importa no solamente el crecimiento cuantitativo sino transformaciones cualitativas de sus formaciones económicas y sociales, se han producido no por etapas preestablecidas. Por el contrario, los países que respondieron la iniciación lo hicieron saltando estudios y aprovechando las ventajas de su desarrollo tardío.

Es cierto también que, en muchos casos, ese desarrollo tardío implicó distorsiones políticas sostenidas en un voluntarismo autoritario.

Además, buena salud tener en cuenta el fenómeno general de la transnacionalización y de la dependencia internacional que, si bien hace inviable el proyecto, no lo menos lo dificulta. Todos resultan factores ponderables.

Siembra, aun así, la ausencia de articulaciones rígidas y definitivamente

cadradas en la estructura de clases constituye en la Argentina una cabecera de puente que facilita el despegue y el despliegue de constelaciones de fuerzas acordes con el objetivo de sociedad que se quiere alcanzar.

Esas situaciones se vivieron en Estados Unidos y Alemania en el siglo pasado, en Japón a comienzos de este siglo y más acentuadamente luego de la Segunda Guerra Mundial, en Francia con el “boom” de la década del cincuenta y sesenta, y en España con el desafío que supone su reciente ingreso en la Comunidad Económica Europea.

Es por ello que somos optimistas. La Argentina posee los elementos potencialmente necesarios para modernizar su estructura productiva y hacerla competitiva. Nada tiene que perder en este campo. Asimismo posee los elementos para asumir la responsabilidad de asumir esas tareas. No existen barreras inhibitorias de pérdida de situaciones dadas que frenen la reinserción de su población activa en una estructura productiva modernizada. Por último, ha delineado la estrategia manejurable que comporta la conquista posible de un poder de decisión autónoma, a través de una futura integración con Brasil y Uruguay, que prepara en principio la existencia de un mercado de 65 millones de habitantes con relativo poder adquisitivo (la región del triángulo: Pablo-Minas Gerais-Río de Janeiro y Uruguay y Argentina).

Este esquema básico se corresponde con la estrategia que persigue el radicalismo cuando desde el discurso de Parque Norte, pronunciado a fines de 1985 por Raúl Alfonsín, se establecieron los parámetros de aquella en función de la modernización, la participación y la ética de la solidaridad.

Y ésta no dista de las postulaciones que la socialdemocracia europea abriga como estrategia a proponer para sus propias sociedades.

Es por ello que se呈re al radicalismo —cujos apoyos derivados a las reglas de juego democráticos— como la herramienta idónea para el cambio, en la medida que ese cambio busca un objetivo de futuro, una puerta de salida y una aventura heroica.

De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia importe la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un habitat más justo y más bello en el siglo que vendrá.

La

N

7

8 T. Di Tella, “Hacia una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina”, *Leyendas*, 31, primavera de 1988; en su mismo sentido véase el reciente artículo de Di Tella, “Hacia un partido socialista de masas”, en *La Ciudad Futura* 12, sept.-octubre de 1988.

9 T. Di Tella, *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

10 Segundo, el capitalismo Linz, cuestionando la mentalidad autoritaria, “la ideología autoritaria” en tanto ésta se corresponde con un “sistema de pensamiento, más o menos intelectualmente elaborado y organizado”, mientras que la mentalidad supone “un modo de pensar que no es una condición de necesidad, sino que provoca formas no condicionadas de reacción”, (en) Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes. Macropolitical Theory*, *Handbook of Political Science*, vol. 3, pp. 266 y ss.

11 R. Vargas Machuca, “El 31º Congreso del PSOE”, en *Leyendas*, 31 cit.

12 A. Tournare, *El postcolonialismo*, Barcelona, Punto de Lectura, 1982.

13 G. Ross y J. Jenson, *Post-war Class Conflict and the Crisis of Left Politics*, *Socialist Register 1985/1986*, Londres, 1986.

14 Karl Mannheim, *Libertad, poder y planificación*, México, FCE, 1959.

15 I. Konicoff, *El papel del estado en la teoría y estrategia del desarrollo*, en J. C. Rubinstein y A. Tournare, *El Estado periférico latinoamericano*, Buenos Aires, Eudeba, 1988, p. 119.



JOAN MIRÓ
GERMAN: TODO LO QUE ES SOLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE

OFFEE: PARTIDOS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

AJAVU: ENSAYOS TARIANOS

KATZENSTEIN: COOPERATIVISMO Y CAMBIO

SABEL: TRABAJO Y POLÍTICA

SALTER: PRODUCTIVIDAD

GIDDENS: HABERMAS Y LA MODERNIDAD

HABERMAS: LA LÓGICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA TEORÍA PRÁCTICA

ENSAIOS Y POLÍTICOS

AAJAVU: NUEVOS SISTEMAS DE PRODUCCIÓN

JAY: ADOBNO

THERRERD: LA IDEOLOGÍA DEL PODER

VON BEHNKE: LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL

DATTIMO: EL PENSAMIENTO DEBIL

OLCÓNDO: CRISIS DE ACUMULACIÓN

LACLU: HEGEMONIA Y ESTRATEGIA SOCIALISTA

APARCOMBI: DICTIONARIO DE SOCIOLOGÍA

BÜRKER: TEORÍA DE LA GUARDIA

AAJAVU: EL ESTADO PROTECTOR EN CRISIS

POCO: TEORÍAS SOBRE EL ESTADO DE BIENESTAR

AAJAVU: EVOLUCIÓN Y CRISIS DE LA IDEOLOGÍA DEIZQUIERDA

AAJAVU: EL FIN DE LA DIVISIÓN DEL TRABAJO?

AAJAVU: NUEVOS HORIZONTES TEÓRICOS DEL SOCIALISMO

RESULTA: LEVITAN, LETRA INTERNAICIONAL, DEBATS, ZOUA AMERIQUE...., LA CIUDAD FUTURA....

Libros Café Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453

46-1994 - (1019) Cap. Fed

Dos compañeros de lo absoluto

El filósofo y el hombre

Doce ediciones recientes han roto el muro de silencio que desde la tragedia de 1980 se construyó en torno de Louis Althusser, el filósofo francés que más vinculado estuvo a la última gran estación del marxismo europeo en los incandescentes años 60 y 70. Se acaban de editar en París las memorias del filósofo cristiano Jean Guitton, *Un siècle, une vie* (Robert Laffont, 1988). A sus 87 años de edad, Guitton sigue comovedoramente fiel a la amistad que mantuvo con quien fue su alumno allí por los lejanos tiempos que precedieron a la segunda guerra mundial. En un capítulo su libro, el que transcribimos un fragmento, reconstruye apelando a textos tan reveladores como su correspondencia personal con Althusser era singular línea de sombra del filósofo y el hombre que la tragedia impidió sostenidamente vino a cortar.

A su vez la editorial Siglo XXI de México, responsable de la publicación en español de la mayor parte de las obras del filósofo marxista francés, ha lan-

do recientemente un pequeño volumen que recoge las conversaciones que desde fines de 1984, y durante varios meses, Althusser mantuvo con la mexicana Fernanda Navarro, profesora de filosofía de la Universidad de Michoacán. Este libro es, en consecuencia, la primera reaparición pública del filósofo que, al presentarlo al lector latinoamericano con un escrito "a guisa de prefacio y de advertencia", firmado en julio de 1986, aclara que se reserva la posibilidad de publicarlo en su país "en su momento".

El pequeño volumen que Fernanda Navarro dedicó al argentino Mauricio Malamud, entusiasta y persistente seguidor de las enseñanzas de Althusser, está en circulación en las librerías de Buenos Aires en los próximos días. Y debemos agradecer a Catálogo Editora, representante del sello Siglo XXI en la Argentina, la autorización que dio para incluir un fragmento de *Filosofía y marxismo*, título con el que las conversaciones fueron publicadas.

Filosofía marxista o materialismo aleatorio?

Louis Althusser

Con respecto a sus críticas y cuestionamientos, ¿tenía usted entonces [en los años setenta] alguna propuesta alternativa?

Al igual que todo, no, ahora sí. Pienso que el "verdadero" materialismo, el que conviene al marxismo, es el *materialismo aleatorio*, inscrito en la línea de Epicuro y Demócrito. Preciso más: este materialismo no es una filosofía que debiera ser elaborada en sistema para merecer tal nombre. Aunque no sería imposible, no es necesario convertirla en sistema; lo que sí es decisivo en el marxismo es que represente una posición en filosofía.

Cuando habla de sistema, ¿lo entiende como una totalidad cerrada donde todo está pensado con anterioridad y donde nada puede ser cuestionado de nuevo sin trastornar el conjunto?

Sí, pero insistió: lo que constituye una filosofía no es su discurso de demostración ni su discurso de legitimación. Lo que define es su posición (*thesis*, en griego) en el campo de batalla filosófico (el *Kampfplatz* de Kant) por o contra tal posición filosófica existente o en defensa de una posición filosófica nueva.

Podría hablaros de Demócrito y de los mundos de Epicuro para comprender mejor su propuesta del materialismo aleatorio?

Sí, pero antes quisiera decir lo que ha sido motivo de mi reflexión en los últimos años, justamente: sobre la filosofía marxista.

Efectivamente, ne pensado que resulta muy difícil hablar de una filosofía marxista, de la misma manera que sería difícil hablar de una filosofía matemática o física, si consideramos que lo esencial del descubrimiento de Marx es de carácter científico: el haber sacado a la luz el modo de funcionamiento del régimen capitalista.

Una última aclaración: cuando digo que es difícil hablar de una filosofía marxista no debe entenderse en sentido negativo. No tiene por qué haber siempre una filosofía para cada época; tampoco considero que sea lo más urgente ni esencial. Si queremos filósofos, ahí están Platón, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y tantos otros, a cuyo pensamiento podemos recurrir para pensar y analizar nuestro tiempo, "traduciéndolos" y actualizándolos.

Considera al materialismo aleatorio como una posible filosofía PARA el marxismo?

Sí, va en esa dirección. Ahora ya podemos remontarnos a Demócrito y a los mundos de Epicuro. Recordemos la tesis principal: que antes de la formación del mundo, una infinitud deátomos caían en el vacío, en forma paralela. Las implicaciones de esta afirmación son fuertes:

1) que antes de que hubiera mundo, no existía absolutamente nada *formado*, y, al mismo tiempo, 2) que todos los elementos del mundo existían ya aislados, desde siempre, desde toda la eternidad, antes de que hubiera mundo. Lo anterior implica que antes de la formación del mundo no existían ningún origen, sentido, causa, razón ni fin. Nieta toda teleología: sea racional, moral, política o ética. Afadiré que este materialismo no es el de un sujeto (sea Dios o el proletariado) sino el de un proceso —sin sujeto— que dominará el orden de su desarrollo, sin un fin asignable.

La paradoja de una filosofía marxista radicaba en que habiendo recibido Marx una formación de filósofo, se rehusara a escribir filosofía; no obstante hizo tambalear a toda la filosofía tradicional al escribir en la Tesis XI sobre Feuerbach la palabra "práctica". Así fue como él practicó la filosofía que nunca escribió, al escribir *El capital*, su obra científica, crítica y política.

Recogiendo lo anterior, podemos insistir en que la tarea actual es no elaborar una filosofía marxista sino una filosofía PARA el marxismo. Es en este sentido que se dirigen mis últimas reflexiones y que intento buscar en la historia de la filosofía los elementos que permitan dar cuenta de lo que Marx pensó, de la forma en lo pensó.

De lo que se deduce que el origen de

todo mundo o realidad, de toda necesidad y sentido se debe a una desviación aleatoria.

Justamente. Lo que plantea Epicuro es que es la desviación aleatoria y no la razón o la causa primera, el origen del mundo. Pero hay que tener claro que el encuentro no creó nada por sí mismo, ninguna realidad. Lo que sí hace es darle realismo a los átomos mismos que tiene la desviación y el encuentro, no crean nada más que elementos abstractos y aislados, sin consistencia ni existencia. Ahora bien, una vez constituido el mundo, se instaura desde ese momento, el reino de la razón, la necesidad y el sentido.

¿Se puede pensar en alguna filosofía posterior que haya retomado estas tesis y que rechace la cuestión del origen?

Pienso en Heidegger. Si bien no es ni epícteo ni atomista, hay en él un movimiento de pensamiento análogo. Su rechazo de toda cuestión de origen, causa y fin del mundo es bien conocido; pero hay, además, una serie de desarrollos en torno a las expresiones *es gibt*, o sea "hay" (hay mundo, hay materia, hay hombres), "así es" y "ser-ahí" (*da-Sein*), que recoge la inspiración de Epicuro. Esta filosofía se abre hacia una visión que restituye una especie de contingencia trascendental del mundo, al cual hemos sido "arrojados", así como del sentido del mundo, que nos orienta hacia la apertura del Ser, más allá del cual no hay nada que buscar ni nada que pensar. De esta manera, el mundo es un "don" para nosotros.

Este non-anterioridad del sentido es una tesis fundamental de Epicuro, en el cual se opone a Platón y Aristóteles.

Así es. Despues sobre todo el clinamen: una desviación infinitesimal que ocurre sin saberse cómo, ni cuándo, ni dónde. Lo importante es que el clinamen provoca la desviación de un átomo en su caída en el vacío y ocasiona un encuentro con otro átomo... y de encuentro en encuentro —siempre y cuando sean duraderos, no fugaces— nace un mundo.

Mi intención, aquí, es recalcar la existencia de una tradición materialista no reconocida por la historia de la filosofía. Me refiero a la de Demócrito, Epicuro,

Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Marx, Heidegger, así como a las categorías que han sostenido, tales como el vacío, el límite, el margen, la ausencia de centro, el desplazamiento del centro al margen (y viceversa) y la libertad. Se trata del materialismo del encuentro, de la contingencia, en suma, de lo aleatorio, que se opone incluso a los materialismos registrados, incluyendo al comúnmente atribuido a Marx, Engels y Lenin, que, como todo materialismo de la tradición racionalista, es un materialismo de la necesidad y de la teología, es decir, de una forma disfrazada de idealismo.

Justamente por representar un peligro, la tradición filosófica lo interpretó y lo desvió hacia un idealismo de la libertad.

Si los aforismos de Epicuro que caen en el vacío en la Ilustración se encuentran, es para que se reconozca —en la desviación producida por el clinamen— la existencia de la libertad humana en el mundo mismo de la necesidad.

Podría concluir, entonces que esta filosofía, al rechazar todo origen, tendría como punto de partida... la nada?

Instintivamente. Se trata de una filosofía del vacío, que no sólo dice que el vacío preexiste a los átomos que caen sobre él, sino una filosofía que postula y "hace", "crea" el vacío filosófico para darse en existencia: una filosofía que en vez de partir de los famosos "problemas filosóficos" comienza por eliminarlos y por rehacerse a darle a sí misma un "objeto" (la filosofía no tiene un objeto), para partir de la nada. Se da pues el primado de la nada sobre toda forma, el primado de la ausencia (no hay origen) sobre la presencia. ¿Puede pensarse en una crítica más radical de toda filosofía en su pretensión de decir la verdad sobre las cosas?

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser. Releo la que me envió el 11 de junio de 1936:

"Querido Maestro. He recibido esta mañana, milagrosamente, su preciosa edición del Nuevo Testamento. Digo milagrosamente pues debía permanecer sólo un día en Lyon y fui ese día quién me llevó su pequeño libro. Le llevé conmigo a las montañas de Suiza. Las palabras son demasiado débiles y no podría decirte hasta dónde su pensamiento es para mí bienhechor y calmante y hasta dónde lo quiero. Lo bendigo por haberme ofrecido este pequeño libro..."

Me habla luego de la pérdida de su fe: "No sé a qué se debe. Quizás yo sea semejante al que hablaba Oscar Wilde y que, a fuerza de enseñar el perfecto conocimiento de Dios, haya perdido el perfecto amor de Dios. ¡Así es!

Yo no tengo, por cierto, un perfecto conocimiento de Dios; con frecuencia tuve la impresión de que hacía lo que debía hacer para alcanzar un perfecto conocimiento de Dios, pero que había perdido el amor. El apostolado es muy bueno, pero exige, al menos en nosotros, una cierta *mise en scène*..."

He sentido con frecuencia este maestro cuando debía escribir en el pizarrón los anuncios de nuestras reuniones. Entonces, hubiera preferido cien veces estar en un convento trapense, desconocido, ignorando por todas las miradas, y sólo ante el silencio y el perfecto amor de Dios. Le confieso que es para mí un caso de conciencia muy grave... Permanece afortunado tanto tiempo y de manera sorda me ha torturado este año... Es en usted en quien pienso, que estoy haciendo una idea bastante singular de la filosofía el pretender *inscribir* allí la crítica o la duda: me preocupa que Dios (si suponemos que esta palabra tiene un sentido), si hablara, podría abarcar en la "verdad" de lo que el ejerza la hipótesis de la "falsedad" de sus propósitos. "Como usted sabe, puedo escribirse en una filosofía de Dios. [...] De todo esto pude deducir que soy irredentamente spinozista, y tendría razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande..."

"Querido J. G., usted debería haberme llamado cuando estuve solo en el hospital. Yo hubiera ido: es usted una de esas personas que no podría nunca olvidar. ¡Por qué quede usted sentirse próximo a mí! No lo sé. ¿Por qué puedo yo sentirme próximo a usted? Creo saberlo. Cuando en 1936 llegué a Lyon, para hacer mi preparatoria, yo no era nadie y lo sabía; un viajero sin equipaje, un adolescente sin pasado, un estudiante sin cultura. Mis abuelos eran campesinos pobres del Morvan; mi abuelo, en la época de Jules Ferry, había partido para Argelia como guardia forestal en sus bosques más salvajes. Mis padres, procedentes de allí, hicieron lo que pudieron. Mi madre había sido institutriz seis meses antes de su casamiento. Mi padre, que se fue de su casa a los trece años, trabajaba en un banco. Creyendo hacíamos un bien, mi madre nos hizo tomar a mi hermano y a mis clases de piano y de violín, y nos llevaba todos los domingos a escuchar conciertos clásicos. Eso no "funcionaba". Yo no era un "heredero". En clase era con frecuencia el primero, pero no creía en eso. En Lyon lo encontré a usted y me ocurrió algo muy singular; un verdadero encuentro. Usted me enseñó mi mejor cosa (sin reproche alguno). J. Lacoste me enseñó muchas cosas que usted y yo teníamos en común: yo no tenía razón para la diferencia profunda que existía entre nosotros. Yo era un "hereño". En clase era con frecuencia el primero, pero no creía en eso. En Lyon lo encontré a usted y me ocurrió algo muy singular; un verdadero encuentro. Usted me enseñó mi mejor cosa (sin reproche alguno). J. Lacoste me enseñó muchas cosas que usted y yo teníamos en común: yo no tenía razón para la diferencia profunda que existía entre nosotros. Yo era un "hereño".

Me presentó a una muchacha llamada Hélène. Me dijo que, bajo su influencia y siguiendo su ejemplo, él se había transformado a la vez en ateo y comunista, y en adelante estaríamos separados por las ideas, pero no por el afecto, la devoción, el corazón. Me confió que, a partir del cautiverio, tuvo trastornos nerviosos muy duros que usted y yo tuvimos que ayudar.

Transcurrieron treinta años.

La promesa fue mantenida tanto por uno como por el otro.

No habíamos visto lo más opuesto posible en el plano filosófico, y en el plano político defendíamos al materialismo de Marx como un marxismo burgués. Queríamos que el marxismo lo absoluto, es decir, al misticismo. Hélène me hacía poesías a veces en la Madre Teresa.

He guardado en un cajón secreto las cartas de Althusser. Releo la que me envió el 11 de junio de 1936:

"Querido Maestro. He recibido esta mañana, milagrosamente, su preciosa edición del Nuevo Testamento. Digo milagrosamente pues debía permanecer sólo un día en Lyon y fui ese día quién me llevé su pequeño libro. Le llevé conmigo a las montañas de Suiza. Las palabras son demasiado débiles y no podrán decirte hasta dónde su pensamiento es para mí bienhechor y calmante y hasta dónde lo quiero. Lo bendigo por haberme ofrecido este pequeño libro..."

Y en otra carta datada en 1974:

"[...] Dice usted que nuestros "pensamientos" son del todo opuestos, lo que puede unirlos, pero que usted manifiesta dudas cuando enumera los suyos y yo los míos. No sé a qué nos separa. Esto tal vez tenga que ver con la idea que nos hacemos del "teatro". Es comprensible que se diga que soy un "dogmático", yo dejo que se diga. Simplemente observo que las filosofías que han tenido mayor efecto en la historia, la de Spinoza o la de Hegel, por ejemplo, son "dogmáticas". Las "críticas" lo tuvieron mucho menos (salvo en la tradición filosófica, a la que atiborraron con sus comentarios); me refiero, claro está, a los efectos fuera de la filosofía. Creo que es hacerse una idea bastante singular de la filosofía el pretender *inscribir* allí la crítica o la duda: me preocupa que Dios (si suponemos que esta palabra tiene un sentido), si hablara, podría abarcar en la "verdad" de lo que el ejerza la hipótesis de la "falsedad" de sus propósitos. "Como usted sabe, puedo escribirse en una filosofía de Dios. [...] De todo esto pude deducir que soy irredentamente spinozista, y tendría razón. Yo sé, en verdad, muy pocas cosas en filosofía, pero creo haber comprendido, que Spinoza es realmente, de todos y sin comparación, el más grande..."

En julio de 1972 Althusser me escribió una larga carta en la que volvía sobre el origen de nuestra amistad:

"Querido J. G., usted debería haberme llamado cuando estuve solo en el hospital. Yo hubiera ido: es usted una de esas

personas que no podría nunca olvidar. ¡Por qué quede usted sentirse próximo a mí! No lo sé. ¿Por qué puedo yo sentirme próximo a usted? Creo saberlo. Cuando en 1936 llegué a Lyon, para hacer mi preparatoria, yo no era nadie y lo sabía; un viajero sin equipaje, un adolescente sin pasado, un estudiante sin cultura. Mis abuelos eran campesinos pobres del Morvan; mi abuelo, en la época de Jules Ferry, había partido para Argelia como guardia forestal en sus bosques más salvajes. Mis padres, procedentes de allí, hicieron lo que pudieron. Mi madre había sido institutriz seis meses antes de su casamiento. Mi padre, que se fue de su casa a los trece años, trabajaba en un banco. Creyendo hacíamos un bien, mi madre nos hizo tomar a mi hermano y a mis clases de piano y de violín, y nos llevaba todos los domingos a escuchar conciertos clásicos. Eso no "funcionaba". Yo no era un "hereño".

En 1936 me invito a almorzar en la Escuela Normal. Tenía el sentimiento de que la humanidad estaba entrando en una crisis sin precedentes. Conversé con Hélène a solas, quien me contó su vida de obrera pobre. Me decía que tanto los católicos como los comunistas seguían siendo burgueses, incapaces de llegar hasta el renunciamiento total de sí mismos. Hélène y Louis se habían unido para consagrarse al Absoluto, abandonando todo deseo de carrera, todo honor humano. Habían establecido relaciones estrechas con las Hermanitas del Padre de Foucauld, que tenían una sede al lado de la Escuela Normal.

Una de nuestras últimas conversaciones fue dramática. Vino a verme junto con Hélène para decirme que los dos tenían la impresión que la humanidad había entrado en una fase definitiva, que ellos veían un solo lugar donde esta crisis podía ser resuelta: esa lugar era Moscú, pero, más allá de Moscú, estaba Roma. Dicho de otro modo, ambos consideraban que la salvación del mundo dependía de un acuerdo entre Roma y Moscú. Y Althusser me pidió que le dijera a Juan Pablo II: "Señor el hombre que fraterniza con las barreras étnicas, pues es usted el único que en este momento tiene una autoridad moral sobre la humanidad".

Althusser fue a Roma y tuvieron una conversación de varias horas con el cardenal Gaspar y, a quien yo lo había recomendado, Jacques Hervé Ruggen elevo a Althusser a Althusser. Yo mismo vi a Juan Pablo II pidiéndole al Papa que recibiera a Althusser. Yo mismo vi al Santo Padre y me dijo: "Conozco a su amigo; es ante todo un lógico que va hasta el fondo de sus pensamientos. Con mucho gusto lo recibí".

El drama comenzó al mes siguiente. Ayudado por Bernard Billaud, director de gabinete de Jacques Chirac en la alcaldía de París, hice algunas gestiones para que Althusser, que había sido sustraído a la justicia por considerársele irresponsable, pudiera abandonar el hospital Santa Ana y ser admitido en una clínica de los alrededores de París. Así fue como recluido en el Santa Ana en un principio, pudo luego residir en una clínica de los alrededores de París llamada "les Eaux vivantes".

El 3 de diciembre de 1978 había escrito:

"Mi universo de pensamiento está abiolido. No puedo pensar más. Hablando en lenguaje tauril", le pido que reeve por mí [...]"

El médico de Santa Ana me dijo que era por un delirio de amor que había sido arrastrado a matar a quien amaba.

Por lo demás, "¿hay una distancia tan grande entre un criminal y un santo?" François Mauriac y Paul Claudel no los pensaban. Hay criminales que son santos en potencia, como el buen ladron. Hay también santos que saben que sin la gracia hubieran podido convertirse en criminales. Teresa del Niño Jesús lo había sabido, y por eso no se consideraba diferente del aseño Pranzini, a quien había acompañado en pensamiento a la gitanilla.

En una de sus últimas conversaciones, Althusser me dijo: "Escriba la historia de su vida. Yo ya he escrito doscientas páginas que son la historia de mis estupendos traumatisms". Y agregó: "Jamás pude alcanzar la transparencia. Entonces, he practicado, como Mallarmé, como Alain, como Heidegger, el *obscurum per obscurius*, es decir, lo oscuro a través de lo más oscuro."

* Alusión a la época en la que los estudiantes católicos eran llamados "taíns" (los que van a la misa) por los otros.

© Robert Laffont, 1988.

Antes y después del plebiscito en Chile

Ardiente paciencia

Javier Artigues

R ecentes expresiones de quien otrora manifestara que en Chile nada se movía sin su voluntad, son harto indicativas del nerviosismo que domina ya sin disimulo a la cúspide del régimen a partir del pasado 5 de octubre. Fecha en que por primera vez en largos 15 años, la ciudadanía chilena pudo expresarse a través del sufragio. La demócrata verdad que los números iban marcando a la finalización del escrutinio hacia su impacto sobre el elenco estable de la dictadura. Basta recordar como ejemplo, la tardanza oficial en reconocer la derrota, hecho que admitiera el jefe de campaña del candidato y ministro del Interior, Sergio Fernández, recién a las 2.30 de la madrugada del jueves 6, momento en que pudieron respirar tranquilos los demócratas de todo el mundo.

Ni el férreo control de los medios, ni la inescrupulosa utilización de fondos públicos con fines proselitistas sirvieron para atravesar la voluntad popular. La oposición, en tanto, debió luchar en condiciones sumamente dispares; tuvo solamente un mes para efectuar su campaña, sin acceso práctico a los medios audiovisuales (escasos 15 minutos diarios de TV), con la prensa "sin perspectiva", como los casos de Juan Pablo Cárdenas (*Análisis*) o Francisco Hernández (*Carey*), con dirigentes políticos y sindicales encarcelados o asilados, casos del socialista Clodomiro Alfonso o de Oscar Guillermo García, del MAPU, o de Manuel Bustos y Roberto Martínez, presidente y vice de la Central Única de Trabajadores (CUT). Así las cosas, para los sostenedores del No a Pinochet, el único instrumento efectivo a utilizar fue el de siempre: la movilización. Calles, plazas y pueblos se fueron cubriendo con los rostros del otro Chile, el que para *El Mercurio* y la engañadas veces televisivas no existe. Claro, en las gacetas donde los personeros del régimen asientan los logros del "milagro", no se puede incluir a los sectores de la población que sobreviven a puro té con hallacas (paneccillos), Lógico, para esta economía a escala tan grande, esa gente no cuenta.

Casa por casa, pueblo por pueblo, los activistas de la oposición fueron llevando su mensaje sin contar con más recursos que el de sus propias fuerzas, que el de sus voces. Y bastó ese simple llamado a la conciencia para que resurgiera potente, la expresión incombustible de todos aquellos que estaban sedientos de libertad. Cuando el 1 de octubre un millón y medio de almas se congregó en el cielo de Santiago, ya podía vislumbrarse la victoria.

Augusto Pinochet siempre soñó con que su régimen concluyera como el de Francisco Franco, con la consumación física del dictador. El ejercicio de la memoria colectiva se lo impidió. Hoy, los artífices de la victoria opositora centran sus esfuerzos en abrir los caminos por donde transite el Chile democrático que se avecina.

dicionales latifundios, y la segunda, por la escasez de población y de vías de comunicación. En las restantes diez regiones se impuso, entonces, el No con guarismos que van desde un apretado triunfo en la sureña región de Los Lagos (No 56,5%, Sí 43,4%) hasta el más holgado en la norteña Antofagasta (No 58,5%, Sí 38,15%).

Ya a nivel de provincias los compuestos variaron delineando con mayor nitidez los perfiles de una u otra opción. El Sí obtuvo sus mejores votaciones en Parinacota (Sí 85,32%, No 10,97%) y en Palena (Sí 68,06%, No 28,8%). En los casos se veía de provincias periféricas, aun denotando de sus resultados regiones. Tampoco y Los Lagos donde ganó el No. Parinacota tiene unos pequeños villorrios diseminados por el altiplano vecino a Bolivia, con habitantes cuyo principal sustento estriba en los rebaños de alpacas. Palena, en el antiguo Chiloé continental, es una deshabitada comarca vecina al norte de la provincia argentina del Chubut, que se encuentra todavía en un estado de insularidad. Ello sin contar con las resultados de la esporádica isla de Pascua (Sí 81,06%, No 18,48%) y de la Antártida (Sí 84,77%, No 13,55%) pobladas casi exclusivamente por personal militar. Frente a este cuadro, el No pudo exhibir los cómputos de Santiago y su área metropolitana —cerca del 40% del país— (No 57,74%, Sí 40,25%) Concepción (No 63,53%, Sí 34,25%) Valparaíso (No 56,14%, Sí 41,53%) y Antofagasta —provincia— (No 59,49% Sí 37,72%), áreas que concentran el grueso de la población urbana, la producción industrial y las actividades comerciales y educativas. Cabe señalar que en los distritos mineros, la victoria opositora fue rotunda, como por ejemplo, la registrada en Chuquicamata (región de Atacama), con un 63,20% de los votos para el No (72% en varones y 66,8% en mujeres).

Estas cifras surgen que el No alcanzó los más elevados porcentajes a su favor en zonas de elevada población urbana, con menor grado de analfabetismo que la media nacional, y fundamentalmente entre las capas medias y el sector obrero, en la población minera y en las comarcas rurales donde predominaba la agricultura intensiva. Los bastiones del Sí, empero,

se ubicaron en áreas de baja densidad demográfica, mayor porcentaje de analfabetismo que la media nacional, y de predominio de la ganadería extensiva. A las que hay que agregar los núcleos donde reside la alta y pequeña burguesía, como se los barrios altos de Santiago.

Si bien algunos observadores han manifestado su sorpresa por los guarismos del Sí (43%) frente al No (54%), es preciso puntualizar que ese 11% engloba a sectores que necesariamente apoyaron al régimen. Hay que incluir aquí a aquellos que no tuvieron acceso clerto a la información, tal lo ocurrido en comunas asediadas geográficamente donde la oposición no pudo llegar con su predicción durante el estrechamiento lasso de un mes con que contara. Nótese además la supervivencia de instituciones de carácter medieval y paternalista como el cochecho, tan desarrollado en los campos, gracias al latifundio y a la escasa y controlada población electoral. Asimismo, añádense un segmento bastante considerable de pequeños propietarios e informales que fueron permeables a la propaganda oficial que durante un año machacara con toda clase de infundios respecto de quienes estaban detrás del No, distorsión de imágenes que quizá tuvo también su efecto entre las electoras mujeres, regional donde triunfara el No, pero con un margen menor al registrado entre los electores varones.

Adiós general, adiós carnaval

Como esable suponer, todas esas falsas imágenes e infundios corrieron la misma suerte que el resto de la estantería gubernista. Hoy puede asegurarse con certeza que buena parte del voto Sí ha cruzado hacia la orilla de la oposición democrática. Y ésto al régimen lo sabe, es consciente que día a día pierde adhesiones con la misma rapidez con que la arena abandona las manos. Muchos que hasta ayer semejaban fervientes partidarios hoy muestran desíos a las directivas oficiales. Es más, no pocas de ellos parecen seguir en la actualidad líneas políticas independientes a la estrategia post-

plebiscito, si la hay, del régimen.

Conviene aquí detenerse en el fenómeno que representó la constitución del Comando del No, conglomerado político de la oposición donde confluyeron 16 partidos, desde el MIR y el PCC, antecesos, hasta el Partido Nacional (Riesco), expresión de la derecha tradicional, pasando desde luego por los que desde 1985 se enrolaron en la Alianza Democrática —Democracia Cristiana, Partido Radical, Partido Socialista (Núñez) y agrupaciones menores—. Abanico multipartidario sin precedentes en la historia de Chile, que tras el triunfo de octubre lo ha logrado un encantador grado de cohesión interna para lo que es hoy, sin duda, el más serio referente político a considerar en esta etapa transicional.

Con la cercana victoria sobre el régimen en su haber, el arco demócratico chileno está firmemente empeñado en conseguir la reforma a la Constitución vigente. Esta, verdadero "traje a la medida" que se dictara la dictadura en 1980 luego de un plebiscito viciado de fraude, le permite al actual régimen prolongar su estructura de poder más allá de 1989, ya que de acuerdo a su articulado, la jerarquía militar conserva potestades como el nombrar a un tercio del Senado, ver lo que eventualmente podrían dictaminar las instituciones clásicas de la República, y Pinochet, en particular, la facultad de continuar al frente del ejército por varios años más. Disidats que no merecen más comentario. Al mismo tiempo, la oposición brecha por obtener un acortamiento de los plazos trazados en el calendario electoral, donde se fijan comicios presidenciales y legislativos recién para diciembre de 1989.

La muestra y la constante apelación al diálogo y a la negociación que distingue a la oposición abre un espacio donde el discurso del guerrero cae en saco roto. Las anteriores arremetidas ante un auditorio enemudecido hoy parecen chocar frente a un universo donde la sociedad civil va afirmándose, al ensancharse sistemáticamente la actividad de las asociaciones intermedias y de los partidos políticos.

Así como se entienden los desgarrados alardos del dictador que quiso que su régimen terminara como el de Franco, en una cama. De ahí su amenuza en el sentido de que la pasada consulta "que dirá anulada" si la oposición insiste en no reconocer la Constitución y en mantener su postura "rupturista". De ahí que a su vez, en un informal encuentro haya confiado a un pequeño grupo de próximos que "la gente que nos apoya tiene que ponerse de acuerdo porque, si no lo hace, nos van a hacer pedazos". Aprovechando la ocasión para amonestar a aquellas "madres que en la jornada del 5 de octubre no explicaron a sus hijos las razones por las que las fuerzas armadas armaron al poder". Lo que el usurpador de la Moneda no puede comprender es que las madres en su casa, las maestras en la escuela, enseñan que Chile fue y será una tierra de hombres y mujeres libres y solidarios.

Estas cifras surgen que el No alcanzó los más elevados porcentajes a su favor en zonas de elevada población urbana, con menor grado de analfabetismo que la media nacional, y fundamentalmente entre las capas medias y el sector obrero, en la población minera y en las comarcas rurales donde predominaba la agricultura intensiva. Los bastiones del Sí, empero,

Antes y después del plebiscito en Chile

El camino de la democracia

Luis Párraga

Santiago era una fiesta. Ese viernes 7 de octubre, dos días después de haber ganado el No, era imposible imaginar cuántos chilenos celebraban en el Parque O'Higgins. Los discursos ahí eran de menos; lo principal era la desbordada alegría de domingo más medida de oro en un campeonato mundial, que atravesaba las clases sociales. Y si bien es cierto que los más eran los pobres, las proporciones corresponden —acaso no matemáticamente— a los del conjunto del país.

Bajando del metro con Pery, Juve y las chicas, para entrar de inmediato en aperturas de multitud, casi levantados en el piso, rodeados de consignas masivas: "Que se vaya, que se vaya", y luego en el tono festivo de esa tarde: "Que se vaya en bicicleta". Imaginaron entonces lo duras que serían seis horas para el omnipotente general de esos quince largos años. Y sin embargo, las horas no serían tan duras como los años para miles de chilenos en el terror, en el exilio o en la pobreza.

El plebiscito se había efectuado con orden y con una altísima dósis de paciencia por parte de los ciudadanos. Un excesivo número de sufragantes por mesa y la impotencia de quienes estaban a cargo en cada una habían producido esperas de hasta cinco horas para depositar el voto. Nada protestaba bajo el sol primaveral. Las mujeres por un lado y los hombres por otro, esperaban con tranquilidad.

Pero ni poca de indiferencia. Por algo había inscrito el 92,5% de quienes podían hacerlo, pese a que no había obligación legal para ello.

Y el 97% de los inscritos votó.

La muestra y la constante apelación al diálogo y a la negociación que distingue a la oposición abre un espacio donde el discurso del guerrero cae en saco roto. Las anteriores arremetidas ante un auditorio enemudecido hoy parecen chocar frente a un universo donde la sociedad civil va afirmándose, al ensancharse sistemáticamente la actividad de las asociaciones intermedias y de los partidos políticos.

En alguna medida, tales pocos votos fueron fruto de una campaña que, de parte de la oposición, tuvo mucho de pedagógico: enseñaba cómo votar. A las mujeres, el diario demócrata *El Epoch* aconsejó no pintarse los labios en la mañana del plebiscito, para evitar que al humedecer la cédula para pegarla antes de ponerla en el ánfora, se pudiese ocasionar manchas que dieran pretexto para pedir nulidades. Junto a eso, los llamados sistemáticos a la cordura y la tranquilidad, provocaron un efecto plebiscitorio ejemplar.

De otra parte, el diseño del plebiscito mismo —con escrutinio en mesa y apodrecido de ambas partes— lo hacía transparente. Bular el resultado pasaba por integrar su curso —hipótesis que se temió en la noche de la consulta, cuando el gobierno no dio resultados durante cuatro horas— a diferencia de México, aquí era imposible fraguar resultados. Tal seguridad también estaba dada por el impresionante conjunto de recursos con que contó la oposición. No sólo las computadoras, sino una red de comunicación que incluía telefax para enviar copias de

las actas de mesa a Santiago, la convirtieron en un celoso guardián de resultados.

Antes, en agosto, la oposición había demostrado cuán bien sabía usar los recursos disponibles. Trasponiéndose, el gobierno dispuso la apertura de dos espacios diarios de 15 minutos cada uno en la televisión, para ser utilizados por ambas posiciones. La norma que aparecía equitativa era groseramente desvirtuada por el control gubernamental de la televisión, que difundía permanentemente "spots" en favor de la opción Sí y, además, convirtió los espacios informativos en vehículos de propaganda oficial. Contra esos vientos de oposición, uso brillantemente sus angostos 15 minutos, transmitidos a las 10:45 a las 11 de la noche, para que medio Chile estuviera durmiendo. No lo estaban.

La campaña del Sí intentó servirse del arma que permitió a Pinochet permanecer 15 años: el miedo. Se buscó atemorizar al ciudadano con una posible vuelta a las divisiones de la Unidad Popular, que se exageraron al punto de casi constituirse como pasado distante. Esta estrategia partió de un hecho real: según una encuesta de la oposición real, 47,9% de los presentes que guardaban recuerdos negativos de años de Allende, negaban de antemano cualquier revancha y promovían la solidaridad. Al ofrecer, con éxito, un producto distinto al pasado, la campaña del No resultó imponiendo esta idea a quienes en las filas de la oposición, sonaban con una vuelta a los términos políticos de 1973. Como si fuera posible.

El No ganó, expresando un rechazo global al régimen y no sólo a Pinochet. Las razones son dobles:

1. El miedo al pasado fue vencido, en buena medida, gracias a la habilidad campañera del Sí. Sus espacios ofrecían alegría y esperanza, negaban de antemano cualquier revancha y promovían la solidaridad. Al ofrecer, con éxito, un producto distinto al pasado, la campaña del No resultó imponiendo esta idea a quienes en las filas de la oposición, sonaban con una vuelta a los términos políticos de 1973.

2. El miedo al futuro se rechazó. La propuesta, en los días inmediatamente previos al plebiscito, la televisión del Estado emitió un documental sobre el período 1970-1973, que pintó negro. Pero el mensaje no entró. En la encuesta ya citada —hecha por el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, vinculado al No— dos de cada tres entrevistados dijeron esperar de la oposición un gobierno diferente al de la Unidad Popular. El miedo se había roto.

Eran cuando menos dos los miedos robustos. Uno, el miedo a Pinochet, al poder militar que se había impuesto arbitrariamente, por encima de opiniones y deseos, tan largo período, el miedo a la omnipotencia de la dictadura. Y el otro, el miedo al pasado, con el cual el gobierno no amenazaba en el caso de que ganara la oposición. Al triunfar el No, quedó roto ese juego de polarización Allende vs. Pinochet, que el gobierno intentaba imponer a la ciudadanía. Puesta a elegir entre los dos, el triunfo del No, puso al gobierno a la defensiva, regateando la cifra.

Peró hay indicadores precisos de que la situación personal de los chilenos difiere del bienestar. En la encuesta del CERC ya citada, un 8,3% admite que sus ingresos cubren sus necesidades y alcanzan para ahorrar; el 36,4% sostiene que les "alcanza justo"; y la mayoría (55%) declara que no son suficientes, en grados que van desde las dificultades hasta las penurias. En otra encuesta, de FLACSO, mientras un 27,5% sostiene que su situación había mejorado desde 1973, el 40% declaraba que había desmejorado y el resto, que se mantenía igual. Las gentes del gobierno pensaron que el buen funcionamiento en el conjunto de la economía era trasladable al voto por el Sí; dejaron de preguntarse por la percepción de bienestar o de falta de él. Esta última seguramente ha sido la

segunda y acaso decisiva razón para votar por el No.

Peró el 43% que votó Sí es varias veces mayor al porcentaje que declaró poder ahorrar y casi dobla a quienes admitieron haber mejorado durante la dictadura. Y si sólo un 6% de los votantes eran militares, policías o familiares directos, ¿cómo explicar esos más de tres millones que votaron por la opción de mandar a Pinochet? No hay respuesta fácil. Pero algunos elementos pueden ayudar.

La inflación se ha rebajado a 10% anual, luego de que los tres últimos gobiernos civiles —el conservador de Alessandri, el demócrata Frei y el socialista de Allende— la llevaran a la estratosfera. La mortalidad infantil bajó de 82 a 19 por mil. Se construyeron miles de casas que los más pobres amortizan mensualmente con cuotas insignificantes. El producto interno bruto creció este año en 6%, logrando que sea un 10% mayor al de 1987 y marcando un progreso que en América Latina es excepcional. Otro éxito en términos comparativos: las exportaciones superaron este año a las importaciones en 1.865 millones de dólares. Más aún, el desempleo se redujo en 1988 a 7,6%, mientras los salarios reales se incrementaban en la misma cifra. Y, si bien simultáneamente, las utilidades de las filas de la oposición, sonaban con una vuelta a los términos políticos de 1973. Como si fuera posible.

El miedo al futuro se rechazó. La propuesta, en los días inmediatamente previos al plebiscito, la televisión del Estado emitió un documental sobre el período 1970-1973, que pintó negro. Pero el mensaje no entró. En la encuesta ya citada —hecha por el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, vinculado al No— dos de cada tres entrevistados dijeron esperar de la oposición un gobierno diferente al de la Unidad Popular. El miedo se había roto.

Contra todo avance todos los chilenos se basan en la abundancia. El sociólogo Eugenio Tironi sostiene que los salarios reales del obrero son inferiores, en 15%, a los de 1970 y que el 80% de los pobladores marginales no ingiere el mínimo de calorías.

El sociólogo Manuel Antonio Gatrell, asesor del Comando del Período de Transición, sostiene que las expectativas y la desconfianza están siendo liquidadas. A su juicio ambigüamente el Partido Comunista, en el cual parecen convivir dos tendencias: el triunfo será el comienzo de la insurrección sino el de la transición. Así luce después del triunfo del No. Y no ha sido fácil.

La otra versión —la insurreccionalista— y, aunque derrotada objetivamente en el plebiscito, no está liquidada. A su juicio ambigüamente el Partido Comunista, en el cual parecen convivir dos líneas, una de las cuales es la que patrocina al Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Los sí, citaré, repiten con otras palabras el principio maestro de "el poder nace del fusil".

El joder también, podría replicarles la oposición que tan cautelosa y prudentemente ha logrado aislarse a Pinochet.

a sus 72 años, con este resultado plebiscitario. Tal posibilidad fue siempre negada por los ultra, bajo el argumento de que los resultados serían fraguados o ignorados por la dictadura. Intentando autocumplir la profecía, llamaron una y otra vez a la insurrección como vía alternativa de las urnas, con lo cual incurrieron en una flagrante provocación a los militares. Estos, en más de una ocasión debieron sentir que los violentistas les darían el pretexto para, por ejemplo, suspender el plebiscito por falta de seguridad.

Que lo consideraron parece ser un hecho, si nos atenemos a la declaración del Departamento de Estado, el día anterior al plebiscito, mostrando su preocupación por esa posibilidad y reafirmando su interés en que el plebiscito se realizará. Claro es que una posición así de Washington tampoco era algo que entrara fácilmente en los brevios comunicistas, de modo que la relación abierta por el embajador Michael Barnes con la oposición —y la significativa financiación de fuentes norteamericanas a la campaña por los Nortenos—, más bien, a reforzar sus sospechas. Sin manifestar incapacidad para entender el campo de juego dejó a los extremistas la audiencia de los sectores más desposeídos y desesperados de la población, donde la fuerza del Frente Manuel Rodríguez no parecía ser despreciable, aunque electoralmente sea menor.

Al fin y al cabo, quien aguantó un fusil no está en el juicio de las armas y mineras. De ahí que a la extrema izquierda no deba proceder demasiado, según la encuesta de FLACSO, 39% se declare dispuesto a votar por la Democracia Cristiana, 27% por el Partido por la Democracia, 16% por el Partido Socialista y sólo 7,3% manifieste inclinación por el Partido Comunista. En cambio, los partidos democráticos sí están preocupados por su baja confiabilidad; según la encuesta de FLACSO, cuatro de cada cinco chilenos creen que las fuerzas armadas entienden que han sido suficientemente lejos y no pueden arrisquiar más su futuro institucional en el país, bajo

el aviso lo hizo la noche misma del plebiscito, al reconocer la victoria del No cuando el gobierno no lo había hecho, y unos días después admitió la posibilidad de cambios en la Constitución, dentro de acuerdo para los fieles al dictador y reclamo de cambios de la oposición gandora. El marino marcó sus distancias a la semana de la derrota, cuando decidió a los periodistas que Pinochet no podía dirigirlos en las elecciones, cuestión que los juristas aún discutían y que pareció así quedar zanjada. Si tales distancias se mantienen porque las fuerzas armadas entienden que han sido suficientemente lejos y no pueden arrisquiar más su futuro institucional en el país, bajo

Quedan por ver los empresarios. Algu-

Los últimos guevaristas

Julio Santucho

**Julio Santucho
LOS ULTIMOS
GUEVARISTAS**
Surgimiento y Eclipsé del
EJERCITO REVOLUCIONARIO
DEL PUEBLO

Las elecciones tendrán lugar dentro de un año, el 14 de diciembre de 1989. ¿La oposición irá a unas unas? Lográrá que el minoritario sector democrático y los gremios empresariales se convierta en hegemonía? Alcanzará a asegurar una cuña entre Pinochet y las fuerzas armadas? Son preguntas demasiado difíciles para ser respondidas aquí con certeza. Pero son las preguntas de cuyas respuestas depende el curso de este año, y, en consecuencia, el de muchos años venideros.

Los partidos políticos chilenos son numerosos y seguir al día los viveretos de sus fraccionamientos y sus alianzas, es algo sumamente complejo para quienes no viven la realidad política chilena. Simplifiquemos.

En febrero de 1988 se constituyó el Acuerdo por el No, al cual adhirieron 16 partidos; entre ellos, el principal es la Democracia Cristiana; directa e indirectamente, también están allí las dos principales fracciones del Partido Socialista.

A la derecha están dos grupos principalmente, que se jugaron por el Sí: Avanza Nacional, que parece ser el núcleo de los "duros" y profesó una suerte de fascismo, y Renovación Nacionalista, que representa a los "blondos". Su líder Sergio Onofre Jarpa fue ministro de Pinochet, pero la noche misma del plebiscito se adelantó a reconocer el triunfo del Sí e incorporarse a una discusión sobre el futuro de Chile en democracia.

A la izquierda hay una gama de parti-

dos reunidos en Izquierda Unida —etiqueta de exportación peruana— algunos de los cuales están en el Acuerdo por el No y otros no. El PC y el MIR están aquí, con el Partido Socialista de Clodomiro Almeyda, representando no solo las posiciones "duras" de izquierda sino la imagen de la Unidad Popular de Allende.

Nada asegura que esta pluralidad calque, con ocasión de las elecciones, el esquema gobernante vs. oposición en torno al cual giró el plebiscito. Se pueden hacer muchas especulaciones, desde que el Comando del Sí se mantenga, como ha anunciado, y lleva un candidato, hasta que la DC pacte un candidato con la derecha moderada de Jarpa y las izquierdas se aglutinen tras una candidatura propia. En este, el juego dependerá de lo que hagan Pinochet y las fuerzas armadas.

No parece ser que las fuerzas armadas —que, nueva ruptura de cliché, fueron hoy bastante antinorteamericanas— continúen expresándose sólo a través de Pinochet. Mientras éste aún procura reponerse del descontento que le provocaron los resultados —los rumores indican que los parlamentarios provenguen de elección directa. La otra es que el congreso elegido pueda modificar la Constitución de manera razonable, sin las varias cortapisas previstas en el texto actual. Sólo uno de cada cinco chilenos considera que la Constitución de 1980 debe mantenerse, anuncian las encuestas, y parecerá que los militares están abiertos a una negociación para introducir cambios.

Debe anotarse al margen que la salida de Pinochet se reclamada en las calles— no es seriamente exigida por el Comando del Sí. "Crearía un peligroso vacío de poder", advierte un aesor del Comando. Tampoco la cuestión de los derechos humanos —que en Argentina alentó una demanda popular de juicios a los militares— aparece como un asunto central, acauso porque en Chile las cifras de las atrocidades fueron menores o porque ha pasado más tiempo.

Quedan por ver los empresarios. Algu-

nos economistas del No juzgan con demasiada facilidad que el capital se atendrá a los resultados. Ven en los empresarios más oportunismo que ideología. Y eso puede ser un error, no solo por la experiencia durante Allende sino por el comportamiento en la reciente campaña.

Si bien es verdad que hubo empresarios por el No, los grandes gremios se inclinaron inequívocamente por el Sí. La Sociedad de Fomento Fabril no vaciló en lanzar dos días antes del plebiscito los resultados de un estudio de difícil hechura, según el cual un eventual triunfo del No equivalía a medio millón menos de empleos en los cinco años siguientes.

La cuantificación aparecía con un nivel de precisión que pretendía verosimilitud y fue presentada, también, como noticia cuando ya la propaganda electoral estaba prohibida. Ricardo Claro, un empresario que presidió el Instituto Cultural Chileno-Norteamericano, en el día siguiente al plebiscito alentó a sus colegas a "perder el miedo". El futuro de la democracia chilena requiere que lo pierdan.

4 Algunas de las democracias reales hacen poco en América Latina pasan por dificultades económicas y políticas tan serias, que el fantasma de un golpe reaparece en el horizonte. Y reaparece no solo por aquello de la presunta condena que sufrimos a los fenómenos abolidos. Esta estrategia parece apuntar ya hacia la crítica más general de los discursos esencialistas que desarrollan en la actualidad. Incluso en la introducción de Política e ideología plantea el problema del "rediseñamiento de clase", tema de importancia central en tu reciente trabajo en colaboración con Chantal Mouffe. Al mismo tiempo,

debe anotarse al margen que la salida de Pinochet se reclamada en las calles— no es seriamente exigida por el Comando del Sí. "Crearía un peligroso vacío de poder", advierte un aedor del Comando. Tampoco la cuestión de los derechos humanos —que en Argentina alentó una demanda popular de juicios a los militares— aparece como un asunto central, acauso porque en Chile las cifras de las atrocidades fueron menores o porque ha pasado más tiempo.

Los economistas por el No, un grupo de alto nivel profesional que jugó un rol importante con ocasión del plebiscito, afirman: "Cualquier modernización se desvializa y pierde legitimidad cuando ella va acompañada de la inseguridad, el temor, la arbitrariedad y la represión que han caracterizado al actual gobierno". No parecen entenderlo así quienes en Lima comparan las performances de Pinochet y García, y se maravillan de los logros chilenos. En parte, el maravillarse se nutre de ignorancia. Entre aquello que no saben los empresarios peruanos no sólo están los terribles costos sociales del llamado "modelo chileno" que lo hacen no duradero, puesto que ni Corea del Sur duró bastante. Además, tampoco saben que los resultados cosechados hoy por Chile son fruto de un zigzaguito acierto/error, en el cual quebraron centenares de empresas, el desempeño abierto paso del 20%, se multiplicó la deuda externa y el estado —que sólo debe ser un árbito, según la escuela de Chicago— en 1982 las carteras vencidas del sistema financiero para evitar su desplome. No es, pues, cierto que los quince años dieron continuidad al modelo; por el contrario, dieron tiempo para enmendar rumbos sin pagar políticamente los costos como en una democracia, puesto que se usó la fuerza para reprimir a quienes protestaron.

También en la Argentina se hablaba de Chile. Y no por simple curiosidad, el país siguió la noche del plebiscito mediante un enlace directo con la televisión del país vecino: se intuyó que en él se jugaba no sólo el futuro de Chile.

En tanto se jugaba el destino de la tradición "total", alguien que buscara en el marxismo una "patria", una visión completa y armónica del mundo para usar los términos de Plejánov. Los "juegos de lenguaje" que jugué con el marxismo fueron siempre más complicados y siempre trataron de articular el marxismo a alguna otra cosa. En mis primeros trabajos publicados en Inglaterra —las críticas a Poultzants y Gunder Frank, por ejemplo— la gente tendió a ver una reformulación más rigurosa de la ortodoxia marxista, pero no creo que haya sido ésta una visión adecuada. En el caso de la crítica de Frank, por ejemplo, si se trata de definir al capitalismo como *modo de producción* para evitar que el concepto pierda todo valor analítico, por otro lado se afirma también que los modos de producción no son un criterio o fundamento, sino que aparecen articulados en totalidades más amplias que son los sistemas económicos —ya en aquella época muchos países, agobiados no solo por sus prolongadas crisis económicas sín por el fracaso de sus líderes políticos. En ese contexto, el plebiscito era una oportunidad singular para los defensores de la vía chilena.

nos economistas del No juzgan con demasiada facilidad que el capital se atendrá a los resultados. Ven en los empresarios más oportunismo que ideología. Y eso puede ser un error, no solo por la experiencia durante Allende sino por el comportamiento en la reciente campaña.

Si bien es verdad que hubo empresarios por el No, los grandes gremios se inclinaron inequívocamente por el Sí. La Sociedad de Fomento Fabril no vaciló en lanzar dos días antes del plebiscito los resultados de un estudio de difícil hechura, según el cual un eventual triunfo del No equivalía a medio millón menos de empleos en los cinco años siguientes.

La cuantificación aparecía con un nivel de precisión que pretendía verosimilitud y fue presentada, también, como noticia cuando ya la propaganda electoral estaba prohibida. Ricardo Claro, un empresario que presidió el Instituto Cultural Chileno-Norteamericano, en el día siguiente al plebiscito alentó a sus colegas a "perder el miedo". El futuro de la democracia chilena requiere que lo pierdan.

Sobre "Hegemonía y estrategia socialista"

Hacia una radicalización de la democracia

Ernesto Laclau

Antes de preguntarte por la utilización que haces de la noción de posmarxismo queríamos que nos hablaras de la genealogía de estas ideas. En tus anteriores ensayos publicados en Política e ideología en la teoría marxista queda claro que abordan los distintos temas —feudalismo y capitalismo en América Latina, la especificidad de lo político, los orígenes del fascismo, la idea de populismo— partiendo de la idea de que tales temas han sido casi siempre abordados con "terrorismo teórico", si puede usarse esta expresión. Lo que pareces sostener es que, en nombre de la claridad paradigmática y la consistencia kírica, se tendió a ignorar la especificidad histórica de los fenómenos abolidos. Esta estrategia parece apuntar ya hacia la crítica más general de los discursos esencialistas que desarrollan en la actualidad. Incluso en la introducción de Política e ideología plantea el problema del "rediseñamiento de clase", tema de importancia central en tu reciente trabajo en colaboración con Chantal Mouffe. Al mismo tiempo,

debe anotarse al margen que la salida de Pinochet se reclamada en las calles— no es seriamente exigida por el Comando del Sí. "Crearía un peligroso vacío de poder", advierte un aedor del Comando. Tampoco la cuestión de los derechos humanos —que en Argentina alentó una demanda popular de juicios a los militares— aparece como un asunto central, acauso porque en Chile las cifras de las atrocidades fueron menores o porque ha pasado más tiempo.

En cuanto a la influencia que tuvieron sobre ti pensadores como Della Volpe y Althusser, la respuesta es similar: fue en la medida que ellos permitían comenzar una moderada ruptura con el carácter totalizante del discurso marxista —la contradicción sobredimensionada en Althusser, la tendencia antidiálectica del pensamiento de Della Volpe— que me sentí atraído por sus obras. En el caso de Della Volpe, creí que mi entusiasmo por su obra, en un cierto momento, fue considerablemente exagerado. Su reducción del historicismo a teleología, su insistencia en la validez de las categorías abstractas del marxismo frente a su articulación a las tradiciones concretas, su incomprendimiento del pensamiento de Gramsci, varió exactamente en la dirección opuesta a lo que yo he intentado hacer en los últimos años. Pero en el caso de Althusser creí que una buena parte de mis trabajos posteriores pueden ser vistos como una radicalización de mi evolución intelectual.

Dejame decirte, en primer lugar, que yo no pienso que haya una tal radical discontinuidad en mi evolución intelectual. De algún modo creo que esa evolución no ha sido sino un proceso de profundización de intuiciones que estaban allí desde el comienzo. La idea de la política como hegemonía y articulación, por ejemplo, es algo que ha acompañado la totalidad de mi trayectoria política.

En tal sentido yo nunca fui un marxista "total", alguien que buscara en el marxismo una "patria", una visión completa y armónica del mundo para usar los términos de Plejánov. Los "juegos de lenguaje" que jugué con el marxismo fueron siempre más complicados y siempre trataron de articular el marxismo a alguna otra cosa. En mis primeros trabajos publicados en Inglaterra —las críticas a Poultzants y Gunder Frank, por ejemplo— la gente tendió a ver una reformulación más rigurosa de la ortodoxia marxista, pero no creo que haya sido ésta una visión adecuada. En el caso de la crítica de Frank, por ejemplo, si se trata de definir al capitalismo como *modo de producción* para evitar que el concepto pierda todo valor analítico, por otro lado se afirma también que los modos de produ-

cción no son un criterio o fundamento, sino que aparecen articulados en totalidades más amplias que son los sistemas económicos —ya en aquella época muchos países, agobiados no solo por sus prolongadas crisis económicas sín por el fracaso de sus líderes políticos. En ese contexto, la tradición marxista se explica, en buena medida, por dos factores: en primer lugar, porque tuvo poco tiempo para madurar intelectualmente en una dirección posmarxista. La ola del 68 creó un nuevo clima histórico que tornó obsoleta toda esa elucidación analítico-interpretativa alejada de los textos sagrados de Marx; pero, en segundo lugar, y esto está conectado con lo anterior, es también necesario recordar que el proyecto althusseriano —el que se intuyó que en él se jugaba no sólo el futuro de Chile— era un intento de renovación teórica interna del Partido Comunista Francés, lo cual fue progresivamente perdiendo sentido en el curso de los años setenta.

En todo caso, en lo que a mí respecta, la deconstrucción de la tradición marxista, no su simple abandono, es lo que resulta importante. La pérdida de la memoria colectiva no es algo para alegrarse, es siempre un hecho traumático y un empobrecimiento. Uno sólo piensa desde

politicización de las relaciones sociales. Todo lo que he tratado de pensar teóricamente más tarde —la dispersión de las posiciones del sujeto, la reconsolidación de las identidades fragmentadas, la reconstitución de las identidades sociales a través del imaginario práctico— es algo que aprendí en esos años en el curso de la militancia práctica. Era evidente para todos nosotros que un planteo estrechamente clasista resultaba insuficiente. Las raíces de mi posmarxismo se remontan a ese período. Pues bien, en esas circunstancias las movilizaciones de 1968 en Francia, Alemania y USA parecieron confirmar esas intuiciones y permitieron ponernos en un terreno histórico y político más amplio. Más tarde ya en Europa, el estudio de los nuevos movimientos sociales a que te refieres me permitió avanzar teóricamente en la dirección que tú conoces a través de Poultzants: se basó, precisamente, en afirmar la irreductibilidad de lo "nacional-poder" a las clases.

En cuanto a la influencia que tuvieron sobre ti pensadores como Della Volpe y Althusser, la respuesta es similar: fue en la medida que ellos permitían comenzar una moderada ruptura con el carácter totalizante del discurso marxista —la contradicción sobredimensionada en Althusser, la tendencia antidiálectica del pensamiento de Della Volpe— que me sentí atraído por sus obras. En el caso de Della Volpe, creí que mi entusiasmo por su obra, en un cierto momento, fue considerablemente exagerado. Su reducción del historicismo a teleología, su insistencia en la validez de las categorías abstractas del marxismo frente a su articulación a las tradiciones concretas, su incomprendimiento del pensamiento de Gramsci, varió exactamente en la dirección opuesta a lo que yo he intentado hacer en los últimos años. Pero en el caso de Althusser creí que una buena parte de mis trabajos posteriores pueden ser vistos como una radicalización de mi evolución intelectual.

En los dos primeros capítulos de Hegemonía y estrategia socialista, Chantal Mouffe y tú construyen una genealogía de Hege monía y estrategia socialista. En ese sentido fué también decisiva mi colaboración con Chantal Mouffe, que hizo contribuciones sumamente importantes a la problemática que estábamos tratando de elaborar conjuntamente (la formulación de una política en términos de "democracia radical"), que figura en la parte final del libro es fundamentalmente una contribución suya).

En los dos primeros capítulos de Hegemonía y estrategia socialista, Chantal Mouffe y tú construyen una genealogía de Hege monía y estrategia socialista. En ese sentido fué también decisiva mi colaboración con Chantal Mouffe, que hizo contribuciones sumamente importantes a la problemática que estábamos tratando de elaborar conjuntamente (la formulación de una política en términos de "democracia radical"), que figura en la parte final del libro es fundamentalmente una contribución suya).

Más que hablar de la "intensidad discursiva inherente a la tradición marxista", yo habría de limitaciones que el marxismo comparte con el conjunto de la tradición sociológica del siglo XIX. La principal limitación a este respecto es el "objektivismo" en la comprensión de las relaciones sociales, que se reduce últimamente a la "metafísica de la presencia" que está implícita en las categorías sociológicas; es decir, el supuesto de que las limitaciones discursivas inherentes a la tradición marxista que impiden que ésta pueda incorporar esa nueva lógica?

Más que hablar de la "intensidad discursiva inherente a la tradición marxista", yo habría de limitaciones que el marxismo comparte con el conjunto de la tradición sociológica del siglo XIX. La principal limitación a este respecto es el "objektivismo" en la comprensión de las relaciones sociales, que se reduce últimamente a la "metafísica de la presencia" que está implícita en las categorías sociológicas; es decir, el supuesto de que la sociedad puede entenderse como un conjunto objetivo y coherente a partir de un fundamento o de leyes de movimiento que pueden ser aprehendidos conceptualmente. Frente a ésto, la perspectiva que defendemos afirma el carácter *constitutivo* y *primordial* de la negatividad. Todo orden social, por consiguiente, sólo se afirma en la medida en que reprime un "exterior constitutivo" que lo niega —que es lo mismo que decir que el orden social no logra constituirse enteramente como orden objetivo. Es en tal sentido que hemos sostenido el carácter revelador del antagonismo: lo que en el antagonismo se muestra es la imposibilidad última de

la objetividad social. Ahora bien, el marxismo se constituyó como concepción esencialmente objetivista, como afirmación de la racionalidad de lo real, en la mejor tradición hegeliana. La historia radicalmente coherente constituida por el desarrollo de las fuerzas productivas y su combinación con diversos tipos de relaciones de producción es una historia sin "afuera". Claro que, desde el comienzo, esta historia tuvo que postular un suplemento no integrable fácilmente a sus categorías: este suplemento es la lucha de clases, es decir el elemento de negatividad y antagonismo. Si la historia es un proceso objetivo, la negatividad no puede ocupar en el lugar alguno; por otro lado, sin negatividad no hay ni teoría ni acción revolucionaria. La "lucha de clases" juega así en la teoría marxista el papel de lo que Derrida ha llamado un "hyphen": la teoría a la vez la requiere y la hace imposible. Pero no tenemos que lamentarnos de esta inconsciente: es gracias a ella que ha habido una historia del marxismo. Y esta historia ha consistido en la progresiva erosión ininteligible. Lo que es positivo y rescabable en el marxismo es el conjunto de categorías –hegemonía, en primer término– que elaboró en el curso de su distanciamiento del objetivismo originario. En cuanto a este último, es necesario regalarlo a donde corresponde: al museo de las antigüedades.

obra de Marx haya que abandonarla en bloques sino desconstruirla, que es algo muy distinto. Pero precisamente porque esa dualidad domina el conjunto de la obra de Marx, y porque de lo que se trata naturalmente es de eliminarla afirmando el carácter primario y constitutivo del antagonismo, es por lo que este último implica adoptar una posición posmarxista y no "volverse más marxista", como tú dices. Es necesario acabar con la tendencia a travestir nuestras ideas presentándolas como si fueran de Marx, y proclamando *urbi et orbi* cada diez agujas que uno ha descubierto al "verdadero" Marx. En alguna parte Paul M. Sweeny dice, muy sensatamente, que en lugar de descubrir lo que Marx quiso decir, el partirá de la presunción simplificadora de que quiso decir lo que dijo:



En el capítulo tres de Hegemonía y estrategia socialista Uds. intentan llenar el espacio teórico abierto por su descontrucción del marxismo. En ésta reconstrucción teórica la noción de "impostibilitad de lo social" y los conceptos de "articulación" y "antagonismo" ocupan un lugar central. ¿Cuál es la significación exacta de estos términos, y de qué modo pueden servir de base para una teoría de la lógica política de la hegemonía?

Los tres conceptos están internalizados. Por la "naturaleza" de lo social" entiendo aquello a lo que me referí antes: la imposibilidad última de todo "objetivismo". Algo es objetivo en la medida en que su "ser" está presente y plenamente constituido. En esta perspectiva las cosas "son" algo determinado, las relaciones sociales "son", y en tal sentido están dotadas de objetividad. Ahora bien, si como lo hemos visto, el antagonismo es el "exterior constitutivo" que acompaña la objetividad de esa manera: el sentido de muchas cosas se nos escapa, el "conflicto de interpretaciones" introduce ambigüedades y dudas acerca del "ser" de los objetos, la sociedad se nos presenta, en gran medida, no como un orden objetivo y armónico sino como un conjunto de fuerzas dispares que no parecen obedecer a ninguna lógica unitaria y unitificante. ¿Cómo hacer compatible esta experiencia del fracaso de la objetividad con la afirmación de una objetividad última de lo real? El pensamiento metafísico –y el sociológico, que no es sino su prolongación– responden optando por la reaffirmación de la objetividad de lo real y por la reducción de sus fallas a un problema de incorrecta o insuficiente aprehensión –es decir, a un problema de conocimiento. Hay un "ser" de los objetos –y de la historia y la sociedad entre ellos– que constituye su realidad última y que está allí, esperando ser descubierto. En el "conflicto de interpretaciones" lo que está en juego no es la construcción del objeto sino su aprehensión correcta: la irracionalidad de la so-

ciedad es mera apariencia ya que, por detrás de sus formas fenomenicas, una racionalidad más profunda está siempre operando. En tal sentido, el progreso del conocimiento es el descubrimiento de estratos cada vez más profundos de objetividad, pero la objetividad como tal no está en cuestión.

Es éste el punto en que nuestro enfoque difiere (y no solamente el nuestro: él no es sino la continuación de una tradición intelectual múltiple que encuentra su expresión, por ejemplo, en una filosofía como la de Nietzsche). El momento de fracaso de la objetividad es, para nosotros, el "exterior constitutivo" de esta última. El movimiento hacia estratos más profundos no revela formas más altas de objetividad sino una contingencia: cada vez más radical. El ser de los objetos es,

del marxismo. Porque el marxismo estaba bien enraizado en la metafísica tradicional de Occidente; era una filosofía de la historia. El desarrollo de la historia era el resultado de "leyes objetivas" que podían ser aprehendidas racionalmente y que eran independientes de la voluntad y de la conciencia de los agentes. La concepción stalinista del "sentido objetivo" de las acciones no es sino la expresión burda y la *reductio ad absurdum* de algo que estaba implícito en el proyecto teórico de Marx. Pero "hegemonía" significa algo muy distinto: significa la articulación contingente de elementos en torno a ciertas configuraciones sociales –los bloques históricos– que no puede ser predeterminada por ninguna filosofía de la historia y que está esencialmente ligada a las fórmulas concretas de los agentes sociales. Por concretas quiero decir específicas, en toda su humildad de individualidad y materialidad, no en tanto encarna el sueldo de los intelectuales: acercarse a una "clase universal". El posmarxismo es, en tal sentido, una radicalización de aquellos efectos subversivos del discurso esencialista que estaban implícitos desde el comienzo de la hegemonía.

Entonces

Volviendo a tus primeros trabajos, en ellos se nota claramente la influencia de Althusser. Por ejemplo, en tus ensayos sobre el fascismo y el populismo subrayas la importancia de la concepción althusseriana de la ideología, en particular de su noción de "interrelación ideológica", para la comprensión de la especificidad de dichos fenómenos sociales. Es interesante observar que esta concepción parece estar emparejada con la noción de "discurso" en Hegemonía y estrategia socialista.

Y

Cídates son las características centrales de tu noción de "discurso", y de qué manera defiendes el concepto de "ideología" de Althusser? Para plantearlo en términos más generales, ¿puedes evitar que la noción de "discurso" adquiera el estatuto de una categoría esencialista?

por consiguiente, radicalmente histórico, y la "objetividad" es una construcción social. Es en tal sentido que la sociedad no existe: en la medida en que la objetividad, como sistema de diferencias que establece el ser de entidades, muestra siempre las huellas de su arbitrariedad última y sólo existe en el movimiento pragmático –y por tanto siempre incompleto– de su afirmación.

La contingencia radical de lo social se muestra, según hemos afirmado, en la experiencia del antagonismo. Si la fuerza que me antagoniza niega mi identidad, el mantenimiento de esa identidad depende del resultado de una lucha; y si el desenlace de esa lucha no está garantizado por ninguna ley apriori de la historia, en ese caso toda identidad tiene carácter contingente. Ahora bien, si como lo hemos visto, el antagonismo es el "exterior constitutivo" que acompaña la objetividad de esa manera: el sentido de muchas cosas se nos escapa, el "conflicto de interpretaciones" introduce ambigüedades y dudas acerca del "ser" de los objetos, la sociedad se nos presenta,

en términos de una categorización social, no como un orden objetivo y armónico sino como un conjunto de fuerzas dispares que no parecen obedecer a ninguna lógica unitaria y unitificante. ¿Cómo hacer compatible esta experiencia del fracaso de la objetividad con la afirmación de una objetividad última de lo real? El pensamiento metafísico –y el sociológico, que no es sino su prolongación– responden optando por la reaffirmación de la objetividad de lo real y por la reducción de sus fallas a un problema de incorrecta o insuficiente aprehensión –es decir, a un problema de conocimiento. Hay un "ser" de los objetos –y de la historia y la sociedad entre ellos– que constituye su realidad última y que está allí, esperando ser descubierto. En el "conflicto de interpretaciones" lo que está en juego no es la construcción del objeto sino su aprehensión correcta: la irracionalidad de la so-

tivas en Marx); o, b) considerar que esas estructuras prácticas-disursivas no encubren ninguna objetividad más profunda que las trascienda y, a la vez, las exprese sino que son formas sin misterio, intentos pragmáticos de subsumir lo "real" en el cuadro de una objetividad simbólica que será siempre finalmente desbordada. La primera solución sólo tiene sentido en el contexto de la metafísica tradicional, que en la medida en que afirma la capacidad radical del concepto de aprehender lo real, era esencialmente ideológica. La segunda solución, por el contrario, implica sostener que entre lo real y el concepto hay una asimetría insuperable y que lo real, por tanto, sólo se mostrará en la distorsión de lo conceptual.

Este vía que es, en mi opinión, la vía de un materialismo correctamente entendido, implica afirmar el carácter disursivo de toda objetividad: si lo real fuera transparente al concepto, en ese caso entre la objetividad de lo conceptual y la objetividad de lo real no habría distinción posible, y lo discurso sería el medio neutro de presentación de esa objetividad a la conciencia. Pero si la objetividad es discursa, si todo objeto *qua objeto* se constituye como objeto de discurso, en ese caso habrá siempre un "exterior", un margen que no se deja aprehender, que limita y distorsiona lo "objetivo" y que es, precisamente, lo real. Esto le hace ver claramente, espero, que una categoría como la de "ideología", en su sentido tradicional, no tiene lugar en nuestra perspectiva teórica. Toda topografía supone un espacio dentro del cual tiene lugar la distinción entre regiones y niveles; esto implica, por tanto, un cierre de la totalidad social, que es lo que permite a ésta ser aprehendida como estructura inteligible, y que asigne identidades precisas a sus regiones y niveles. Pero si toda objetividad es sistemáticamente desbordada por un exterior constitutivo, en ese caso cualquier forma de unidad, articulación y jerarquización que pueda existir entre las diversas regiones y niveles será el resultado de una construcción contingente y pragmática, y no una conexión esencial que deba ser reconocida. En tal sentido, es imposible determinar a priori qué algo es la "superestructura" de ninguna otra cosa. El concepto de ideología puede sin embargo mantenerse, incluso en su sentido de "falsa conciencia", si por esta última se entiende esa ilusión de "ciere", de "clausura", que es el horizonte imaginario que acompaña la instauración de toda objetividad. Esto también te muestra porqué nuestro concepto de "discurso" no tiene el estatus de una categoría esencialista: no obstante todo el reconocimiento de su "materialidad", es una superestructura, una categoría regional de la totalidad social; su concepto, por tanto, esencialmente topográfico. Para nosotros, "discurso" no es un concepto topográfico sino el horizonte de constitución de todo objeto. La actividad económica es, por tanto, tan discursa como las ideas políticas o estéticas. Producir un objeto, por ejemplo, es establecer un sistema de relaciones entre materia prima, herramientas, etc.; que no está simplemente dado por la mera materialidad existencial de los elementos intervenientes. El carácter primario y constitutivo de lo discurso es, por tanto, la condición de todo práctico. Y es a partir de este punto donde se produce la divisoria de aguas fundamental: el momento de creación es radical –*creatio ex nihilo*– y ninguna práctica social, ni siquiera los más humildes actos de nuestra vida cotidiana, es enteramente repetitiva. La "articulación", en tal sentido, es el nivel ontológico primario de constitución de lo real. Y esto se hace a través de la existencia de sus fallas a un problema de incorrecta o insuficiente aprehensión –es decir, a un problema de conocimiento. Hay un "ser" de los objetos –y de la historia y la sociedad entre ellos– que constituye su realidad última y que está allí, esperando ser descubierto. En el "conflicto de interpretaciones" lo que está en juego no es la construcción del objeto sino su aprehensión correcta: la irracionalidad de la so-

tivas en Marx); o, b) considerar que esas estructuras prácticas-disursivas no encubren ninguna objetividad más profunda que las trascienda y, a la vez, las exprese sino que son formas sin misterio, intentos pragmáticos de subsumir lo "real" en el cuadro de una objetividad simbólica que será siempre finalmente desbordada. La primera solución sólo tiene sentido en el contexto de la metafísica tradicional, que en la medida en que afirma la capacidad radical del concepto de aprehender lo real, era esencialmente ideológica. La segunda solución, por el contrario, implica sostener que entre lo real y el concepto hay una asimetría insuperable y que lo real, por tanto, sólo se mostrará en la distorsión de lo conceptual.



tra para constituirse plenamente como total. Pero en la formulación althusseriana, con todo su spinismo inspirado, lo central es la producción del "efecto suyo" como momento interno del proceso de reproducción de la totalidad social.

En lugar de ver en la "identificación" un proceso ambiguo que muestra los límites de la objetividad, aquella pasa a ser exactamente lo contrario: un requerimiento interno de la objetividad en el proceso de su autogobernación. (En términos spinonianos: el sujeto es sustancia).

En el último capítulo sostienen que lo que subyace a las luchas políticas por una identidad de ordenamiento social fundado en los Derechos del hombre y del ciudadano, sin embargo de que estos derechos son concebidos como aquéllos de una universalidad abstracta que puede expandirse en las direcciones más diversas. Afirman los derechos de los pueblos en su autodeterminación supone la legitimidad de los discursos de la igualdad en la esfera internacional, y éstos no son discursos "naturales", sino que tienen condiciones de posibilidad y una génesis específica. Por eso mismo que es ilegítimo oponer el "universalismo" de los valores occidentales a la especificidad propia de las diversas culturas y tradiciones nacionales, ya que afirmar la legitimidad de estas últimas en términos distintos que los de una xenofobia irracional supone aceptar la validez de discursos acerca de –volviendo al ejemplo– los derechos de las naciones a la autodeterminación, que sólo puede plantearse en términos "universalistas".

No, el imaginario democrático es lo opuesto a toda forma de esencialismo. Afirman la esencia de algo consiste en afirmar su identidad positiva y en la medida en que toda identidad es relacional, la identidad positiva consiste en señalar sus diferencias con otras identidades. Es sólo en la medida en que el señor es diferente del sirviente que su identidad como señor se constituye. Pero en el caso del imaginario democrático lo que ocurre es distinto: lo que se afirma no son identidades que no responden a la autodeterminación, que sólo puede plantearse en términos "universalistas". El problema del "etnicismo" se presenta, por tanto, de modo considerablemente más complejo que en el pasado. Por un lado, hay una "universalización" de la historia y de la experiencia política que es irreversible. La interdependencia económica, tecnológica, cultural, etc., entre las naciones, implica que toda identidad, aun la más nacionalista o regionalista que se quiera, tiene que construirse como especificidad o alternativa en un terreno que es internacional y que está pene trado, en buena medida, por valores y tendencias universalistas. La afirmación de una identidad nacional, regional o cultural en términos de simple "retiro" o existencia segregada es, hoy día, una posición simplemente absurda. Pero, por otro lado, esa misma pluridimensionalidad de sus valores, pero que, por eso mismo, no se limita ni se limita con sus posibilidades para ninguna fatalidad de la historia. Ya no nos consideramos como las sucesivas encarnaciones del Espíritu Absoluto –la Ciencia, la Clase, el Partido– sino como simples hombres y mujeres que pensamos y actuamos en un presente que es siempre transitorio y limitado; pero esa misma limitación es la condición de nuestra fuerza: podemos ser nosotros mismos y considerarnos como los constructores de nuevos mundos sólidos en la medida en que

puede haber formas de articulación absolutamente originales que construyen nuevas identidades colectivas sobre la base de hegemones elementales tecnológicos, jurídicos, científicos, etc., diversos, por parte de complejos nacionales/culturales muy distintos. Que ha habido durante los dos últimos siglos una "occidentalización" del mundo a través de una revolución tecnológica, económica y cultural que comenzó en Europa, es un hecho evidente; que esas transformaciones sean intrínsecamente occidentales y que los otros pueblos sólo puedan oponer una resistencia puramente externa y defensiva como modo de defensa de su identidad nacional y cultural, me parece esencialmente falso y reaccionario. El verdadero etnocentrismo no reside en afirmar que la universalización de valores, técnicas, control científico, procesos irreversibles, sino en sostener que estos procesos están fijados por un vínculo esencial e innato a la etnia "occidental".

El posmodernismo es sin duda uno de los tópicos centrales de la producción crítica de los últimos tiempos. ¿Consideras que es un tema importante? De ser así, ¿cómo definirías esa constelación de discursos y prácticas? ¿De qué modo stendrías que tu propia teoría está relacionada con la lógica de la posmodernidad?

El debate en torno a la posmodernidad ha abarcado tanto el tema de tenerlo o no necesariamente más integrados unos con otros, y no todos ellos son relevantes para nuestro proyecto teórico-político. Hay, sin embargo, un aspecto central, común a los diversos enfoques caracterizados como posmodernos y que el que nuestra perspectiva teórica está o no posmodernamente orientada, es la que podemos denominar críticas al fundamentalismo de los proyectos emancipatorios de la modernidad. Desde mi punto de vista esto no implica un abandono de los valores humanos o políticos del proyecto de la Ilustración, sino una modulación distinta de su autoconstitución. (En términos spinonianos: el sujeto es sustancia).

La Universidad de los valores y un sistema de organización social, sino una cierta influencia, o cierto debilitamiento del tipo de validez que se atribuye a toda organización y a todo valor.

No hay aquí ningún escepticismo: "debilidad" es el condimento de valores y de formas de organización significa también ampliar el área de los juegos estratégicos que es posible jugar con ellas y ampliar, por consiguiente, el campo de la libertad. Esto me condujo a tu segunda pregunta.

La Universidad de los valores de la Revolución francesa reside, no en el hecho de haber propuesto un cierto tipo de ordenamiento social fundado en los Derechos del hombre y del ciudadano, sino en el hecho de que estos derechos son concebidos como aquéllos de una universalidad abstracta que puede expandirse en las direcciones más diversas. Afirman los derechos de los pueblos en su autodeterminación supone la legitimidad de los discursos de la igualdad en la esfera internacional, y éstos no son discursos "naturales", sino que tienen condiciones de posibilidad y una génesis específica. Por eso mismo que es ilegítimo oponer el "universalismo" de los valores occidentales a la especificidad propia de las diversas culturas y tradiciones nacionales, ya que afirmar la legitimidad de estas últimas en términos distintos que los de una xenofobia irracional supone aceptar la validez de discursos acerca de –volviendo al ejemplo– los derechos de las naciones a la autodeterminación, que sólo puede plantearse en términos "universalistas". El problema del "etnicismo" se presenta, por tanto, de modo considerablemente más complejo que en el pasado. Por un lado, hay una "universalización" de la historia y de la experiencia política que es irreversible. La interdependencia económica, tecnológica, cultural, etc., entre las naciones, implica que toda identidad, aun la más nacionalista o regionalista que se quiera, tiene que construirse como especificidad o alternativa en un terreno que es internacional y que está penetrado, en buena medida, por valores y tendencias universalistas. La afirmación de una identidad nacional, regional o cultural en términos de simple "retiro" o existencia segregada es, hoy día, una posición simplemente absurda. Pero, por otro lado, esa misma pluridimensionalidad de sus valores, pero que, por eso mismo, no se limita ni se limita con sus posibilidades para ninguna fatalidad de la historia. Ya no nos consideramos como las sucesivas encarnaciones del Espíritu Absoluto –la Ciencia, la Clase, el Partido– sino como simples hombres y mujeres que pensamos y actuamos en un presente que es siempre transitorio y limitado; pero esa misma limitación es la condición de nuestra fuerza: podemos ser nosotros mismos y considerarnos como los constructores de nuevos mundos sólidos en la medida en que

dioses hayan muerto. Ya no hay un Logos, externo a nosotros, cuyo mensaje debamos desentrañar en los instintivos de un mundo opaco.

Teniendo en cuenta que ustedes describen a la *hegemonía* como un campo de prácticas artificiales y antagonismos que se organizan alrededor de diversos puntos nodales, se podría suponer que las luchas culturales deberían ocupar un lugar de suma importancia en la teoría. Sin embargo, prácticamente todos los ejemplos de luchas democráticas que utilizan son ejemplos específicamente políticos. ¿Qué lugar ocupa la lucha en las artes? ¿Cuál crees que es el papel de las formas culturales de mesa?

Sí, tienen razón. El campo de las luchas culturales tiene un papel fundamental en la construcción de las identidades políticas. La *hegemonía* no es un tipo de articulación limitado al campo de la política en sentido estrecho sino que implica la construcción de una nueva cultura —es necesario pasar de una cultura centrada en lo absoluto— que nega por tanto la dignidad de lo específico—a una cultura de la irreverencia sistemática. (*Genéalogía*, “deconstrucción” y otras estrategias similares, son formas de poner en cuestión la dignidad de la “presencia”, de los “origenes”, de la forma).

*Quisiéramos hacerles algunas preguntas sobre el papel del posestructuralismo en tu trabajo en particular, y sobre la política del posestructuralismo en general. Algunas de las ideas de tu último libro con *Centaur Mouffe* presentan una afinidad evidente con ciertos planteos posestructuralistas, en particular de Foucault y de Derrida. Ahora bien, las concepciones posestructuralistas del lenguaje, la historia, etc., han sido más de las ya tachadas de implícitamente nihilistas y apóliticas y cuando se las considera políticas, se las acusa de engañosas o autoritarias. Si bien esa suerte de acusaciones parecen difícilmente creíbles, es verdad, en cambio, que plantea algunos interrogantes sobre la política del posestructuralismo. A partir de tu propio compromiso con la democracia radicalizadora, ¿cuáles crees que son las posibilidades*

de construcción de la subjetividad que existen en nuestra civilización. Es necesario pasar de formas culturales que se construyen como búsquedas de lo universal en lo contingente, a otras que se orienten en una dirección diametralmente opuesta: es decir, que intenten mostrar la contingencia esencial de toda universalidad, que construyan la belleza de lo específico, de lo irrepetible, de lo que transgrede la norma. Hay que reducir al mundo a su “escala humana”. Desde Freud sabemos que ésta no es una tarea imposible, que el deseo a partir del cual esta empresa, o más bien ésta constelación de empresas culturales pueda emprenderse; sin embargo, prácticamente todos los ejemplos de luchas democráticas que utilizan son ejemplos específicamente políticos. ¿Qué lugar ocupa la lucha en las artes? ¿Cuál crees que es el papel de las formas culturales de mesa?

y los límites del posestructuralismo (*de la desconstrucción en particular*) para la prosecución de ese proyecto?

En primer término, seamos claros acerca de un punto: no hay algo que se pueda llamar una política del posestructuralismo. La idea de que los enfoques teóricos constituyen “sistemas” filosóficos, con una continuidad ininterrompida que va desde la metafísica a la política, es una idea del pasado, que corresponde a una concepción racionalista y, en última instancia, idealista del conocimiento. En el punto más alto de la metafísica occidental se afirmó, como sabes, que “la verdad es el sistema”. Hoy sabemos, por el contrario, que no hay “sistemas”; que los que se presentan como tales solo logran hacerlo al precio de ocultar sus discontinuidades, de contrabandear en su estructura todo tipo de articulaciones pragmáticas y de supuestos no explícitos. Es este juego de conexiones ambiguas —no al descubrimiento de sistemáticas subyacentes— el que constituye la fuerza de la circulación de significantes. Esta lógica del significante—para usar la expresión lacaniana—está íntimamente ligada a la politización creciente de lo social, que es el rasgo más característico de las sociedades democráticas. Pero el pensar esta indeterminación y contingencia democrática como constitutivas, implica poner en cuestión la metafísica de la presencia, y esto significa reorientar la preexistencia, y con ello convertir la crítica posestructuralista del signo en una crítica del presupuesto carácter cerrado de cualquier objividad.

Segundo, pasando más estrictamente al problema de la deconstrucción al que te refieres, la posibilidad de construir toda identidad es la condición de afirmación de su historicidad. Deconstruir una identidad significa mostrar el exterior constitutivo que la habita—es decir, exterior que constituye esa identidad y, a la vez, la potencia que remplaza en su visión a la dualidad base superestructura, se funda enteramente en articulaciones hegemónicas políticas que se mueven en la dirección de una democracia radicalizada. (Y aquí, en rigor, no habría que limitarse al posestructuralismo en sentido estricto: la filosofía posanalítica a partir de la obra del último Wittgenstein, la radicalización del

proyecto fenomenológico en la obra de Heidegger, se mueven en una dirección esencialmente similar).

Si nos centramos, pues, no en una supuesta —y mítica— conexión esencial entre posestructuralismo y democracia radicalizada, sino en la posible articulación en las posibilidades que el posestructuralismo abre para pensar y profundizar el proyecto de una democracia radicalizada, creo que debemos mencionar fundamentalmente cuatro aspectos. *Primero*, la posibilidad de pensar, en toda su radicalidad, el carácter indeterminado de la democracia, que ha sido señalado en numerosas discusiones recientes, especialmente en los trabajos de *Clifford Lefort*. Si es una noción jerárquica el carácter diferencial de las posiciones de los agentes tiende a establecer una fina jerarquía entre significantes y articulaciones sociales, en una sociedad democrática en el lugar del poder se transforma en un lugar vacío. La lógica democrática de la igualdad, por tanto, al no adherirse a ningún contenido concreto, tiene a tornarse una lógica pura de la circulación de significantes. Esta lógica del significante—para usar la expresión lacaniana—está íntimamente ligada a la politización creciente de lo social, que es el rasgo más característico de las sociedades democráticas. Pero el pensar esta indeterminación y contingencia democrática como constitutivas, implica poner en cuestión la metafísica de la presencia, y esto significa reorientar la preexistencia, y con ello convertir la crítica posestructuralista del signo en una crítica del presupuesto carácter cerrado de cualquier objividad.

Segundo, pasando más estrictamente al problema de la deconstrucción al que te refieres, la posibilidad de construir toda identidad es la condición de afirmación de su historicidad. Deconstruir una identidad significa mostrar el exterior constitutivo que la habita—es decir, exterior que constituye esa identidad y, a la vez, la potencia que remplaza en su visión a la dualidad base superestructura, se funda enteramente en articulaciones hegemónicas políticas que se mueven en la dirección de una democracia radicalizada. (Y aquí, en rigor, no habría que limitarse al posestructuralismo en sentido estricto: la filosofía posanalítica a partir de la obra del último Wittgenstein, la radicalización del

Aristóteles denominara *phronesis*. Y ésta es la única fuente de lo social y que es a través de ellas que lo social se constituye. Si en las concepciones tradicionales de una democracia radical, la transparencia de lo social era la condición de una liberación apodicta, es eminentemente pluralista. La sociedad sólo tiene la racionalidad relativa—valores, formas de cálculo, secuencias argumentativas—que se construye colectivamente como tradición, y que puede por tanto ser siempre transformada y contestada. Pero, en tal sentido, la expansión de las áreas de lo social que dependen menos de un fundamento racional inapelable y que se fundan, por tanto, en una construcción comunitaria, es una condición de la radicalización de la democracia. Prácticas tales como la deconstrucción, o los juegos de lenguaje de Wittgenstein, cumplen así la función de incrementar nuestra conciencia del carácter socialmente constituido de nuestro mundo, y abren la posibilidad de una radicación a través de decisiones colectivas. De modo de que antes era concebido como establecido para siempre por Dios, o por la Razón o por la Naturaleza Humana. Todos estos son nombres equivalentes en su función de poner el destino de los seres humanos más allá del alcance de sus decisiones.

Tercero, el sistemático debilitamiento de todo esencialismo nos abre el camino para una recuperación de la tradición radical, incluida la del marxismo, como una parte de ella. El anti-esencialismo como perspectiva teórica tiene una genealogía que pasa también por las diversas tradiciones políticas radicales. En los capítulos iniciales de *Hegemonía y estrategia socialista* hemos intentado mostrar cómo la desagregación de los paradigmas esencialistas no es simplemente una crisis al marxismo, sino también un movimiento en el interior del marxismo. La concepción sorelliana del mito, por ejemplo, se funda en una antiesencialismo radicalizado, pero el pensar esta indeterminación y contingencia democrática no hay un “en sí” objetivo de lo social, si al margen de la reconfiguración mitica de las identidades y de las relaciones que tienen lugar a través de los enfrentamientos violentos entre los grupos. Y la “hegemonía” en Gramsci se mueve en la misma dirección: la noción de bloque histórico, que remplaza en su visión a la dualidad base superestructura, se funda enteramente en articulaciones hegemónicas políticas que se mueven en la dirección de una democracia radicalizada. (Y aquí, en rigor, no habría que limitarse al posestructuralismo en sentido estricto: la filosofía posanalítica a partir de la obra del último Wittgenstein, la radicalización del

intelectual para llevar adelante el proyecto de democracia radicalizada. La función del intelectual—o más bien de su intelectualidad—no es, en tal sentido, sino la extensión de esta función articulatoria a áreas crecientes de la vida social. Pues bien, ¿qué es nuestro enfoque sino una concepción antiesencialista del todo social fundada en la categoría de articulación? En segundo lugar, por el hecho mismo de que las “ideologías orgánicas” en Gramsci juegan este papel central, la función intelectual se extiende desmesuradamente respecto de lo que ella había sido en los debates disputados del marxismo clásico. Si un bloque histórico sólo cimenta su unidad orgánica a través de una ideología

práctica y pragmática, los que no excluirán cierto aspecto utópico o mítico (en el sentido sorelliano), que le está dada por su dimensión de horizonte.

Es a esta última dimensión a la que quisiera referirme, con algunas observaciones finales. Si los intelectuales—considerados ahora a su sentido tradicional y restringido—han de jugar un papel positivo en la construcción de las nuevas formas de civilización que comenzamos a vislumbrar y no han de ser responsables de una nueva *trahison des clercs*, ellos deben construir las condiciones de su propia disolución como casta. Es decir, que debemos tener cada vez menos “grandes intelectuales” y más “intelectuales orgánicos”. La idea del “gran intelectual” estaba ligada a una función de reconocimiento; la tarea del intelectual estaba inseparablemente unida al concepto clásico de verdad. Porque se pensaba que había una verdad intrínseca de las cosas que se revelaba a ciertas formas particulares de acceso que eran el coto privado del intelectual: éste recibía el conjunto de privilegios que lo constituyan en una casta. Pero si hoy consideramos que toda verdad es relativa a una formación discursiva, que toda elección entre discursos sólo es posible sobre la base de construir nuevos discursos, la “verdad” es esencialmente pragmática y, en tal sentido, se democratiza. Porque hoy sabemos que lo social es articulación y discurso, la dimensión intelectual no tiene un carácter de reconocimiento sino de construcción. En consecuencia, la actividad intelectual no puede ser el coto exclusivo de una élite de grandes intelectuales: ella emerge de todos los puntos del tejido social. Si el “sistema” fue la expresión característica, el punto más alto y el ideal de conocimiento del intelectual tradicional, las formas nuevas de pensamiento comienzan a ser no sólo asistemáticas sino esencialmente anti-sistemáticas: se construyen a partir del reconocimiento de su propia contingencia e historicidad. Pero en este movimiento general de muerte de los dioses, de las ideologías salvadoras y de los grandes sacerdotes del intelecto, ¿nos estamos permitiendo a cada hombre y a cada mujer asumir plenamente la responsabilidad de su propia contingencia y de su propio destino?

Plural 12

Justicia en Democracia

Revista de la Fundación Plural para la participación democrática

Santiago Kovadloff
Genaro Carrillo
Julio C. Cueto Rúa
Ricardo Etelmann
Carmen R. Moncayo
María Oyarzún
Enrique Páizao
Andrés José D'Alessio
Grisolia
Julio Oyanarte
Hugo Raúl Galmarini
Pedro Bohmer
Ricardo Gómez
Alberto M. Binder
Ricardo A. Guborgh
Alejandro Calleja
Juan Carlos López
Luis G. Moreno Ocampo
Alberto Antonio Spota
Juan Alberto Sanguineti
E. Fernández Moore
Nelson Domínguez
Héctor Grossi
Kalondi

LA IMAGEN — I.B. SINGER — **EL HOMBRE DE LA URSS** — V. NABOKOV — **LA MEMORIA DE ABRAHAM** — M. HALTER — **EL INGENUO** — VOLTAIRE — **PRIMER ENCUENTRO** — BELLA CHA GALL — **OPERA DE MUERTOS** — A. DOURADO — MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA — A.C. RESEN DE — JARDIN CENIZAS — D. KIS — **LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUVO** — B. HRABAL — ANSAY — M. CARRERAS — **SITUACION DE PELIGRO** — G. SACCOMANNO — **EL VESTIDO ROSA** — C. AIRA — CONVERGENCIAS — H. FO GUET — **HISTORIAS SECRETAS** — A. BONOMINI — **AQUÍ YACE UNA DAMA** — M. BOTTA — **LAS PUERTAS DEL ESTE** — E. MAR RENGO — **EL SITIO DE KELANY** — M. COHEN — **CANON DE AL COBA** — T. MERCADO — **LOS TRAJDORES** — SILVINA OCAMPO Y J. R. WILCOCK — **LA CIUDAD Y LA CASA** — N. GUINZBURG — **YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA** — B. HRABAL — **CARTAS A MIS AMIGOS** — S. ZWEIG — **NUESTRO DR. QUINCEY — NUESTRO STEVENSON — NUESTRO KIPLING** — **SELECCION DE J. L. BORGES** — A. BIOTY CASARES

Ada Korn Editora

Libros

El peso de la culpa

Varios Autores
Historikerkolloquium
(La querella de los historiadores)
Múnich, Piper, 1988

Traducción francesa:
Devant l'histoire,
Introducción de Luc Ferry
Paris, Cerf, 1988

Edición italiana:
Germania: un passato
che non passa
Introducción de Gian
Enrico Rusconi
Turín, Einaudi, 1987

Traducción parcial
en español:
Alemania y su pasado
histórico en Debats 21
Valencia, Ediciones
Alfonso el Magnánim, 1987

"No es fácil ser los hijos de los autores del holocausto", escribió en el mes de junio de 1988 Christian Meier, presidente de la Asociación Alemana de Historiadores. Entonces aún no sabía hasta qué punto estas palabras se iban a ver confirmadas. Un mes después estalló en Alemania la polémica que hoy es conocida con el nombre de la querella de los historiadores.

En un primer momento el debate se centró en torno al significado que se debía dar a los campos de exterminio dentro de la historia de Alemania. ¿Está crimen, que ha estigmatizado tanto a este país, es absolutamente único en el pasado de la humanidad? No, contestaron algunos historiadores; ha habido genocidios en todas las épocas. Si, alegaron otros; el crimen consciente y apicado con modos industriales sobre toda una categoría de la población es incomparable y no puede disculparse. Se discutió apasionadamente, aduciendo que en otras épocas otros pueblos han cometido también atrocidades.

Lo que es indudable es que a una parte considerable de la población alemana le gustaría sentirse libe-

rada de los sentimientos de culpa que le han embargado durante los últimos 40 años. Frieder-Josef Strauß se hizo eco de esto, cuando en 1987 dijo: "Necesitamos volver a andar con la cabeza bien alta". Un año antes, la visita de Ronald Reagan al cementerio de Bitburg, en el que no sólo estaban enterrados soldados alemanes muertos en la Segunda Guerra Mundial, sino también miembros de las SS, provocó encendidas reacciones. Lo que hubiera tenido que ser un gesto de reconciliación abrió un abismo insoslayable entre diferentes puntos de vista, suscitando en muchos el temor de que de 40 años de storia democrática no habían conseguido cerrar la herida de los antiguos pecados.

En este escenario estalló la discordia entre los historiadores alemanes. Durante todo un año la polémica ha ocupado las páginas de periódicos y revistas, así como siguiendo dominando los congresos y encuentros de los especialistas. Recientemente, en la editorial alemana Píper se ha publicado una colección de los textos más importantes del debate, de lo que hasta ahora se han vendido más de 50.000 ejemplares. Que ya ha sido traducida al francés. La polémica es amplia, en su introducción, Lucy Ferry no duda en relacionar este debate con el caso Heidegger, maestro de uno de los históricos revisionistas, y con la crítica, según él "parvula", que estos orientes actuales hacen contra el racionalismo de la época moderna.

La polémica, sin embargo, no había adquirido aún una perspectiva tan amplia cuando el filósofo Jürgen Habermas abrió el fuego contra los "revisionistas logísticos" que a su parecer, se revelaban en la reciente historiografía alemana dedicada al estudio del nazismo. No se trataba de un revisionismo que intentara negar los crímenes cometidos en los campos

de exterminio. Los historiadores reconocían plenamente los hechos y su carácter atroz, pero pretendían contextualizarlos y no querían que pudieran ser algunas maneras de comprender las actuales generaciones.

Habermas dirigió sus críticas contra los argumentos del historiador

taña y lucharán al lado de la democracia".

La respuesta de Habermas, apoyado por los historiadores Eberhard Jäckel y Joachim Rückerl, es consistente. Incluso desde un punto de vista meramente técnico, esta interpretación era inaceptable. Por otra parte, tampoco se podía admitir que la

ron posible que los hornos crematorios polacos siguieran ardiendo hasta el último momento. Para el historiador Andreas Hofergruber, la tesis de Habermas simplemente lo que se esperaba de ellos, es decir, proteger a la población civil de las regiones orientales del Reich. Por tanto, su actuación fue moral-

fuerte, capaz de hacer frente a las amenazas y presiones del Este.

Con ello se retorna a una concepción que hasta la Guerra Mundial gozó de particular éxito en Alemania: la Alemania central como el imperio central que constituye el freno natural contra las agresiones procedentes de Rusia. Esta presión explicaba además el carácter antidecolonial del estado prusiano.

También Habermas se inclinó en la difícil situación con los alemanes mantienen con su pasado. Según su opinión, la historia del período nazi se ha escrito desde el punto de vista de los vencedores.

Esta necesidad de recuperar una relación con el pasado que habían perdido aisló a Habermas de una posición actual en la República Federal de Alemania. De hecho, ha constituido el verdadero marco de toda la querella de los historiadores.

Por una parte, el exterminio es algo inhumano y deshonorable, un elemento inherente del pasado alemán. La culpa del holocausto es aboluta, y precisamente este carácter absoluto impide que los alemanes lo reconozcan plenamente como parte de su historia.

Estas cuestiones inauguran una serie de debates más importantes del debate: el problema de la identificación. ¿Desde qué punto de vista tiene que considerarse la culpabilidad del holocausto?

El historiador Michael Stürmer, influyente publicista y consejero del canciller Kohl, se opone a todo intento de plantear el problema de la relación con el pasado.

Algunos historiadores que han participado en el debate consideran que aún tendrá que pasar mucho tiempo antes de que se dé por clausurada la polémica finalmente, porque lo que ahora está en juego no es el carácter único de Auschwitz, sino el hecho de que el pueblo alemán tiene que aprender a vivir con un pasado que le es inaceptable. Y el problema no se resuelve ni dentro del campo nazi ni dentro del mundo alemán, que comienza absolutamente demócrata, y por tanto ajeno a la propia historia, ni aceptándolo tras eliminar de él los aspectos más abyectos. Evidentemente, la querella de los historiadores actual no será la última etapa de la memoria histórica.

El mismo reproche se ha lanzado contra los soldados del frente oriental, que con su tenaz resistencia frente a los rusos hicieron

to liberado de corssets, la autoridad científica en función de la gobernabilidad y la crisis, y el cuadricular en acádemes e ítems de prolijia metodológica, todo lo cual ha dejado un mundo (apenas) aspira a ser complejidad, mixtura, bendición de lo indecible, y que la sociología (presta y aclaradamente) adormece, repiega y racionaliza desde alguna matriz teórica revisada, ahora que el resto de las intelectuales y hombres-investigando, la revista David y Goliath que desde 1984 edita CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) bajo el estilo perfilar de su actual secretario general, Federico Soto, plasmó en sus ocho números un impresionante, y hasta tardío, aire de apertura hacia otros lados. De irreverencia frente a lo disciplinario. De aventura del pensamiento en-sayístico en los márgenes, y de capacidad de dibujar para establecer la "realidad latinoamericana perdida" por el agotamiento, el exceso, la retórica escritora sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Por otra parte, el exterminio es algo inhumano y deshonorable, un elemento inherente del pasado alemán. La culpa del holocausto es aboluta, y precisamente este carácter absoluto impide que los alemanes lo reconozcan plenamente como parte de su historia.

De esta tensión surgen los intentos de conjurar el pasado, desembocando a veces en el intento de relativización por parte de los historiadores revisionistas.

Algunos historiadores que han participado en el debate consideran que aún tendrá que pasar mucho tiempo antes de que se dé por clausurada la polémica finalmente, porque lo que ahora está en juego no es el carácter único de Auschwitz, sino el hecho de que el pueblo alemán tiene que aprender a vivir con un pasado que le es inaceptable. Y el problema no se resuelve ni dentro del campo nazi ni dentro del mundo alemán, que comienza absolutamente demócrata, y por tanto ajeno a la propia historia, ni aceptándolo tras eliminar de él los aspectos más abyectos. Evidentemente,

la querella de los historiadores actual no será la última etapa de la memoria histórica.

Para probar su idea remite a una carta de Chaim Weizmann, presidente de la Jewish Agency, al primer ministro Chamberlain en la que declaraba dedicado al estudio del nazismo. No se trataba de un revisionismo que intentaran negar los crímenes cometidos en los campos

mansedumbre, lo obvio, la refundación de la literatura, y la refundación de una palabra de conocimiento, empiecen por darse cuenta de una situación crítica de las ciencias sociales. De modo que el mundo (apenas) aspira a ser complejidad, mixtura, bendición de lo indecible, y que la sociología (presta y aclaradamente) adormece, repiega y racionaliza desde alguna matriz teórica revisada, ahora que el resto de las intelectuales y hombres-investigando, la revista David y Goliath que desde 1984 edita CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) bajo el estilo perfilar de su actual secretario general, Federico Soto, plasmó en sus ocho números un impresionante, y hasta tardío, aire de apertura hacia otros lados. De irreverencia frente a lo disciplinario. De aventura del pensamiento en-sayístico en los márgenes, y de capacidad de dibujar para establecer la "realidad latinoamericana perdida" por el agotamiento, el exceso, la retórica escritora sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Por otra parte, el exterminio es algo inhumano y deshonorable, un elemento inherente del pasado alemán. La culpa del holocausto es aboluta, y precisamente este carácter absoluto impide que los alemanes lo reconozcan plenamente como parte de su historia.

De esta tensión surgen los intentos de conjurar el pasado, desembocando a veces en el intento de relativización por parte de los historiadores revisionistas.

Algunos historiadores que han participado en el debate consideran que aún tendrá que pasar mucho tiempo antes de que se dé por clausurada la polémica finalmente, porque lo que ahora está en juego no es el carácter único de Auschwitz, sino el hecho de que el pueblo alemán tiene que aprender a vivir con un pasado que le es inaceptable. Y el problema no se resuelve ni dentro del campo nazi ni dentro del mundo alemán, que comienza absolutamente demócrata, y por tanto ajeno a la propia historia, ni aceptándolo tras eliminar de él los aspectos más abyectos. Evidentemente,

la querella de los historiadores actual no será la última etapa de la memoria histórica.

Si bien la querella de los historiadores sigue siendo difícil

de integrar a los docentes nacionales:

UN MEDIO DE COMUNICACIÓN

Desde octubre de 1987 venimos editando el periódico ESPACIO PÚBLICO, destinado a brindar a los docentes nacionales la información necesaria para la formación integral de los profesionales de la educación de interés general, así como la oferta de servicios que brinda el Ministerio de Educación y otras instituciones.

Si usted es docente, envíenos \$350, 2do piso. (1920)

Capital Federal. Se lo enviaremos gratuitamente a domicilio.

ESPACIO PÚBLICO

EDITADO POR EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COAH.

Educación de la Nación

Orlando Núñez Soto
Transición y lucha de clases en Nicaragua.
1979-1988
Siglo XXI Editores.
México, 1988

Por primera vez en nuestro país tenemos acceso a un libro del sociólogo nicaragüense Orlando Núñez Soto. El autor, director del Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA) y participante en la Comisión de la Verdad y la Justicia, es uno de los principales teóricos de la transición y la lucha de clases en Nicaragua. Su obra anterior *Democracia y Revolución en las Américas (Agenda para un debate)* había mostrado originalidad analítica en la aplicación de las categorías marxistas.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Su primera hipótesis de trabajo es la diferenciación entre lo que denomi- na "revolución política" y "la revolución social". "Por revolución política en su sentido más amplio, entendemos la ruptura de un sistema económico mixto y el establecimiento de un sistema socialista".

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Su primera hipótesis de trabajo es la diferenciación entre lo que denomi-

de las dos clases fundamentales de la formación social (burguesía/proletariado) sino en la capacidad de la vanguardia de unificadas todas las clases contra el imperialismo y su representante, la dictadura somocista.

La revolución social es la respuesta al interrogante sobre las posibilidades económicas de la transición; implica una ruptura económica con el orden antiguo, y la construcción de un orden económico alternativo. De acuerdo a lo que excedente de la economía mayoritaria; los campesinos y los obreros y las masas urbanas.

Por otra parte, Núñez define el carácter democrático de la revolución como un aporte a las revoluciones políticas y sociales que permiten la bandera de la democracia. La bandera de la democracia puede ser arrebatada de manos de la derecha para ser enarbolada revolucionariamente por la izquierda" [pues] "el pluralismo político fortalece la democracia participativa de los trabajadores y de las masas populares de una sociedad no perturba las tareas revolucionarias sino más bien las fortalece".

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Su primera hipótesis de trabajo es la diferenciación entre lo que denomi- na "revolución política" y "la revolución social". "Por revolución política en su sentido más amplio, entendemos la ruptura de un sistema económico mixto y el establecimiento de un sistema socialista".

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Este nuevo libro es un intento de aproximación a los ejes problemáticos centrales de la transición al socialismo en un país periférico y dependiente. La revolución sandinista, que repite referencias de su experiencia en la Revolución Popular Dominicana. Considera escritor autoría sobre "dudas" que hoy más anticientífica posible... no he movilizado a un ejército de asistentes, ni utilizado decenas de horas de computadora para establecer científicamente la querella de los historiadores.

Acaba de aparecer:
LA PRODUCCIÓN DE UN ORDEN (EN-SAYOS SOBRE LA DEMOCRACIA ENTRE EL ESTADO Y LA SOCIEDAD), por Juan Carlos Portantiero
LOS UTOPISTAS POSTINDUSTRIALES, por Boris Frankel

De la misma colección:

UNA MODERNIDAD PERIFÉRICA: Buenos Aires 1920 y 1930, por Beatriz Sarlo
FOUCAULT (ANÁLISIS DE SUS ESCRITOS), por David Couzens

N Ediciones Nueva Visión
Tucumán 3748, Capital t.c. 89-3050

aplicación, como se observa en el desarrollo de la ciencia política en América Latina, es la necesidad de establecer una distinción entre la ciencia política y la ciencia social. La ciencia política es la ciencia que estudia las relaciones entre el poder estatal y las instituciones de poder estatal, así como las relaciones entre el poder estatal y las instituciones de poder estatal.

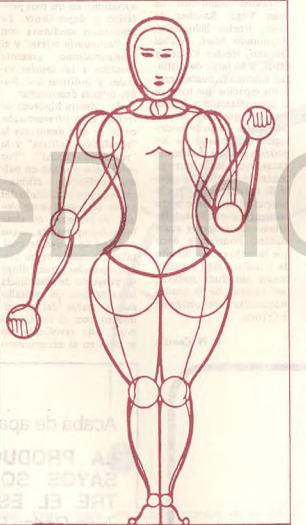
El desarrollo de la ciencia política como disciplina institucionalizada, es decir, sujeta a programas y realizada en centros de investigación —comprendida de diversas formas con un quehacer disciplinario—, es bastante reciente en América Latina. Por esta razón, entre otras, se torna difícil hacer una evaluación precisa y justa del "actual estado de estas artes" en la región. A lo anterior hay que sumar un intercambio débil de informaciones e ideas entre los diversos centros y la inexistencia de un clearing-house que tenga la tarea de difundir tales informaciones y de incentivar aquel intercambio. Estas notas son un relato sobre la ciencia política en América Latina, a las que no precede ninguna investigación sistemática, lo cual no significa que desconocemos el riesgo —postulo— de presentar una imagen inapropiada de los esfuerzos latinoamericanos que están empeñados en la producción de conocimientos científicos. Debe quedar claro, por lo tanto, que estos apuntes no pretenden ser un inventario de lo que se está haciendo en el campo latinoamericano de la ciencia política. El objetivo del texto es, más bien, presentar una evaluación personal de lo que al parecer del autor son algunos de los más importantes indicadores del reciente progreso de la disciplina en América Latina y de los aspectos que considera son algunos de los principales obstáculos de su desarrollo anterior.

En la exposición pongo de relieve fundamentalmente los obstáculos para el desarrollo de la ciencia política en América Latina y, apenas, muy ligeramente, apuntaré algunas de las características positivas del mismo. Como una última advertencia debo aclarar qué escogí deliberadamente tal estrategia de exposición, por la sencilla razón de que me preocupa menos exaltar los contrastes favorables en relación al pasado de la disciplina, que provocar un debate sobre las formas más adecuadas para estimular la producción del conocimiento sobre la política de la región. Por este mismo motivo, me abstengo de personalizar o de argumentar apoyándome en la referencia a autores más o menos consagrados. En esencia, más que buscar contestar a algunas tesis específicas de cualquier autor en particular, me propongo destacar algunas deficiencias que me parecen relevantes en la producción contemporánea. Las citas específicas, en este caso, darían lugar a un debate más general en términos de una polémica meramente tópica, en la cual estoy mínimamente interesado. Ex puesto lo anterior, pasare a la relatoria propiamente dicha —como manda la conveniencia— empezando por los elogios.

La división social del trabajo intelectual y sus consecuencias positivas

Como se sabe, la división social del trabajo se da en el nivel de los grandes agregados sociales —primario, secundario, terciario... para utilizar la distinción convencional—, pero igualmente en el interior de cada microunidad de esos agregados —en la hacienda, en las fábricas y en los servicios. Menos marcada aún es la división del trabajo intelectual que comienza a presentarse, principalmente a partir del siglo XVIII, cuando la acumulación de conocimientos especializados de los diversos ramos en que estaba constituido el dominio de la filosofía, se torna inviable para la permanencia del productor autosuficiente de conocimientos. No nos interesa, en estas notas, detallar la ruta seguida por este proceso de especialización del saber, sino más bien resaltar que su efecto fue la constitución de un conjunto diferenciado de disciplinas, tanto en el ámbito de las denominadas ciencias naturales como en el que se refiere a las ciencias sociales.

El proceso de la división del trabajo intelectual es



Las ventajas de este proceso de especialización análogas a las ventajas que se observan en la división del trabajo material: mayor productividad de los productores —en lo concerniente a cantidad— en general, y mejor calidad del producto. La obligación de comprometerse, tan sólo, con una porción limitada de la realidad social y el procedimiento apropiado para el tratamiento de tal porción, condujeron —como es natural— a mayor cantidad producida por tiempo invertido y a una mayor competencia en la elaboración del producto final. En consecuencia, es innegable el dato de que contemporáneamente se conocen más y mejor diversos aspectos de las sociedades latinoamericanas de los que se conocían —digamos— hace treinta años.

De esta manera, como saldo positivo del proceso de especialización del saber, la actividad científica se vinculó a la institucionalización en departamentos, institutos y centros de opinión, lo que de cierta forma vino a multiplicar los grupos de opinión favorables al reconocimiento social de la actividad profesional de investigadores y analistas sociales. Hay que decir que si es verdad que a este saldo correspondió paralelamente un proceso competitivo, sobre todo entre los juristas y los economistas, en torno a la mejor forma de operar

también identifiable en América Latina. El estudio del derecho se da, de modo semejante, haciendo las veces de la antigua filosofía y abrigando en su seno las diversas modalidades del análisis social, en tanto que la economía, la sociología, la ciencia política y la administración fueron inicialmente desarrolladas y estudiadas por juristas en el contexto institucional de las escuelas de derecho. Es de esta matriz institucional que se va desprendiendo lentamente el estudio de la economía, de la sociología y de la política —frecuentemente hermanas en departamentos de ciencias sociales—, así como de la historia y la administración (pública y privada).

las instituciones de poder estatal (tradicionalmente monopolizadas por los juristas), no lo es menos que las instituciones, por así decirlo, corporativas de las diversas disciplinas, ha tenido también una colaboración significativa en el establecimiento de controles internos en cada disciplina, es decir, en la formación de patrones de trabajo que se aproximan a una ética profesional. En este sentido, ya no es tan fácil emitir impunemente juicios irresponsables, estrictamente de opinión, sobre cualquier problema social o sobre la rúbrica del análisis del mismo. Los controles de calidad tipificados para la división del trabajo material a nivel micro, esos que están presentes en el interior de cada unidad productiva, también comienzan a utilizarse en el campo de las disciplinas sociales. Cierta respetabilidad social, institucionalización, mayor productividad y mejor control de calidad del producto, son algunas, y no sólo pocas las consecuencias positivas que la división social del trabajo intelectual ha producido, o mejor, que va produciendo en América Latina. Es así que tal proceso no difiere drásticamente de las características que marcaron el desarrollo histórico de las disciplinas sociales en Europa o en el mundo anglosajón. Al mismo tiempo, algunas consecuencias negativas de la división del trabajo intelectual en América Latina, le conferen a tal proceso ciertas características peculiares.

La división del trabajo intelectual y sus consecuencias negativas

Hoy en día está muy difundida la idea de que la compartimentación y burocratización de las disciplinas sociales, ocupándose cada una de ellas de porciones limitadas de la realidad social global, ha producido no solamente dividendos positivos, sino, materialmente, al principio de la división del trabajo, ha generado también consecuencias negativas para el adecuado entendimiento de los complejos problemas sociales. Bajo esta óptica se interrogó la sociedad, por decir así, a partir de comportamientos estancos —la economía, la sociedad (*strictu sensu*) y la política— para reducir el problema en tres dimensiones—, y se cuestiona si es éste el recorte más apropiado para reflejar los fenómenos sociales, o en su defecto, si tal compartimentación se debe a la lógica del acaso. En esta dirección habría que interrogar antes, si desde el punto de vista epistemológico cualquier recorte en la totalidad social es en todo caso legítimo. Sin embargo la dimensión epistemológica del problema no nos ocupará aquí. Nosotros vamos a partir de la existencia de una innegable burocratización y compartimentación de las disciplinas sociales y a apuntar algunas de las consecuencias negativas que tal división parece haber ocasionado específicamente para el estudio de la política en América Latina.

Con todo, vale la pena —preliminarmente— considerar que el abandono de una perspectiva totalizante en relación a las sociedades, no significó tanto el descubrimiento, como la caracterización de lo que sería el objeto por excelencia de cada una de las disciplinas y que, por así decir, daría sentido globalizar a los eventuales avances de conocimiento en áreas muy particulares. Por ejemplo, la economía definió al "sistema económico" como la realidad global a la cual deberían estar referidos los diversos conocimientos particulares del funcionamiento económico, para que estos adquiriesen sentido pleno. Se tornó indispensable una formulación de la estructura y dinámica de esta realidad global —el sistema económico— para que los conocimientos especializados de los investigadores y analistas sociales. Hay que decir que si es verdad que a este saldo correspondió paralelamente un proceso competitivo, sobre todo entre los juristas y los economistas, en torno a la mejor forma de operar

las instituciones de poder estatal, al profundizar en el análisis de las causas de la crisis económica, se llegó a extender las divisiones entre los juristas y los economistas, entre los que se consideraba que la crisis era de tipo monetario y los que la veían como de tipo estructural. La crisis, sin embargo, no se resolvió, y se volvió a profundizar la división entre los que veían la crisis como de tipo monetario y los que la veían como de tipo estructural. La crisis, sin embargo, no se resolvió, y se volvió a profundizar la división entre los que veían la crisis como de tipo monetario y los que la veían como de tipo estructural.

De este desarrollo parcializado desigual de las disciplinas sociales, resulta que la ciencia política es muy probablemente, entre todas, la que aún se enfrenta de forma más dramática a una crisis de identidad. ¿Se llegará algún día a resolver esta crisis? Si esto es posible, es una respuesta que corresponde al dominio de las cuestiones epistemológicas excluidas de estas notas. En adelante, cabe observar los efectos de esta inmadurez relativa frente a las demás disciplinas sociales, que aún cuando se dan en todo el mundo, se producen en el ambiente cultural específico de América Latina.

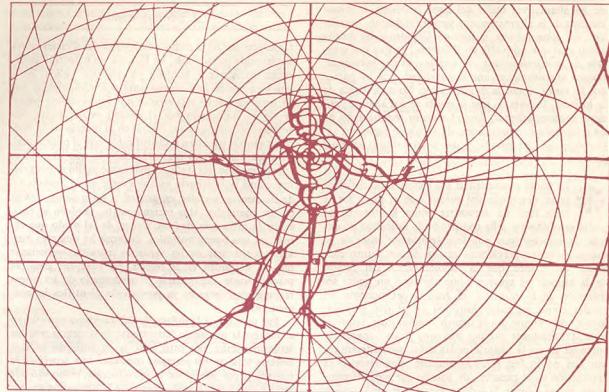
Obstáculos al desarrollo del análisis político en América Latina

La búsqueda de un entendimiento más globalizante, menos parcializado, de la realidad política, es una cuestión terapéutica visible en la producción latinoamericana. Son escasos los trabajos de pioneros que, ocupados solamente con una dimensión del sistema político —sea por ejemplo el sistema partidario, o el papel legislativo de las políticas gubernamentales—, no procuran de alguna forma referida a la sociedad global, con el fin de ganar pleno sentido e inteligibilidad. Estas tentativas pueden ser distinguidas como el aspecto positivo de la producción latinoamericana, en la medida en que denotan una conciencia aguda de las limitaciones de la compartimentación y burocratización de las disciplinas sociales. Pero es en el modo en que se operan estas "totalizaciones parciales" o "globalizaciones", en el que vamos a encontrar, todavía, las principales deficiencias y debilidades del análisis político latinoamericano contemporáneo. Como se dejará ver a continuación, esas deficiencias son básicamente tres.

1. Deficiente historicismo

Es bien conocido el dato de que el positivismo encontró en América Latina (quiero decir, el positivismo ortodoxo-europeo) un campo fértil, de raíces duraderas. Tal vez menos conocido el dato de que en América Latina, al contrario de lo que ocurría en Europa, no representó una infusión de racionalismo o de conservadurismo contra los avances de las doctrinas socialistas. Por lo contrario, el positivismo latinoamericano se difundió como una doctrina contra los sistemas de creencias dominantes, tradicionalistas, que buscaban en las más variadas teorías naturalistas la justificación para la sagración del orden vigente, del derecho o de la teoría política. Es contra las doctrinas que buscaban justificar ideológicamente el ilegítimo del orden social, que el positivismo continuó introdujo —por vía de su doctrina de los tres estadios de la humanidad— la relativización histórica de las instituciones, su transitoriedad y, consecuentemente, la inevitabilidad de su transformación, en los análisis latinoamericanos. El objetivo progresista de demostrar que las instituciones deben transformarse, no puede justificarse teóricamente ni permanentemente integrada en el contexto latente de la cultura del siglo XIX (lo que quiere decir, en sociedades preindustriales o en las que el proletariado urbano poseía un significado escaso) induciendo a la absorción de una doctrina que obliga al éste a, además, una demostración de la historicidad de las instituciones y de los procesos sociales.

Abierta la puerta del análisis social, político e histórico, por la que entrarán todas las variantes del evolucionismo, se fracciona la inteligencia latinoamericana en torno a las diversas corrientes y polémicas europeas —huelchelianismo, spencerianismo, etcétera— que marcan decisivamente a los analistas, inclusive a los juristas, con



el gusto por el análisis histórico. Cabe observar, por otro lado, que el esfuerzo por entender los fenómenos sociales y políticos desde una perspectiva histórica, siempre se desenvolvió a partir de macroteorías alternativas. El gusto por la historia, definido como herencia del positivismo y de las formas de evolucionismo, fue en realidad el gusto por la teoría de la historia a partir de la cual, fuese cual fuese la preferida, se pasaba a interpretar los fenómenos políticos y sociales específicos. No se trataba de análisis históricos en el sentido convencional de los historiadores, de búsqueda paciente y trabajosa, de registro y encadenamiento de los acontecimientos en su complejidad y multiplicidad. Antes bien, se trataba de interpretar los eventos contemporáneos en el marco de una teoría de la historia ya dada, que le confirió sentido histórico al fenómeno en examen. Por esto es que al lado de la permanente preocupación por el análisis histórico de los fenómenos políticos y sociales, se verifica en gran medida la ausencia de una bien establecida tradición de los estudios históricos, en el sentido disciplinario del término. Como consecuencia de ésto, la historiografía política latinoamericana es pobre, de credibilidad dudosa y de una competencia técnica questionable. Es de estas dos características que se origina una de las principales debilidades de la ciencia política latinoamericana contemporánea. A cuenta de la herencia continúa-evolucionista, busca superar la compartimentación disciplinar y asumir una totalización parcial, por la vía de la historización del análisis, contextualizando los fenómenos mediante la investigación de los estudios históricos, por otra parte, los científicos políticos latinoamericanos se ven obligados, para pillar a su compromiso con la totalización parcial, a hacerlo por sí mismos la historia que presenta la teoría positivista. Asimismo como ejemplos siguientes, en la mayoría de los estudios más significativos sobre América Latina, la estructura del argumento —sea del artículo o de libro— es prácticamente la misma; se ve cómo surgió el problema de que se trata, cómo evolucionó y cómo se enfrenta con el resto de la "historia" del presente. Sin lugar a dudas, este estilo de análisis ha producido conocimientos

valiosos sobre el pasado y sobre el presente de América Latina, en sus aspectos políticos. Sin embargo, me parece procedente apuntar algunos puntos deficientes en la producción de la ciencia política actual en América Latina, a saber:

Visto desde un ángulo histórico, mucho de lo que se produce en el campo de la ciencia política en América Latina, constituye en realidad un producto híbrido de historia mediocre, en el sentido tradicional, escrita en un lenguaje de ciencia política. Desprovistos de procedimientos disciplinarios específicos, los científicos políticos latinoamericanos incurren frecuentemente en graves inquietudes metodológicas que ningún investigador competente admistra. Para dar un ejemplo... todos sabemos que los periódicos deben ser leídos y asimilados *cum grano salis*, esto es, ningún lector de periódicos (yo me refiero a los científicos, sino más bien a los ciudadanos comunes) es hoy en día tan cráneo al punto de no comprender que margen variable del noticiero periodístico incorpora no sólo los datos descritivos, sino los intereses del periódico. Esto para no mencionar aquellos acontecimientos que ocurren, que son conocidos por un ponderable número de personas y con todo, no se informa acerca de ellos. En otras palabras, que lo cotidiano de la empiria histórica no está todo retratado en los periódicos y ni siquiera lo que está, lo está fielmente. Los manifiestos o declaraciones de asociaciones o líderes de clase, también son interpretados por el lector común como un mensaje de la asociación o del líder, buscando encontrar ciertos objetivos, los cuales no son necesariamente aquellos expresos en el mensaje.

Pues bien, este conocimiento trivial del lector común de periódicos, es imitado por el científico político cuando hace la historia y frecuentemente exhibe noticieros de periódicos o manifiestos y declaraciones como prueba concluyente de la verdad histórica de los datos. O sea, la simple distancia de los años puede transformar lo que sólo es mala política o deformación periodística en verdad histórica para los científicos políticos desinformados. No deseo aquí, evidentemente, alentar una discusión sobre el establecimiento de la fidejundigación y credibilidad de las fuentes históricas. Mas que eso, pretendo señalar un dato: por falta de entrenamiento o de procedimientos disciplinarios específicos, el análisis de los análisis, frecuentemente induce a los científicos políticos latinoamericanos a expresar en la lengua pedante, de revestido de científico, lo que muchas veces no pasa de historia reconstruida de manera incompetente.

Otra consecuencia del historicismo deficiente de la ciencia política latinoamericana es la repetida tendencia a la racionalización del pasado, a la manera de un determinismo *ex post facto*. Pobremente armados para identificar la complejidad de los procesos históricos e incapaces de generar las evidencias pertinentes para revelar las alternativas y opciones que cotidianamente se abren a la acción política, terminan precisos de los indicadores más toscos en relación a procesos pasados —que son obviamente aquellos más visibles y que apuntan hacia una sucesión principal de los eventos. No conciben cómo una historia podría ser diferente y, así, no consiguen explicar por qué terminó siendo como fue. Deficientes en la demostración y en la percepción



DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1292
42-BY58 (1061) BUENOS AIRES

de las alternativas reales del curso histórico, terminan cautivos de la alternativa que vieran finalmente prevalecer. En consecuencia, la historia fácilmente les resulta como algo que no podía ser diferente, ya que una sucesión de acontecimientos que terminaron por prevalecer, poseen efectivamente una racionalidad que les parece, por lo tanto, como la única posible. No es la lógica de la historia, todavía, la que se revela en los análisis políticos contemporáneos, sino el registro sedimentado de las soluciones que prevalecen, de donde se sigue una racionalización del pasado y del determinismo *ex post facto*.

La tercera consecuencia del historicismo deficiente se desprende del precio que se pagó por la tareta fácil de demostrar cómo la historia no podía ser diferente. Ella consiste en la dificultad congénita de los científicos políticos latinoamericanos de siquiera arrisgar previsiones acerca de un futuro próximo. Es tanto que la racionalización del pasado de la historia les aparece como algo que no podía ser diferente de lo que fue, el análisis del presente les resulta como un palco histórico en el que la práctica todo lo que puede ocurrir resulta, pues, imprevisible. Precisamente porque soy muy poco capaces de entender cómo la historia podía haber sido diferente y por qué no lo fue, estamos igualmente prisioneros de la apreciación en el presente, de aquello que probablemente no deberá ocurrir. Si todo puede ocurrir, entonces, en contrario de la historia pasada casi enteramente determinada, nos enfrentamos al presente como un proceso histórico fortuito, casuístico, en el que todo depende de esta o de aquella iniciativa, de este o de aquel actor, de esto o de aquél acontecimiento, siendo insensato por consiguiente y posiblemente "ahistorico", arrisgar cualquier previsión. Se apela a la racionalización del pasado y se llega a la consagración de las soluciones venideras, ignorándose la efectiva lógica de la historia. Por la imponerabilidad del presente, se llega también al determinismo cuántico, materializado en la imposibilidad de intentar anticipar los posibles perfiles agredados del futuro inmediato, dado el comportamiento acaecido o errático y las consecuentes segundas de las partículas individuales (de los actores políticos contemporáneos) que componen el presente histórico.

2. Economismo

La influencia del marxismo en las ciencias sociales es evidentemente indiscutible, en Europa, en el mundo anglosajón, en África y también en América Latina. Sería una proposición innecesariamente polémica, afirmar que en América Latina esta atracción se funda en una variante de la fascinación por el análisis económico. Sin embargo existen quienes atribuyen al marxismo latinoamericano un parentesco identificable con el positivismo. Para los efectos del presente relato lo que importa es considerar que, sin duda, el marxismo siguió al positivismo como la influencia más relevante en la producción de las ciencias sociales, en general y, en la ciencia política, en particular. Más recientemente, también se hace sentir la influencia de Max Weber, de tal modo que cabría, en una buena polémica, discutir las variantes marxistas-positivistas de las variantes weberianas que se expanden en la región. En cualquier caso, es prácticamente indiscutible el predominio de las orientaciones marxistas en la producción científica latinoamericana.

Por un lado, si la influencia del marxismo contribuyó a reforzar la tendencia historizadora de la ciencia política latinoamericana, por otro lado ha incentivado las tendencias totalizantes-parciales mediante una teoría de la historia y por medio de la introducción como variable crucial de la teoría globalizante de la dimensión económica de la sociedad. Al contrario de las teorías anteriores que privilegiaban las manifestaciones del espíritu o la evolución de la humanidad o las formas superiores de la materia -abstracciones generalizantes de remota posibilidad experimental, sumamente pedestres-, la teoría marxista de la historia incluye entre sus componentes fundamentales, procesos incomparables de más verificabilidad, quer decir, más confiables, que las teorías anteriores. Por cierto, es más inteligible interpretar a la historia según la evolución de los modos de producción y los procesos económicos, que conforme a las etapas del espíritu positivo. Y por ahí, al lado del refuerzo de la interpretación histórica, más que del estudio de la historia, el marxismo ha contribuido para que los científicos políticos latinoamericanos absorban la economía al lado de la historia, como instrumental de ayuda en la tentativa de superar la compartimentación de la disciplina.

El otro estímulo fuerte para la absorción del análisis económico se derivó del prestigio innegable que el análisis económico posee entre las disciplinas sociales. Ya que siendo más maduro que los demás y exhibiendo aparentemente una capacidad bien elevada de explicación e intervención en la realidad social, se comprende que las tentativas de totalización-parcial del análisis político procuren incorporar aquellas variables cuyo comportamiento parece estar ya relativamente domésticado en el nivel conceptual. De la misma manera, cerca al doble estímulo del marxismo y el prestigio de la ciencia económica, la ciencia política va incorporando en sus análisis no sólo incursiones en el terreno de la historia sino también en el de la economía. A diferencia de la historiografía latinoamericana, la ciencia económica producida en la región es de ponderable calidad y cantidad, lo que ha colaborado en el aumento de su prestigio entre el resto de las disciplinas y en volver casi obligatoria la introducción del análisis económico en el análisis político.

No es por tanto a falta de una ciencia económica bien calificada que los análisis políticos se debilitan, o que hubiesen aventurado a entrar en este terreno. Aquí, la responsabilidad mayor, tal vez exclusiva, corre por cuenta de la falta de preparación de los científicos políticos para el análisis económico más sofisticado. Si a un buen historiador es imprescindible el tratamiento en la producción de evidencias, en la estructuración del argumento y en sus reglas de comprobación, es igualmente indispensable que un analista político pueda encerrarse o incluir en sus análisis económicos o económico-políticos, un procedimiento y una preparación adecuada en los diferentes ramos de la ciencia económica. El precio de la divulgación intelectual del trabajo se expresa justamente en el tiempo necesario de aprendizaje de habilidades para garantizar la calidad del producto, y como se sabe, es la ciencia económica una de las disciplinas parciales más evolucionadas en el refinamiento y en la calidad de sus productos. La falta de preparación de los científicos políticos en materia de análisis económico termina por llevar, entonces, la producción de estudios en el campo de la totalización parcial, vía análisis económicos, a la presentación de tres insuficiencias:

La primera consiste en el uso excesivo del argumento de autoridad. Partiendo de premisas que indican que los científicos políticos son incapaces por si solos de producir análisis económicos originales, se ven obligados a escoger de la ciencia económica, aquella que les parece más adecuada para el análisis político del fenómeno en examen. Pues la insuficiencia de autoentrenamiento y conocimientos impone a que tal selección se haga por el entendimiento del mentor o maestro de cada uno de los análisis económicos. Los científicos políticos desconocen profundamente la ciencia política y, consecuentemente no están en condiciones de revisar las premisas o los argumentos de las doctrinas económicas con competencia. Siendo así, el único criterio de selección, es el de las conclusiones que cada una de las doctrinas permite llegar. Los científicos políticos no enfrentan un análisis económico en contra de otros, porque están convencidos de sus propias y de sus argumentos o porque concuerdan con sus conclusiones. En todo consiste precisamente la raíz del argumento de autoridad. Cuando los científicos políticos incorporan consideraciones económicas en sus análisis, ellos no están en condiciones de adelantar un argumento económico ni siquiera a favor de sus preferencias, sin ir más allá de referirlo a las fuentes de las que repiten un remedio de las argumentaciones y de las conclusiones.

En consecuencia, es ilusoria la totalización parcial obtenida, vía análisis económicos, por científicos políticos. Lo que efectivamente ocurre es, en algunos casos, una lastimosa supervivencia del análisis político en la referencia de economistas de prestigio. Se busca así legitimar un análisis político por la autoridad de los análisis económicos citados, sustituyéndose así el debate político por la disputa en torno de argumentos de autoridad.

La segunda debilidad del economismo consiste en su vulnerabilidad metodológica. A partir de interpretaciones económicas que no dominan completamente, los científicos políticos hacen las más apresuradas e ininteligibles inferencias políticas. Esto es igual si se toman los buenos textos de análisis político latinoamericano que buscan la totalización parcial por la vía de la economía, que si se opta por analizar a qué tipo de hipótesis políticas dan lugar las consideraciones económicas. En otras palabras, raramente fue esclarecido en qué medida el fenómeno político bajo estudio puede ser mejor comprendido en el marco de una globalidad precedida del análisis económico. Y esto, en realidad, por una razón simple: sea cuál fuere el fenómeno político en discusión - sea el autoritarismo, sean los partidos políticos, sean los grupos de poder, sean la mayoría de los casos, las consideraciones económicas que rodean a los demás análisis políticos son siempre las mismas. A saber: el tema económico más evidente en una determinada época. Por ejemplo, sea cuál fuere el tema político a ser explicado no faltaran las mismas consideraciones sobre el proceso económico de substitución de importaciones que caracteriza a América Latina, hasta su agotamiento o no, conforme sea el autor citado, y sobre la internacionalización de la economía. En rarísimos textos queda claro cuál es el nexo entre los procesos económicos generales que han sido descritos y el problema político específico que ha sido explicado o interpretado.

El resultado líquido de este relajamiento metodológico consiste en algo de lo que los científicos políticos latinoamericanos más temen, a saber, mecanicismo económico; esto es, la explicación de cualquier fenómeno político como mera consecuencia de los procesos económicos. Y todavía, a pesar de todos los giros retóricos sobre la necesidad de que se eviten los análisis mecánicos, lo que se encuentra con más frecuencia es la inmediata traducción de la dogmática económica adoptada en los eventos políticos que han sido analizados. De donde se sigue la tercera consecuencia negativa.

La tercera vulnerabilidad del economismo consiste en que da lugar a explicaciones políticas contradictorias en base a la misma dogmática económica. Convienda aquí tal vez tomar desde luego un ejemplo para tipificar el problema en vez de discutir sobre él. Como se sabe, el autoritarismo es un fenómeno intermitente y difuso en América Latina. Se trata, obviamente, de un fenómeno político y el análisis político busca entender su emergencia y desgaste. Pues bien, el vicio del economismo en los análisis políticos, reincidentemente, ha caído en explicaciones contradictorias para ambas cuestiones. Así las recesiones económicas son presentadas ora como una explicación del desgaste del

autoritarismo, puesto que es imposible para los regímenes autoritarios cooptar las masas y/o élites a través de la distribución de los beneficios; ora, la misma recesión es explicada como el resultado para la permanencia del autoritarismo, dado que las apuestas en condiciones autoritarias pueden los regímenes autoritarios superar demandas en un contexto de escasez y guerra.

De maneras consecuentes, altas tasas de acumulación económica o crecimiento, tanto sirven para explicar la permanencia del autoritarismo, pues a ellos sigue el argumento de que los regímenes pueden anestesiar a la población y, particularmente, a las masas a través de la distribución de los beneficios, cuantos permiten explicar el desgaste de los sistemas autoritarios, por la inferencia de que los grupos sociales diferenciados socialmente por el crecimiento, comienzan a demandar mayor participación política. Tanto el desgaste, cuanto la permanencia del autoritarismo -fenómenos políticos- son, digámoslo así, "inferidos" igual por el crecimiento; que por la recesión económica. Creo que procesos contrarios que explican simultáneamente resultados contrarios poseen un nombre definido en la clasificación convencional: mitología.

3. Un marxismo difuso de segunda clase

Antes de iniciar la discusión de este tercer y último obstáculo en el desarrollo de la ciencia política latinoamericana, conviene esclarecer un punto preliminar a fin de que el debate, no se esterilice en cuestiones adjetivas o que no están siendo bien planteadas. Me refiero claramente a una variante del marxismo de segunda clase que especificaría adelante y no a los estudios de buena calidad y de orientación marxista, que inequivocablemente también se ha producido en América Latina.

Al referir algunos de los debates que se dieron en la segunda mitad del siglo pasado y a principios de este, sobre el verdadero significado y las implicaciones de las doctrinas del "maestro", la mayoría de los estudios del pasado cultural latinoamericano no pueden dejar de producir esa. El "maestro" varía y tanto podría ser Comte, como Haeckel, como Spencer. Menos preocupados en producir nuevos conocimientos según las doctrinas que consideraban acertadas, los investigadores se perdían en disputas efectivamente escolásticas sobre los empiecamientos de sus queridos "maestros" y, más que esto, se agrupaban en torno de diferentes discípulos europeos del maestro fundador. Ya no era suficiente ser contorno. Era necesario que se definiesen los epígonos en favor de Lafitte o Littré. Y de ahí los debates sobre quién interpretaba mejor los planteamientos del maestro. Era esto, en tanto, lo que se podía llamar un positivismo de segunda clase que sustituía la investigación y la producción de conocimiento por la querella escolástica en torno de conceptos, definiciones y doctrinas.

Así como existió un positivismo de segunda clase, también existe, como es natural, un funcionalismo de segunda clase, un estructuralismo incompetente, un popurrismo insoportable, y claro, un marxismo harto retórico. Dada la influencia inquestionable que el marxismo ejerce en la producción latinoamericana es oportuno señalar que son las vertientes del conocimiento acerca de la política en América Latina que se presentan más sistemáticamente en el marco del funcionalismo, y caracterizada exactamente como el positivismo del siglo pasado, por el ananismo definitorio, y por la obsesión definitorial y por el fanatismo del dogma. Al lado de la producción marxista de buena calidad que, junto con otras corrientes, ha contribuido para el avance del conocimiento sobre la realidad política latinoamericana, se amontonan volúmenes y más volúmenes, ensayos, revistas, opúsculos y otros materiales estérilmente ocupados en describir el verdadero sentido de las enseñanzas del maestro, en esclarecer conceptos y en distribuir pases de entrada para el círculo de los iluminados y verdaderos marxistas.

Se dan asimismo, las querellas sobre "hegemónica", "aparatos ideológicos de estado", "bonapartismo", "capitalismo de estado", "modo de producción", entre otros, sin que ni siquiera la mitad de la misma atención se brinde a la producción de conocimientos de acuerdo con los conceptos y doctrinas que cada cual está convencido "son los más adecuados". Sin que por consecuencia, de este marxismo de segunda clase, se desprendan investigaciones efectivas sobre procesos reales, en los que la calidad artesanal en la investigación ofrece resultados lamentables. Es como si el celo conceptual dispensase mayor apuro en la investigación efectiva, estando asegurada la validez de las conclusiones por la veracidad cristalina de los conceptos preliminares.

Como sería de esperar, este tipo de marxismo también se centra en controversias bizantinas sobre quién es el verdadero intérprete, "europeo" o "americano" a medida del evento. ¿Quién? ¿Alberto? ¿Seoul? ¿Foucault realmente un marxista? ¿y Habermas? ¿Y qué hacer con la Escuela de Frankfurt? En cuanto esto, es despreciable superírse el trabajo pedestre, modesto y cansado de investigación paciente y bien cuidada; se deja a los "empíritas" o "funcionalistas", esto es a todos aquellos "deficientes" que no logran alcanzar ningún organismo intelectual al leer, en gran parte por deber de oficio, los contorsionismos verbales y mentales del recientísimo grupo de "teóricos" italiani cuyo objetivo es disipar de una vez por todas cualquier duda sobre si existe o no existe una teoría marxista del Estado.

Es este marxismo de segunda clase, largamente difundido en América Latina, que al lado del historicismo y del economismo igualmente incompetentes, provoca dispersión de esfuerzos al mismo tiempo que el "dandismo intelectual" de gran número de intelectuales y científicos de la política en América Latina. Los mismos, si estuvieran bien dotados de práctica en la investigación empírica y no estuvieran permanentemente modificados por la escolástica vigente, podrían claramente contribuir de forma real en el avance del conocimiento político del área, más ahora en que es éste el valor que podría ayudar de manera más eficaz para hacer de América Latina una región más libre y más justa.

Conclusión

La división del trabajo intelectual ha provocado consecuencias positivas y negativas a lo largo de la historia de las disciplinas sociales. Sin discutir los problemas epistemológicos implícitos en la forma por la que tal o cuál proceso se materializa, se debe reconocer que las diversas disciplinas sociales han procurado superar las consecuencias negativas de la compartimentación buscando encontrar puntos de referencia que les permitiese totalizaciones parciales, elevando de esta forma las dosis de integrabilidad de los conocimientos parciales acumulados. No se ha discutido aquí si las totalizaciones parciales buscas están fundadas epistemológicamente, ni si serían más ricos los resultados en el caso de que la división del trabajo intelectual hubiese seguido otra senda.

Para los efectos de este texto, no basta la identificación del problema, pues su objetivo primordial es el de sublimar las consecuencias negativas que tal proceso produce en América Latina. Por lo tanto, si es necesario negar el progreso de la disciplina por el cumplimiento de la especialización y la compartimentación, parece ya ministro el momento para que comienzen a establecer las definiciones que la ciencia política latinoamericana revela, como resultado mismo de la especialización. Creo que sin una conciencia más aguda de las raíces intelectuales de esos defectos, más temprano que tarde se tornará a los científicos políticos del área perfeccionar la calidad de su trabajo y, con esto, que es el objetivo final de la producción científica, aumentar la calidad de conocimientos relevantes y confiables sobre los procesos políticos latinoamericanos.

Es evidente que otros factores diversos de naturaleza extra-intelectual dificultan la institucionalización del trabajo científico en América Latina. Se sabe perfectamente bien la ojeriza que sistemas autoritarios manifiestan en relación a las disciplinas sociales, y siendo en América Latina frecuente el fenómeno del autoritarismo, se pueden imaginar las consecuencias adversas que resultan para el trabajo científico. Censura, persecuciones y violencias de todo orden acompañan a la carrera de aquellos dedicados al estudio y la investigación política. Constituiría excesiva autocorrelación, empero, atribuir las deficiencias de la disciplina en el área, tan sólidas a esos factores. Hay vulnerabilidades estrechamente intelectuales que compete precisamente a los profesionales de la disciplina, juntamente y discutir.

Si es lícito exigir de los investigadores sociales, que en cuanto ciudadanos plenos luchen por la emergencia de regímenes políticos más libres y más justos en el área, es igualmente válido que se les convoque a una responsabilidad intelectualidad, iniciando ésta por la aceptación de un debate sobre las propias insuficiencias. Tal fue el objetivo exclusivo de estas notas preliminares sobre el ejercicio de una ciencia incierta en países problemáticos.

Traducción del portugués por Francisco Galván Díaz. Publicado originalmente en *Dados*, Río de Janeiro, vol. 23, 1980 y traducido en *Critica Jurídica*, UAP, Puebla (Méx.), núm. diciembre de 1985.

Encuéntrese con la cultura en cualquiera de estos organismos

La cultura está en todas partes.

Pero en estos lugares usted es parte de la cultura.

- Teatro Colón
Cerrito 618 - 35-1840
- Teatro Pte. Alvear
Av. Corrientes 1659 - 46-6076
- Teatro Municipal
Gral. San Martín
Av. Corrientes 1530 - 40-0111
- Museo de Artes Plásticas
"Eduardo Sívori"
Av. Corrientes 1530 8º P. - 46-9664
- Museo de Motivos Argentinos
"José Hernández"
Av. del Libertador 2373 - 802-9967
- Museo de Arte Hispanoamericano
"I. Fernández Blanco"
Suipacha 1422 - 393-6318
- Museo del Cine
"Pablo C. Ducros Hicken"
Sarmiento 2573 - 48-4861



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

Deporte y sociedad

Seúl '88: Disparen contra Ben Johnson

Guillermo Ortiz

Los últimos Juegos Olímpicos de este año y el sonado caso de dopaje que desembocara en la suspensión de por vida del atleta negro, ganador de la prueba más importante, sirve para rastrear a partir de la reacción popular en su país y el mundo, cómo el deporte determina pautas de comportamiento en la sociedad civil en relación a la drogadicción y salud.

Un Watergate del deporte", tituló el *Sovietisk Sport*. "La noticia cayó como el huracán Gilbert sobre el Caribe", se animó *Le Quotidien*, de París. En Alemania Occidental, el *StadtQuest* concluyó: "Los Juegos Olímpicos quedaron desfigurados para siempre".

Quié duda que el deporte goza desde hace ya mucho tiempo de la excepcional categoría de suceso. No más espías para saber de sus ritos, su historia "sana" por cierto, y todo el carnaval preparitorio-burocrático que va más allá del didáctico incentivo de "unir a los pueblos", e incluye "sponsors" o auspiciantes, equipos médicos, ropa ultraliviana y específica, comités de organización, tribunales de disciplinas, locutores y periodistas "especializados". Un confuso y colorido microcosmos de lentejuelas y pantalones cortos, un edén con olor a linimento, salones alfombrados y polvo de ladillo.

Pero hubo una imagen que recorrió el mundo en cuestión de minutos. Porque tratándose de las Olímpidas, los ojos se volvieron hacia Seúl y su anillo de cemento, la respiración entrecortada y el esfuerzo de años dilapidado o consagrado en un solo segundo definitivo. Porque el deporte también es efímero a pesar de su ornamenta. Por eso el rito y las fotos: para eternizar lo que una vez conseguido ya no existe. Desde el momento en que se logra el triunfo, se lo pone en juego. Es automático.

Y esa imagen de Seúl tuvo doble resonancia: la de un hombre que acarró todos los rostros de la humanidad. Que fu a la vez la gloria y el olvido. "Soy multitud", dijo Walt Whitman, el de la barba poética y olímpica, porque no, "hermoso es cada uno de mis órganos y mis atributos, y los de cualquier otro hombre sano y limpio", cantaba desde su terraza de Long Island, y Ben Johnson, el jamaíquino hecho canadiense, en sólo 24 horas fue multitudes reuniendo así todos los sueños y el repudio que un hombre puede acumular. De la mano a la noche, supo del trecho que va del reconocimiento a la humillación. Y comprendió tal vez, para toda la vida, que ese reconocimiento es también una forma de latente humillación.

Aquí está su imagen, ganadora con puño en alto y rictus severo de los 100 metros llanos con un escalofriante 9,79 segundos, inhumano casi, que dejó atrás su propio récord del año anterior y el gesto resignado, incrédulo y boquiabierto de Carl Lewis, el favorito - los cálculos previos. Y ahí está tam-

bién el escándalo: su inmediata descalificación vía Comisión de Atletas del Comité Olímpico Internacional, que sugirió además la suspensión de por vida de los atletas, que como Johnson, habían ingerido algún tipo de esteroides anabolizante (dos pesistas búlgaros, otro húngaro y uno español, y dos participantes de pentatlón moderno, uno austriaco y otro también español), especie de mensajero químico y mágico que parece ser el nuevo nombre de la vergüenza.

Ben Johnson acababa de ser separado de las pistas por dos años e inhabilitado hasta su muerte por las autoridades canadienses. "Ben, ¿cómo pudiste hacerlo?", se preguntó ante su audiencia John Anderson, un famoso locutor de programas noticiosos del Canadá. Asimismo, un popular actor, Bill Michaluck, comentó



no bien llegó el atleta al país: "Pensé que Johnson tenía un poco más de cerebro. Como canadiense estoy decepcionado". Terry Joling, un conocido hombre de negocios de Vancouver, afirmó: "Desploré profundamente su actitud. Cómo nos hizo quedar a todos los inmigrantes que llegamos de Jamaica". Y "Qué destino les espera a nuestros jóvenes, por Dios. Se acabaron los ejemplos en el mundo", sollozaba entre nosotros el relator José María Muñoz. Toda una desazón nacional nació por la identidad que se estableció entre el comportamiento de un deportista, la imagen de un país y una presunta conducta cívica. ¿A qué se debe todo ésto? Cabe una reflexión ante el caudal de discursos apocalípticos, desdiseñas variadas y llantos cuasi corales en nombre del "menos sano y corrupto". No es ninguna novedad que el deporte vive sometido a tristes manejo tradicionales en su explotación comercial desenfrenada (jugadores de fútbol tratados como mercancías) y su aprovechamiento político-estatal. Desde aquel lejano 6 de

abril de 1896 en Atenas los primeros Juegos de la era moderna, que contribuyeron a las ambiciones de poder del joven heredero Constantino, con 285 representantes deportivos de 13 naciones, las cosas no cambiaron mucho en este sentido si bien se sofisticaron. Pensemos en los Juegos de Berlín en 1936 y el modelo de deportista ario al influjo de la parafarmacia hitleriana. Y los gimnastas de Mussolini, los torneos "Educación y Descanso" de España organizados por Franco en la década del '40 y en la Argentina, los conocidos campeonatos Evita. Todos los regímenes totalitarios de este siglo se han valido del deporte, como también ha servido de elemento de presión para lances terroristas (el atentado a Munich en 1972), actuidades de condena internacional (el retiro en masa de los países africanos de Montreal en 1976, ante la presencia en los juegos de Nueva Zelanda que venía de hacer rugby con Sudáfrica) y para todo tipo de boicots: el de 50 naciones en Moscú, en 1980, en rechazo a la invasión soviética a Afganistán y el de los atletas soviéticos, cuatro años después, respondiendo con su ausencia en Los Ángeles.

Pero, más allá del beneficio político, me permito agregar lo que hoy me preocupa: su amenazante contenido moral. Quiero decir, su ambición exemplificadora, modélica, su inocultable carga prototípica y edificante que sirve en el peor de los casos para delinear conductas y prescribir comportamientos. De esta manera, el ideal deportivo excede su propia esfera de influencia y genera algunas distorsiones. Pero vamos por partes. Hay tres planes para observar con mayor claridad el tema: el de la salud, el de "lo moral" (vinculado estrechamente al primero) y el que tiene que ver con la igualdad de condiciones ante el hecho competitivo.

El tercer punto sí es el que admite la condena popular de Johnson. Siempre que se demuestre claro está que el canadiense tomó a sabiendas un compuesto prohibido para la prueba (y por tanto ilícito desde el punto de vista del convencionalismo al efecto) y que lo colocaba en posición ventajosa en el plano físico en relación a sus compañeros.

Lo que importa: que lo deportivo se mantenga en su esencia propia sin avanzar sobre la sociedad en la que se nuclean otros objetivos y tensiones. Si los niños no pueden tomar whisky, no por eso debemos prohibir su venta como si la sociedad fuera un inmenso jardín de infantes. Si a un deportista no le hace bien la ingestión de estimulantes, por los efectos no deseados que pueden malograr su futuro profesional, no es eso motivo para tratar a sociedades democráticas, modernas si se quiere y adultas, como si fueran un centro sanitario o un campus polideportivo.

Recuerdo un caso que puede servirnos: Gary Hart, senador por Colorado y frustrado candidato a la presidencia de los Estados Unidos por los demócratas a raíz de su encuentro con la modelo Donna Rice. Descubierto por un fotógrafo, abandonó sus ambiciones políticas ante la repulsa pública. ¿Qué se estaba juzgando? ¿Es "esencialmente" immoral salir con una modelo? Claro que no. ¿No tiene Hart o cualquier mortal derecho a ello? ¿Por qué la condena, entonces? Según el pueblo norteamericano, por la hipocresía. Obligado por las directivas de campaña, el pobre Gary venía orientando su discurso (para captar a cierto electorado conservador) hacia el enaltecimiento de los valores familiares. Casado, sorprendido con otra mujer, el pueblo juzgó. En todo caso, Hart no es un depravado sexual, simplemente un mentiroso.

Si aceptamos alejadamente que ingieren sustancias prohibidas o verse con una modelo un fin de semana a expensas de alguien, transporte en su seno una especie de "malidad intrínseca" (ya sea en nombre del deporte o del matrimonio) estamos a un paso de lo totalitario. Y la Argentina, en esa oscura especialidad, es medalla dorada. Indiscutiblemente.